LAS GRANDES HEREJÍAS

Hilaire Belloc



Biblioteca de formación para católicos

Índice

Capítulo 1
Introducción. ¿Qué es una Herejía?

¿Qué es una herejía y cuál es la importancia histórica de algo así?

Al igual que la mayoría de las palabras modernas, "herejía" se utiliza tanto de un modo vago como diverso. Se la utiliza vagamente porque la mente moderna es tan adversa a la precisión cuando se trata de ideas como enamorada está de la precisión cuando se trata de medidas. Y es utilizada en forma diversa porque, de acuerdo a la persona que la utiliza, puede llegar a significar cualquiera de al menos cincuenta cosas.

Actualmente, para la mayoría de las personas (de las que utilizan el idioma inglés) la palabra "herejía" connota disputas pasadas y olvidadas, y antiguos prejuicios contrarios a un examen racional. Por consiguiente, se piensa que la herejía carece de interés contemporáneo. El interés en la herejía está muerto porque la herejía tiene que ver con cuestiones que ya nadie toma en serio. Se comprende que una persona puede interesarse en una herejía por curiosidad arqueológica, pero difícilmente resulte comprendido si llega a afirmar que la herejía ha tenido un gran efecto sobre la Historia y sigue siendo, hoy mismo, un impulso contemporáneo viviente.

Y sin embargo, la cuestión de la herejía en general tiene altísima importancia para el individuo y para la sociedad. Y la herejía en su significado particular (que es el de la herejía en la doctrina cristiana), es de especial interés para cualquiera que desee entender a Europa, al carácter de Europa, y a la Historia de Europa. Porque la totalidad de esa Historia, desde el surgimiento de la religión cristiana, ha sido la Historia de luchas y cambios, mayormente precedidos, con frecuencia aunque no siempre causados, y ciertamente acompañados por diversidades de doctrina religiosa. En otras palabras, "la herejía cristiana" es un subconjunto especial de primerísima importancia para la comprensión de la Historia europea porque, junto con la ortodoxia cristiana, constituye el acompañante y el agente constante de la vida de Europa.

Debemos comenzar con una definición, aunque el definir implique un esfuerzo mental y, por lo tanto, resulte antipático.

La herejía es la dislocación de una estructura completa y autosostenida mediante la introducción de la negación de una de sus partes esenciales.

Por "estructura completa y autosostenida" entendemos cualquier sistema afirmativo en física, matemáticas, filosofía o lo que fuere, en el cual las distintas partes son coherentes entre si y se sostienen mutuamente.

Por ejemplo, la antigua estructura de la física, frecuentemente llamada "newtoniana" en Inglaterra por haber sido Newton quien mejor la definió, es una

estructura de esta clase. La variedad de cosas que se afirman en ella acerca del comportamiento de la materia, y especialmente la ley de la gravedad, no constituyen afirmaciones aisladas de las que cualquiera podría ser extraída sin desordenar el resto; por el contrario, son todas parte de una misma concepción o unidad de modo tal que, si modificamos una parte, la totalidad deja de funcionar.

Otro ejemplo de un sistema similar es nuestra geometría plana que hemos heredado de los griegos y a la cual llaman "euclidiana" quienes piensan (o esperan) haber descubierto una nueva geometría. Cada proposición de nuestra geometría plana en cuanto a que los ángulos internos de un triángulo plano son iguales a dos ángulos rectos; que el ángulo contenido en un semicírculo es un ángulo recto, y así sucesivamente; cada una de estas proposiciones no sólo se encuentra sostenida por cada una de las demás proposiciones del sistema sino que, a su vez, sostiene a cada parte individual de la totalidad.

"Herejía" significa, pues, la distorsión de un sistema por "excepción": por la "extracción" de una parte de su estructura [1], e implica que el esquema queda dañado por haberse quitado parte del mismo, por haberse negado parte del mismo, o bien por haber dejado el vacío creado sin llenar, o bien por haberlo llenado con alguna afirmación nueva. Por ejemplo, el Siglo XIX construyó un esquema de crítica textual para establecer la fecha de un documento antiguo. Uno de los principios dentro de este esquema es que cualquier afirmación de lo maravilloso es necesariamente falsa. "Si en cualquier documento halla usted una maravilla, afirmada por el supuesto autor del documento, tiene usted derecho a concluir "(dicen los críticos textuales del Siglo XIX, hablando todos como un sólo hombre) "que el documento no fue contemporáneo, que no es de la fecha que pretende ser." Pero aparece un nuevo y original crítico que dice: "No estoy de acuerdo. Pienso que ocurren maravillas y también pienso que las personas dicen mentiras." Una persona irrumpiendo así es un hereje en relación a ese particular sistema ortodoxo. Una vez concedida esta excepción, todo un número de certezas negativas se vuelve inseguro.

Usted estaba seguro, por ejemplo, de que la vida de San Martín de Tours, tal como está expuesta por un testigo contemporáneo, no pertenecía a un testigo contemporáneo por las maravillas que relataba. Pero admitiendo el nuevo principio, el testigo podría ser contemporáneo después de todo, y por lo tanto puede ser aceptado como histórico si testimonia algo que no es en modo alguno maravilloso pero que no se encuentra en ningún otro documento.

En la biografía de un taumaturgo lee usted que resucitó a un hombre de entre los muertos en la basílica de Viena en el año 500. La escuela ortodoxa de la crítica diría que toda la historia es obviamente falsa y, por incluir maravillas, no es prueba de la existencia de una basílica en Viena en dicha fecha. Pero nuestro hereje, que desafía el canon ortodoxo de la crítica, dice: "Me parece que el biógrafo del taumaturgo puede haber estado mintiendo, pero no habría mencionado a la basílica y la fecha a menos que sus contemporáneos supiesen, como él sabía, que existió una basílica en Viena en dicha fecha. Una falsedad no presupone la falsedad universal en un narrador." Y hasta puede aparecer un hereje todavía más audaz que podría decir: "Este pasaje no sólo constituye una evidencia perfectamente buena en favor de la existencia de una basílica en Viena por el año 500, sino que hasta considero posible que el hombre fue resucitado de entre los muertos." Si sigue a cualquiera de los críticos, estará usted alterando todo el esquema de pruebas mediante el cual la Historia verdadera se separa de la falsa en la crítica textual contemporánea.

La negación completa de un esquema no es herejía y no posee el poder creativo de una herejía. Pertenece a la esencia de la herejía el dejar incólume gran parte de la estructura a la cual ataca. De esta manera puede seguir dirigiéndose a los fieles y continúa afectando sus vidas desviándolos de sus características originales. Es por ello que de las herejías se dice que "sobreviven por las verdades que retienen".

Debemos destacar que, en cuanto al valor de la herejía como ámbito de estudio histórico, resulta indiferente que el esquema completo atacado sea verdadero o falso. Lo que nos ocupa aquí es la altamente interesante verdad que la herejía origina una nueva vida propia y afecta vitalmente a la sociedad que ataca. La razón por la cual las personas combaten la herejía no es tan sólo, ni principalmente, conservadorismo, una devoción a la rutina, disgusto por la perturbación de sus hábitos de pensamiento, sino mucho más por la percepción de que la herejía – en la medida en que gane terreno – producirá un estilo de vida y una configuración social contraria, irritante y quizás hasta mortal para el estilo de vida y la configuración social que producía el antiguo esquema ortodoxo.

Sirva lo dicho en beneficio del significado general y el interés de esa tan fértil palabra "herejía".

En su significado particular (el utilizado en este libro) implica dañar por excepción el esquema completo constituido por la religión de la Cristiandad.

Por ejemplo, una parte esencial de esta religión (aún siendo sólo una parte) sostiene que el alma individual es inmortal; que la conciencia personal sobrevive a la muerte física. Ahora bien, las personas que creen en ello considerarán al mundo y a si mismas de cierta manera, se comportarán de cierta forma, y serán cierto tipo de personas. Si hacen una excepción – es decir: si recortan y extraen únicamente esta doctrina – pueden seguir conservando todo lo demás, pero el esquema estará cambiado; el estilo de vida, las características y todo el resto se volverán otra cosa. La persona que está convencida de que cuando muera todo habrá terminado de una vez para siempre, puede seguir creyendo en que Jesús de Nazareth fue Verdadero Dios de Verdadero Dios, que Dios es trino, que la Encarnación estuvo acompañada por un Nacimiento Virgen, que el pan y el vino se transforman en virtud de una formula particular. Esta persona podrá recitar una gran cantidad de oraciones cristianas y admirar y copiar a algunos cristianos ejemplares elegidos – pero será una persona bastante diferente de aquella otra que da por cierta la inmortalidad.

Debido a que la herejía en este sentido particular (la negación de una doctrina cristiana aceptada) afecta de este modo al individuo, afecta también a toda la sociedad, y cuando uno examina cierta sociedad formada por una religión en particular, necesariamente debe ocuparse extensamente de la distorsión o menoscabo de dicha religión. Ése es el interés histórico de la herejía. Por eso, quien quiera entender como es que Europa vino a ser lo que es y cuales fueron las causas de sus cambios, no puede darse el lujo de considerar la herejía como algo carente de importancia. Los eclesiásticos que en los concilios orientales lucharon con tanta furia por detalles de definiciones, tenían mucho más sentido histórico y se hallaban mucho más en contacto con la realidad que los escépticos franceses, familiares a los lectores ingleses a través de su discípulo Gibbon.

Por ejemplo, una persona que piensa que el arrianismo es una simple discusión semántica está dejando de ver que un mundo arriano sería mucho más parecido a un mundo mahometano y mucho menos parecido a lo que el mundo europeo de hecho llegó

a ser. Esa persona está mucho menos en contacto con la realidad de lo que estuvo Atanasio cuando afirmó la importancia suprema del punto de doctrina. Aquél concilio local en París, que volcó el fiel de la balanza en favor de la tradición trinitaria, tuvo tanto efecto como una batalla decisiva; y el no comprender eso es ser un mediocre historiador.

Y la tesis no se refuta diciendo que ambos, tanto el ortodoxo como el hereje, sufrían de una ilusión; que estaban discutiendo cuestiones que no tenían una existencia real y que no merecían el esfuerzo de un debate. La cuestión es que la doctrina (y su negación) contribuyeron a la formación de la naturaleza de las personas y esa naturaleza así formada determinó el futuro de la sociedad que esas personas construyeron.

Y en relación con esto existe otra consideración demasiado frecuentemente omitida en nuestros tiempos. Es la siguiente: para grandes masas de seres humanos la actitud escéptica frente a cuestiones trascendentales no puede perdurar. Muchos han desesperado por el hecho de que esto sea así. Deploran la despreciable debilidad de la humanidad que compele a la aceptación de alguna filosofía o de alguna religión a fin de llevar adelante la vida en absoluto. Pero ésta es una cuestión de experiencia positiva y universal.

Por cierto, no hay forma de negarlo. Es un hecho simple. La sociedad humana no puede desenvolverse sin algún credo, porque un código o una norma son el producto de un credo. De hecho, a pesar de que algunos individuos – especialmente aquellos que disponen de existencias protegidas – pueden con frecuencia desempeñarse con un mínimo de certeza o hábito respecto de cuestiones trascendentales, una masa humana orgánica no puede vivir de esa forma. Así, la Inglaterra moderna está sostenida por toda una religión: la religión del patriotismo. Destruid eso por medio de algún desarrollo herético, "exceptuando" la doctrina de que el primer deber de una persona es hacia la sociedad política a la cual pertenece, e Inglaterra, tal como la conocemos, gradualmente cesará de ser y se convertirá en algo diferente.

La herejía, por lo tanto, no es un fósil. Es una materia de permanente y vital interés para la humanidad porque está ligada a la cuestión de la religión y sin alguna forma de religión ninguna sociedad humana ha perdurado ni podrá perdurar jamás. Quienes piensan que la cuestión de la herejía puede ser descuidada porque el término les suena pasado de moda y porque se relaciona con cierta cantidad de disputas hace tiempo abandonadas, están cometiendo el error de pensar en palabras en lugar de pensar en ideas. Es la misma clase de error que contrasta a los Estados Unidos como "república" con una Inglaterra "monárquica" cuando, por supuesto, el gobierno de los Estados Unidos es esencialmente monárquico y el gobierno de Inglaterra es esencialmente republicano y aristocrático. No tienen fin los equívocos que surgen del empleo ambiguo de las palabras. Pero si tenemos presente al hecho simple que un Estado, una política humana, o una cultura general, tiene que estar inspirada por algún cuerpo de normas morales, y que no puede haber cuerpo de normas morales sin doctrina, y si nos ponemos de acuerdo en llamar religión a cualquier cuerpo consistente de doctrina y moral; pues entonces aparecerá clara la importancia de la herejía como cuestión porque la herejía no significa más que "la propuesta de innovaciones religiosas por medio de la extracción de algo que ha constituido la religión aceptada en algún momento dado, con el fin de negarlo o reemplazarlo por otra doctrina extraña."

El estudio de las sucesivas herejías cristianas, sus características y su trayectoria, posee un interés especial para todos los que pertenecemos a la cultura europea o cristiana; y la razón de ello debería ser evidente: nuestra cultura fue hecha por una

religión. Los cambios o los desvíos de esa religión necesariamente afectarán a nuestra civilización como un todo.

Toda la Historia de Europa, con sus variadas comarcas y Estados y cuerpos generales durante los últimos dieciséis siglos, ha estado mayormente vuelta hacia las sucesivas herejías que aparecieron en el mundo cristiano.

Somos lo que actualmente somos principalmente porque ninguna de esas herejías finalmente desquició a nuestra religión ancestral; pero también somos quienes somos porque cada una de estas herejías afectó profundamente a nuestros padres durante generaciones enteras. Cada herejía dejó sus huellas y una de ellas, el gran movimiento mahometano, sigue teniendo al día de hoy influencia dogmática y preponderancia sobre una gran fracción de territorio que alguna vez fue enteramente nuestro.

Si uno se pusiese a catalogar a las herejías siguiendo la larga Historia de la Cristiandad, la lista de las mismas podría parecer casi infinita. Porque se dividen y se subdividen, están en todas las escalas, varían de lo local a lo general. Sus vidas se extienden desde menos de una generación hasta siglos enteros. La mejor forma de entender la materia es seleccionando algunos pocos ejemplos prominentes y estudiarlos para entender la gran importancia que puede tener una herejía.

Un estudio semejante se hace más fácil por el hecho de que nuestros padres reconocieron a la herejía por lo que era, le dieron en cada caso un nombre en particular, la sujetaron a una definición – y, por lo tanto, a ciertos límites – haciendo más fácil su análisis gracias justamente a dicha definición.

Por desgracia, en el mundo moderno se ha perdido el hábito de esas definiciones. La palabra "herejía", habiendo venido a connotar algo extraño y pasado de moda, ya no se aplica a los casos que son claramente casos de herejía y deben ser tratados como tales.

Por ejemplo, en la actualidad está difundida la negación de lo que los teólogos llaman "dominio", esto es: el derecho a la posesión de propiedades. Se afirma ampliamente que las leyes que permiten la propiedad privada de tierra y de capital son inmorales; que el suelo de dónde surgen todos los bienes productivos debería ser comunal y que cualquier sistema que permita su control por individuos o familias es un sistema equivocado y por lo tanto debe ser atacado y destruido.

A esta doctrina, que ya es bastante fuerte entre nosotros y que está ganando en fuerza y número de adherentes, no la llamamos herejía. La concebimos tan sólo como un sistema político o económico y cuando hablamos del comunismo nuestro vocabulario no sugiere nada teológico. Pero esto es solamente porque nos hemos olvidado del significado de la palabra "teológico". El comunismo es tan una herejía como el maniqueísmo. Implica tomar el esquema moral con el que hemos vivido, extraer del mismo una parte en particular, negar esa parte e intentar su reemplazo por una innovación. El comunista retiene mucho del esquema cristiano: la igualdad humana, el derecho a la vida, y así sucesivamente. Niega tan sólo una parte.

Lo mismo vale en cuanto al ataque contra la indisolubilidad del matrimonio. Nadie llama "herejía" al conjunto de prácticas y afirmaciones modernas relacionadas con el divorcio, pero de hecho el divorcio es una herejía desde el momento en que su característica determinante es la negación de la doctrina cristiana del matrimonio y su

sustitución consecuente por otra doctrina, a saber: la de que el matrimonio no es más que un contrato y además un contrato rescindible.

Del mismo modo es una herejía – un "cambio por excepción" – el afirmar que nada se puede saber de las cosas divinas, que todo no es más que mera opinión y que, por lo tanto, nuestras únicas guías para el manejo de los asuntos humanos deberían ser las cosas de las cuales se tiene certeza por la evidencia de los sentidos y por la experimentación. Quienes piensan de esta forma pueden conservar, y generalmente conservan, mucho de la moral cristiana; pero desde el momento en que niegan la certeza por la Autoridad – siendo que esta doctrina es parte de la epistemología cristiana – son herejes. No es herejía decir que la realidad puede ser aprehendida por medio del experimento, por percepción sensual o por deducción. La herejía consiste en afirmar que no puede ser aprehendida por medio de ninguna otra fuente.

Actualmente vivimos bajo un régimen de herejía que se distingue de los períodos herejes más antiguos tan sólo en que el espíritu herético se ha vuelto generalizado y aparece bajo varias formas.

Se verá que en las páginas siguientes he hablado del "ataque moderno" porque algún nombre hay que darle al asunto antes de poder discutirlo en absoluto. Pero la marea que amenaza con cubrirnos es tan difusa que cada uno tendrá que darle su propio nombre; no tiene una denominación genérica todavía.

Quizás lo tendrá más adelante, pero no antes de que se vuelva agudo el conflicto entre ese espíritu moderno anticristiano y la tradición permanente de la Fe a través de la persecución y el triunfo o la derrota de la misma. Quizás entonces se llame Anticristo.

Capítulo 2
El esquema de este libro

En lo que sigue propongo tratar los principales ataques a la Iglesia Católica que han marcado su larga Historia. Excepto en el caso del musulmán y del ataque moderno, confusos pero ubicuos y que aún se hallan en curso, me ocupo de sus fracasos y de las causas de esos fracasos. Concluiré discutiendo las chances de la presente contienda por la supervivencia de la Iglesia en la misma civilización que ella creara y que ahora la está abandonando.

Como todo el mundo sabe, actualmente existe una institución que se autoproclama como la única maestra autoritativa y divinamente designada de la moral esencial y de la doctrina esencial. Esta institución se llama Iglesia Católica.

Más allá de ello, es una verdad histórica admitida y por nadie negada que esa institución, reivindicando esa función, ha estado presente entre la humanidad por muchos siglos. Por antagonismo o falta de conocimientos, muchos niegan la identidad de la Iglesia Católica actual con la sociedad cristiana original. Sin embargo nadie, por más hostil o desinformado que sea, negará su presencia durante al menos mil trescientos o mil cuatrocientos años.

Además es históricamente cierto (aunque no universalmente admitido) que la reivindicación de este organismo en cuanto voz divinamente designada para la formulación de doctrina verdadera sobre cuestiones esenciales al ser humano (su naturaleza, su sufrimiento en este mundo, su condena o su salvación, su inmortalidad, etc.) se encuentra afirmada a través de los siglos precedentes hasta poco antes de la mitad del primer siglo.

Desde el día de Pentecostés, ocurrido en algún momento entre el año 29 [2] y el 33 DC, y de allí en adelante, ha existido un cuerpo de doctrina que afirmó, por ejemplo, la Resurrección desde el mismo principio. Y el organismo a través del cual el conjunto doctrinario fue afirmado fue, desde el inicio, un cuerpo de hombres ligados por cierta tradición a través de la cual reivindicaron poseer la autoridad en cuestión.

Por consiguiente, tenemos que distinguir dos conceptos totalmente diferentes que, sin embargo, con frecuencia se confunden. Una cosa es el hecho histórico de que la autoridad divina y la infalibilidad doctrinaria fue y sigue siendo reivindicada; y otra cosa es la credibilidad de esa reivindicación.

Que la reivindicación sea verdadera o falsa no tiene absolutamente nada que ver ni con su origen histórico ni con su continuidad histórica. Pudo haber surgido como una ilusión o como una impostura; pudo haber continuado por ignorancia. Todo eso no afecta al hecho de su existencia histórica. La reivindicación fue hecha y sigue siendo hecha, y quienes la hacen se encuentran en una continuidad ininterrumpida con quienes la hicieron desde el principio. Colectivamente forman ese organismo que se llamó y se sigue llamando "La Iglesia".

Ahora bien; a lo largo de todo el período de su existencia han ocurrido constantes asaltos contra este organismo autoritativo, contra su reivindicación, su carácter y sus doctrinas. Hubo negaciones de su reivindicación. Se negó ésta o aquella sección de sus

doctrinas. Existió el intento de reemplazarlas por otras doctrinas. Hasta se intentó reiteradamente la destrucción de la Iglesia como organismo.

Me propongo seleccionar cinco de los principales ataques de esta clase del total del número muy grande, casi ilimitado, de esfuerzos, mayores y menores, realizados para derrumbar el edificio de la unidad y la autoridad.

Mi razón para elegir un número tan pequeño como cinco y concentrarme en cada uno de ellos como si fuese un fenómeno separado no responde tan sólo a la necesidad de un marco y de límites sino también al hecho de que, en estos cinco, se ejemplifican las principales formas de ataque. Los cinco ataques son, en orden histórico: 1. el Arriano; 2. el Mahometano; 3. el Albigense; 4. el Protestante; y 5. uno que aún no tiene un nombre específico asociado pero al cual llamaremos "el Moderno" por una cuestión de conveniencia.

Afirmo que cada una de estas principales cinco campañas representa un tipo determinado – siendo que el éxito total de cualquiera de ellas hubiera significado la destrucción de la Iglesia Católica, su autoridad y su doctrina entre los seres humanos.

El ataque arriano propuso un cambio doctrinario fundamental, a tal punto que, de haber prevalecido, la naturaleza entera de la religión se hubiera transformado. Y no sólo se hubiera transformado; hubiera fracasado, y tras su fracaso se hubiera derrumbado la civilización que la Iglesia Católica estaba construyendo.

La herejía arriana (ocupando el Siglo IV y activa a lo largo del Siglo V) se propuso ir a la raíz misma de la autoridad de la Iglesia atacando la divinidad plena de su fundador. Pero hizo más todavía porque su motivo subyacente fue la racionalización de un misterio sobre el cual la Iglesia está basada: el Misterio de la Encarnación. En lo esencial, el arrianismo fue una revuelta contra las dificultades inherentes a los misterios en general aún cuando se expresó solamente en un ataque al misterio principal. El arrianismo fue un típico ejemplo en gran escala de esa reacción contra lo sobrenatural que, si se desarrolla a pleno, le quita a la religión todo aquello que la hace vivir.

El ataque mahometano fue de una clase diferente. Geográficamente provino de fuera del área de la Cristiandad; apareció, casi desde el comienzo, como un enemigo externo. Sin embargo, estrictamente hablando, no fue una religión nueva que atacaba a la antigua sino, esencialmente, una herejía; si bien, desde las circunstancias de su nacimiento fue una herejía más bien externa que interna. Amenazó con matar a la Iglesia Cristiana por invasión en lugar de socavarla por dentro.

El ataque albigense no fue sino el principal de un gran número de ataques, todos los cuales tuvieron sus orígenes en la concepción maniquea de la dualidad del universo; en la concepción de que el bien y el mal están siempre combatiendo como iguales y que el Poder Omnipotente no es ni único ni benéfico. Estrechamente interrelacionada con esta idea e inseparable de ella estuvo la concepción de que la materia es maligna y que todo placer, especialmente el del cuerpo, es maligno. Esta forma de ataque, de la cual sostengo que la albigense fue la más notoria y la que más cerca llegó de tener éxito, fue más un ataque a la moral que a la doctrina. Tuvo el carácter de un cáncer fijándose al cuerpo de la Iglesia desde adentro, produciendo una vida propia, antagónica de la vida de la Iglesia y destructiva de la misma, al igual que el tumor maligno en el cuerpo humano vive una vida propia, diferente y destructora del organismo en el cual ha surgido en forma parasitaria.

El ataque protestante difirió del resto especialmente en la característica que su ofensiva no consistió en la promulgación de una nueva doctrina, o de una nueva autoridad, ni realizó un intento concertado de crear una contra-Iglesia. Su principio fue la negación de la unidad. Fue un esfuerzo para promover aquél estado mental en el cual una *Iglesia* en el antiguo sentido de la palabra, esto es: un cuerpo infalible, unido y docente; una Persona hablando con autoridad divina, debía ser negada – no por las doctrinas que podía llegar a ofrecer sino por la sola pretensión de ofrecerlas bajo su autoridad exclusiva. Así, el protestante puede afirmar, como lo hacen los *puseytas* ingleses, la verdad de todas las doctrinas subyacentes a la Misa: la Real Presencia, el Sacrificio, el poder sacerdotal de consagración, etc. mientras otro protestante podría afirmar que todas esas concepciones son falsas, y aún así ambos protestantes serían protestantes porque están comunicados por la concepción fundamental de que la Iglesia no es una personalidad visible, definible y unida; que no hay una autoridad central infalible y que, por lo tanto, cada uno es libre de elegir su propio conjunto de doctrinas.

Semejantes afirmaciones de desunión, semejante negación de la tesis que la unidad es parte del Orden Divino, produjo por cierto un temperamento protestante común a través de ciertas asociaciones históricas. Pero no existe una doctrina, ni un conjunto de doctrinas, de las cuales pueda afirmarse que constituyen el núcleo del protestantismo. En lo esencial, el protestantismo sigue siendo el rechazo de la unidad por la autoridad.

Por último existe el ataque contemporáneo a la Iglesia Católica que todavía está en curso y al cual no se le ha puesto un nombre definitivo, excepto el vago término de "moderno". Personalmente quizás hubiera preferido el antiguo término griego "*alogos*". Aunque eso hubiera parecido una pedantería, no deja de ser una lástima el tener que rechazarlo porque describe admirablemente por implicación la disputa entre quienes actualmente atacan a la autoridad y a la doctrina católicas y el tono mental de un creyente. En la antigüedad se le daba el nombre de "*alogos*" a quienes, aún a pesar de llamarse cristianos, menoscababan o negaban la divinidad de Cristo. Se decía que hacían esto por carecer de "juicio" en el sentido de "capacidad completa de comprensión", o "capacidad cognitiva". Las personas consideraban esta clase de racionalismo de la misma manera en que los individuos normales consideran al daltónico.

Se podría haber optado también por el término de "positivismo" en vista de que el movimiento moderno se basa sobre la distinción entre cosas positivamente probadas por experimento y cosas aceptadas sobe otras bases; pero el término "positivismo" ya tiene una connotación especial y emplearlo generaría confusiones.

En todo caso, a pesar de no tener todavía un nombre específico, todos conocemos el espíritu al cual me refiero: "Que sólo es verdad lo que puede ser apreciado por los sentidos y sujeto a experimento. Que sólo puede ser creído por completo aquello que puede ser completamente medido y comprobado mediante pruebas reiteradas. Que aquello que en general se llama "*afirmaciones religiosas*" es siempre presumiblemente y a veces demostradamente un conjunto de ilusiones. Que la misma idea de Dios y todo lo que le sigue es una construcción humana y un invento de la imaginación". Éste es el ataque que ha desplazado a los más antiguos. Éste es el que ahora está ganando terreno tan rápidamente y cuyos partidarios sienten una creciente confianza en el éxito (al igual que la sintieron en su momento culminante los partidarios de los ataques anteriores).

Así quedan planteados los cinco grandes movimientos antagónicos a la Fe. El concentrar nuestra atención sobre cada uno y de a uno por vez, nos enseña por medio

de ejemplos independientes el carácter de nuestra religión y la extraña verdad que las personas no pueden escapar de simpatizar con ella o de odiarla.

Además, el concentrarse en estos cinco ataques principales tiene la ventaja adicional de que parecen resumir todas las direcciones desde las cuales se puede lanzar un asalto a la Fe Católica.

Sin duda alguna habrá más conflictos en el futuro. Más aún: podemos estar seguros de que esto es inevitable porque está en la naturaleza de la Iglesia provocar la furia y el ataque del mundo. Quizás más adelante tendremos que enfrentar a los paganos del Este o quizás, tarde o temprano, debamos resistir el desafío de todo un nuevo sistema; vale decir, no una herejía sino una nueva religión. Pero las clases principales de ataque parecen haber quedado agotadas en la lista que la Historia ha presentado hasta ahora. Hemos tenido casos de herejía, trabajando desde el exterior y formando un mundo nuevo a su estilo, del cual el Islam constituye el gran ejemplo. Hemos tenido casos de herejía atacando las raíces de la Fe, la Encarnación, y especializándose en ello, de lo cual el arrianismo fue el gran ejemplo. Tuvimos el crecimiento de un cuerpo extraño en el interior, como los albigenses y todos sus parientes maniqueos antes y después de ellos. Hemos tenido el ataque a la personalidad, esto es: a la unidad de la Iglesia, con el protestantismo. Y ahora, incluso cuando el protestantismo se está muriendo, vemos surgir y crecer todavía otra forma de conflicto: la propuesta de catalogar de ilusión a toda afirmación trascendental. Parecería ser que el futuro no podría contener más que una repetición de estas formas.

Por consiguiente, la Iglesia puede ser concebida como una ciudadela presentando un número dado de caras formadas por los ángulos de sus defensas. Cada una de las caras fue atacada alguna vez, y después del fracaso del ataque, la cara vecina sufrió el peso de la siguiente batalla. El último asalto, el moderno, más que un conflicto armado parece un intento de disolver la guarnición; de aniquilar, por sugestión, su poder de resistencia. Con esta última forma, la lista parecería haber quedado agotada. Cuando el último peligro se haya disipado – si se disipa – el próximo puede aparecer solamente bajo alguna forma con la que ya hemos tenido cierta experiencia.

Como posdata a este preludio se me podrá preguntar por qué no incluí ninguna mención a los cismas. Los cismas son ataques a la vida de la Iglesia Católica tanto como lo son las herejías. El mayor cisma de todos, el griego u ortodoxo que produjo la comunión Griega u Ortodoxa, constituye un quebrantamiento manifiesto de nuestra fortaleza. Sin embargo, pienso que las distintas formas de ataque a la Iglesia por la vía de doctrinas herejes se encuentran en una categoría distinta a la de los cismas. Sin duda, un cisma comúnmente incluye una herejía y sin duda ciertas herejías han intentado pedir que nos reconciliemos con ellas como podríamos hacerlo con un cisma. Pero, a pesar de que los dos males por lo común aparecen juntos, aún así cada uno de ellos pertenece a una clase diferente y, mientras estudiamos a uno lo mejor es eliminar al otro durante el proceso de ese estudio.

En estas páginas examinaré, pues, en secuencia los cinco grandes movimientos que he mencionado y los tomaré en orden histórico, comenzando con la cuestión de los arrianos que, al ser la primera, fue también quizás la más formidable.

Capítulo 3
La Herejía Arriana

El arrianismo fue la primera de las grandes herejías.

Desde la fundación de la Iglesia en Pentecostés del año 29 o 33 DC existió una masa de movimientos heréticos que llenó los tres primeros siglos. Casi todos ellos, se volcaron hacia la naturaleza de Cristo.

La predicación, la personalidad y los milagros de Nuestro Señor, pero sobre todo su resurrección, tuvieron el efecto de promover la concepción de un poder divino. Esta concepción impregnó toda la cuestión para cualquiera que tuviese un mínimo de fe en las maravillas presentadas.

Ahora bien, en esto la tradición central de la Iglesia, al igual que en cualquier otro caso de doctrina disputada, fue sólida y clara desde el comienzo. Nuestro Señor fue indudablemente un hombre. Nació como nacen los hombres. Murió como mueren los hombres. Vivió como un hombre y fue conocido como hombre por un grupo de íntimos compañeros y un número muy grande de hombres y mujeres que lo siguieron, lo escucharon y presenciaron sus acciones.

Pero, dijo la Iglesia, también fue Dios. Dios descendió sobre la tierra y encarnó en un hombre. No fue meramente un hombre influenciado por la Divinidad, ni tampoco una manifestación de la Divinidad bajo una apariencia humana. Fue al mismo tiempo plenamente Dios y plenamente Hombre. Sobre esto, la tradición central de la Iglesia nunca vaciló. Fue dado por sentado desde el principio por quienes tienen autoridad para hablar.

Pero un misterio resulta por fuerza incomprensible precisamente por ser misterio. Por eso el ser humano, siendo un ser racional, está perpetuamente intentando racionalizarlo. Eso fue lo que sucedió con este misterio. Un grupo dijo que Cristo fue solamente un hombre, si bien un hombre dotado de poderes especiales. El otro grupo, en el extremo opuesto, dijo que fue una manifestación de lo divino; que su naturaleza humana fue ilusoria. Y estos extremos se alternaron indefinidamente.

Pues bien, la herejía arriana fue en cierta forma el resumen y la conclusión de todos estos movimientos del lado no ortodoxo; esto es: de todos los movimientos que no aceptaban el misterio pleno de las dos naturalezas.

Desde el momento en que es muy difícil racionalizar la unión de lo infinito con lo finito, puesto que existe una aparente contradicción en los dos términos, la forma final en la que quedó resuelta la confusión de las herejías fue una declaración según la cual Nuestro Señor poseyó tanto de la Esencia Divina como le es posible poseer a una creatura pero que, así y todo, no dejó de ser una creatura. No fue el Dios infinito y omnipotente quien por su naturaleza tiene que ser uno e indivisible, y no podía ser al mismo tiempo (así dijeron) un ser humano limitado manifestándose y teniendo su ser en la esfera temporal.

El arrianismo (más adelante describiré el origen del nombre) estaba dispuesto a otorgarle a Nuestro Señor toda clase de honores y majestades menos la de la naturaleza

plena de la Divinidad. Fue creado (o bien, si a las personas no les gustaba la palabra "creado" entonces se utilizaba aquella otra de "surgió") de la Divinidad antes de todas las demás cosas. A través de Él fue creado el mundo. Se le otorgó (paradójicamente) el poder de todos los atributos divinos menos el de la divinidad.

En lo esencial, este movimiento surgió de exactamente las mismas fuentes que las de cualquier otro movimiento racionalista desde el principio de los tiempos hasta el presente. Surgió del deseo de visualizar en forma clara y simple algo que está más allá del alcance de la visión y de la comprensión humanas. Por consiguiente, a pesar de que comenzó concediéndole a Nuestro Señor todo honor posible y toda gloria excepto la de la Divinidad concreta, en el largo plazo hubiera conducido al unitarianismo y finalmente al tratamiento de Nuestro Señor como un profeta y, por más exaltación que se aplicara, como nada más que un profeta.

Todas las herejías respiran el aire de los tiempos en los que surgen y constituyen necesariamente un reflejo de la filosofía inherente a las ideas no-católicas predominantes al momento de su aparición. El arrianismo también habló en los términos de su época. No comenzó, como comenzaría hoy un movimiento similar, haciendo de Nuestro Señor un simple hombre y nada más. Menos todavía negó lo sobrenatural como un todo. La época en la cual surgió (durante los años alrededor del 300 DC) fue un tiempo en el cual toda la sociedad aceptaba lo sobrenatural como algo sabido. Pero el arrianismo se refirió a Nuestro Señor como un Agente Supremo de Dios el Demiurgo y lo consideró como la primera y más grande de aquellas emanaciones de la Divinidad Central mediante las cuales la filosofía de moda por aquellos días trataba de superar la dificultad de reconciliar al Creador infinito y simple con un universo complejo y finito.

Vaya lo dicho por la doctrina y por lo que hubiera terminado de ser si hubiera triunfado. Hubiera transformado a la nueva religión en algo parecido al mahometanismo o, quizás y considerando la naturaleza de la sociedad griega y romana, en algo parecido a un calvinismo oriental.

De cualquier modo, lo que acabo de describir fue el estado de esta doctrina mientras floreció: fue una negativa de la completa divinidad de Nuestro Señor combinada con la aceptación de todos sus otros atributos.

Ahora bien, cuando hablamos de las herejías más antiguas, tenemos que considerar sus efectos espirituales – y por lo tanto sociales – mucho más que su mero error doctrinario, a pesar de que ese error doctrinario haya sido la causa última de todos sus efectos espirituales y sociales. Tenemos que hacerlo así porque, cuando una herejía ha estado muerta por mucho tiempo, su atractivo se olvida. Al carecer ya de la experiencia directa, no existe para nosotros el tono particular y la inconfundible impresión que esa herejía estampó sobre la sociedad y por eso debe ser recreada de algún modo por cualquiera que pretenda hacer verdadera Historia. Sin una explicación de esta clase, sería imposible hacerle entender a un católico actual de Berna, o a un campesino de la región de Lourdes – donde el calvinismo otrora predominante hoy está muerto – el atractivo y el carácter individual del calvinismo tal como éste todavía sobrevive en Escocia y en sectores de los Estados Unidos. Tenemos, pues, que reconstruir aquí esta atmósfera arriana porque, hasta que no comprendamos su atractivo espiritual y por lo tanto social, no podremos decir que realmente lo conocemos en absoluto.

Más allá de ello, hay que comprender el atractivo o carácter personal del movimiento, y su efecto individual sobre la sociedad, a fin de entender su importancia.

No existe error más grande a lo largo y ancho de toda la mala Historia que imaginar que las diferencias doctrinarias no tienen intensos efectos sociales porque son abstractas y se hallan alejadas de las cosas prácticas de la vida. Descríbasele a un chino actual la disputa doctrinaria de la Reforma diciéndole que, por sobre todo, constituyó la negación de la doctrina de la unidad de la iglesia visible y la autoridad especial de sus funcionarios. Eso sería cierto. El chino comprendería lo que sucedió con esta Reforma en el mismo sentido en que comprendería una enunciación matemática. Pero, ¿le permitiría ello comprender a los hugonotes franceses de la actualidad, el estilo prusiano de la guerra y la política, la naturaleza de Inglaterra y su pasado desde que el puritanismo surgió en este país? ¿Le haría comprender los *Orange Lodges*, [3] o los sistemas morales y políticos de, digamos, H. G. Wells o Bernard Shaw? ¡Por supuesto que no! El exponerle a una persona la Historia del tabaco, el darle la fórmula química (si existiese tal cosa) de la nicotina, no implica hacerle comprender lo que significa el aroma del tabaco ni los efectos del fumarlo. Lo mismo sucede con el arrianismo. Describir meramente al arrianismo desde el punto de vista doctrinario es enunciar una fórmula; no implica transmitir la cosa en si.

Cuando el arrianismo surgió, descendió sobre una sociedad que ya era – y que ya había sido durante largo tiempo – el único organismo político universal del cual todas las personas eran ciudadanos. No existían las naciones separadas. El Imperio Romano era un sólo Estado desde el Éufrates hasta el Atlántico y desde el Sahara hasta los *Highlands* escoceses. Se gobernaba de un modo monárquico por el Comandante en Jefe, o los Comandantes en Jefe, de los ejércitos. El título del Comandante en jefe era el de "*Imperator*", de dónde proviene nuestra palabra "Emperador", y por ello denominamos dicho Estado como "Imperio Romano". Lo que el emperador, o los emperadores asociados, declaraban ser constituía oficialmente la actitud de la totalidad del imperio (de acuerdo al último esquema existieron dos emperadores, cada uno con un coadjutor, lo cual hace cuatro, pero pronto se fusionaron en una sola cabeza y en un único emperador).

Los emperadores – y por lo tanto todo el esquema oficial que dependía de ellos – habían sido anticristianos durante el período en que Iglesia Católica creció en medio de la sociedad pagana de romanos y griegos. Durante casi 300 años, los emperadores y la estructura oficial de aquella sociedad consideraron a la crecientemente poderosa Iglesia Católica como una extraña y muy peligrosa amenaza para las tradiciones y, por consiguiente, para la fortaleza del antiguo mundo grecorromano. La Iglesia, tal como estaba establecida, constituía un Estado dentro del Estado; poseía sus propios funcionarios supremos, los obispos, y su propia organización altamente desarrollada y poderosa. Estaba en todas partes. Contrastaba fuertemente con el mundo antiguo en medio del cual se había arrojado. Lo que sería la vida para uno significaría la muerte para el otro. El mundo antiguo se defendió a través de la acción de los últimos emperadores paganos que lanzaron muchas persecuciones contra la Iglesia, terminando en una persecución final y muy drástica que fracasó.

Al principio la causa católica fue apoyada, y por último abiertamente sostenida, por un hombre que conquistó a todos sus rivales y se estableció como el monarca supremo de todo el Estado: el emperador Constantino el Grande, que gobernó desde Constantinopla, la ciudad que fundó llamándola la "Nueva Roma". Después de este acontecimiento, el gobierno central del Imperio fue cristiano. Para el crítico año de 325 DC, casi tres siglos después de Pentecostés, la Iglesia Católica se había convertido en la religión oficial del Imperio – o al menos en la religión del palacio –y permaneció siéndolo (excepto un intervalo excepcional muy corto) mientras el Imperio existió. [4]

Pero no hay que imaginarse que la mayoría de las personas ya adherían a la religión cristiana, ni siquiera en el Este de habla griega. Por cierto que no constituían nada parecido a una mayoría en el Oeste de habla latina.

Como en todos los grandes cambios a lo largo de la Historia, los grupos involucrados fueron minorías imbuidas de diferentes grados de entusiasmo, o falta de entusiasmo. Estas minorías tuvieron diferentes motivaciones y lucharon por imponer su predisposición mental a las masas titubeantes e indecisas. De estas minorías, los cristianos constituían la más numerosa y (lo que es más importante) la más vehemente, la más convencida y la única completa y estrictamente organizada.

La conversión del Emperador les aportó una gran afluencia de personas pertenecientes a la mayoría indecisa. La mayor parte estas personas quizás apenas si entendían esa cosa nueva a la cual estaban adhiriendo y seguramente en su mayor parte no estaban comprometidas con ella; pero lo nuevo había triunfado políticamente y eso les bastaba. Otros muchos extrañaron a los antiguos dioses pero consideraron que no valía la pena arriesgarse a defenderlos. A muchos más no les interesó en absoluto lo que quedaba de los dioses antiguos sin que por ello sintieran un interés mayor en las nuevas modas cristianas. Pero en medio de todo ello, subsistió una fuerte minoría de paganos altamente inteligentes y resueltos que tenían de su lado no solamente las tradiciones de una acaudalada clase gobernante sino también el grueso de los mejores escritores y, por supuesto, el poder otorgado por la memoria viva de su larga posición dominante en la sociedad.

Y en ese mundo existió aún otro elemento, separado de todo el resto, y que es extremadamente importante comprender: el ejército. El por qué es tan importante que comprendamos la posición del ejército es algo que veremos en un momento.

Cuando el poder del arrianismo se manifestó a través del mundo grecorromano durante aquellos primeros años del Imperio Cristiano oficial y su gobierno universal, el arrianismo se convirtió en el núcleo o centro de muchas fuerzas que serían, por si mismas, indiferentes a su doctrina. Se convirtió en el punto de encuentro de muchas tradiciones arraigadas y supervivientes del mundo antiguo; tradiciones que no eran religiosas sino intelectuales, sociales, morales, literarias y de toda otra clase.

Podemos ponerlo bastante vívidamente en jerga moderna diciendo que el arrianismo, presente de este modo en las nuevas grandes discusiones dentro del cuerpo de la Iglesia Cristiana por la época en que la Iglesia alcanzó apoyo oficial y se convirtió en la religión oficial del Imperio, atrajo a todos los "encopetados", al menos a la mitad de los esnobs y a casi todos los conservadores idealistas "reaccionarios", ya sea que fuesen, o no, nominalmente cristianos. Sabemos que atrajo grandes cantidades de aquellos que realmente eran cristianos. Pero también fue el punto de encuentro de estas fuerzas no-cristianas que tanta importancia tenían en la sociedad de aquella época.

Una gran cantidad de las antiguas familias nobles se resistía a aceptar la revolución social que implicaba el triunfo de la Iglesia Cristiana. Esas familias se inclinaron naturalmente hacia un movimiento en cuyo interior reinaba una atmósfera de superioridad social por sobre el populacho y en el cual instintivamente percibieron una oposición a la vida y a la supervivencia de esa Iglesia. En última instancia, la Iglesia dependía y se hallaba sostenida por las masas. Las personas de antigua tradición familiar y fortuna hallaron al arriano más simpático y un mejor aliado de la aristocracia que al católico ordinario.

Muchos intelectuales se encontraron en la misma posición. Éstos no tenían el orgullo de las antiguas tradiciones familiares y sociales del pasado, pero poseían el orgullo de la cultura. Recordaban con añoranza el pasado prestigio de los filósofos paganos. Consideraban que la gran revolución representada por la transición del paganismo al catolicismo destruiría tanto las antiguas tradiciones culturales como a su propia posición cultural.

Los simples esnobs, que siempre constituyen un amplio cuerpo en cualquier sociedad establecida, las personas que no tienen opinión propia y que siguen lo que creen que es la cosa honorable del momento, se encontraron divididos. Quizás la mayoría de ellos estaba dispuesta a seguir la tendencia oficial de la corte y a acoplarse abiertamente a la nueva religión. Pero siempre habrá habido una cierta cantidad que habrá pensado que resultaba más "elegante", más "a la moda", profesar simpatía con las viejas tradiciones paganas, con las antiguas grandes familias, con la tradicional y venerable cultura y literatura paganas y todo lo demás. Todo ello reforzó al movimiento arriano en su tendencia destructora del catolicismo.

Además de ello, el arrianismo tuvo aún otro aliado más, y la naturaleza de esta alianza es tan sutil que requiere un examen muy cuidadoso. Tuvo como aliado la tendencia del gobierno de una monarquía absoluta a tener casi miedo de las emociones presentes en la mente de las personas, especialmente de las más pobres: emociones que, si se expandían y se volvían apasionadas y capturaban a la masa de la población, podían volverse demasiado fuertes como para ser gobernadas obligando a las autoridades a inclinarse ante ellas. Aquí hay una paradoja difícil pero que es importante reconocer.

En forma superficial, un gobierno absoluto, especialmente el que se encuentra en manos de un sólo hombre, parecería ser lo opuesto a un gobierno popular. Las dos formas de gobierno parecen contradictorias a quienes no han visto a la monarquía absoluta en funcionamiento. Para quienes sí la han visto es todo lo contrario. Un gobierno absoluto implica el apoyo de las masas en contra del poder de la riqueza que se encuentra en manos de unos pocos, o contra el poder de los ejércitos que se encuentra en manos de unos pocos. Por consiguiente es imaginable que el poder imperial de Constantinopla sintiera más simpatía hacia las masas populares católicas que hacia los intelectuales y los demás que siguieron al arrianismo. Pero, si bien la misma existencia de un gobierno absoluto responde a la necesidad de defender a las masas de una minoría poderosa, no debemos olvidar que es un gobierno al que le gusta gobernar. No le gusta sentir que en el Estado existe un rival desafiando su propio poder. No le gusta percibir que pueden haber grandes decisiones impuestas por organizaciones diferentes a las de su propia organización oficial. Por ello es que aún los funcionarios y emperadores más cristianos cultivaron en el fondo de sus mentes una simpatía potencial con el arrianismo durante el primer ciclo de vida del movimiento arriano y por ello es que esta simpatía potencial aparece en algunos casos como simpatía activa y públicamente declarada en favor del arrianismo.

Y el arrianismo tuvo aún otro aliado por medio del cual casi llegó a triunfar: el ejército.

A fin de entender qué tan poderoso fue este aliado, tenemos que apreciar tanto lo que el Ejército Romano significó en aquellos días como la forma en que estaba compuesto.

En cuestión de números, el ejército constituía por supuesto tan sólo una fracción de la sociedad. No tenemos certeza de los números exactos; como máximo habrá ascendido a medio millón de efectivos, probablemente bastante menos. Pero sería ridículo juzgar la materia en forma cuantitativa. En condiciones normales, el ejército constituía la mitad, o más de la mitad, del Estado. En ese Siglo IV, tanto como para usar una metáfora, el ejército representaba el auténtico cemento – o bien, para emplear otra: el armazón – la fuerza aglutinante, el sostén, el propio ***ser*** material del Imperio Romano. Había sido así durante los siglos anteriores y seguiría siendo así durante generaciones.

Es absolutamente esencial entender este punto, porque explica tres cuartas partes de lo que sucedió, no sólo en cuanto a lo relacionado con la herejía arriana sino en cuanto a todos los demás hechos ocurridos entre los días de Mario (bajo cuya administración el Ejército Romano se hizo profesional por primera vez) y el ataque mahometano a Europa – esto es: desde más de un siglo antes de la Era Cristiana hasta principios del Siglo VII. La posición social y política del ejército explica todos esos setecientos años y más.

El Imperio Romano fue un Estado militar. No fue un Estado civil. La vía de acceso al poder pasaba por el ejército. La concepción de gloria y éxito, la obtención de riqueza en muchos casos, el acceso al poder político en casi todos los casos, todo ello dependía en aquellos días del ejército del mismo modo en que hoy depende de préstamos financieros, especulaciones, camándulas, manipulación de votos, caudillismos y publicaciones.

Originalmente, el ejército había consistido de ciudadanos romanos, todos los cuales fueron itálicos. Luego, a medida en que el poder del Estado Romano se fue expandiendo, incorporó tropas auxiliares, gentes que seguían a capitanejos locales, y terminó integrando al sistema militar romano – y hasta reclutando en sus cuadros regulares – a elementos de todas las partes y provincias del Imperio. Antes de que terminaran los primeros cien años del Imperio ya había muchos galos y españoles en el ejército. Durante los siguientes doscientos años – esto es: durante los doscientos años que van del 100 al 300 DC y que conducen a la herejía arriana – el ejército se reclutó cada vez más de lo que llamamos "bárbaros"; un término que no significaba "salvajes" sino personas que vivían fueran de los límites estrictos del Imperio Romano. Estas personas resultaban más fáciles de disciplinar y mucho más baratas de reclutar que los ciudadanos. También estaban menos acostumbradas a las artes y a las comodidades de la civilización que los ciudadanos asentados dentro de las fronteras. En gran cantidad fueron germanos, pero hubo muchos eslavos, un buen número de moros, árabes, sarracenos y hasta no pocos mongoles infiltrados del Este.

La disciplina unió estrictamente al gran cuerpo del Ejército Romano, pero más aún lo unió el orgullo profesional. El servicio era por largo tiempo. Un hombre pertenecía al ejército desde la adolescencia hasta la mediana edad. Nadie aparte del ejército poseía el poder físico. No se podía ni pensar en resistirlo por la fuerza y, en cierto sentido, constituía el gobierno. Su Comandante en Jefe era el monarca absoluto de todo el Estado. Pues bien: el ejército se hizo sólidamente arriano.

Éste es el detalle fundamental de todo el asunto. De no ser por el ejército, el arrianismo nunca hubiera significado lo que significó. Con el ejército – y con ese ejército apoyándolo con entusiasmo – el arrianismo casi triunfó y consiguió sobrevivir aún cuando no constituyó sino poco más que las tropas y sus principales oficiales.

Es cierto que una cantidad de tropas germanas de fuera del Imperio fue convertida por misioneros arrianos en un momento en el cual la alta sociedad era arriana. Pero esa no es la razón por la cual el ejército en su totalidad se hizo arriano. El ejército se hizo arriano porque sintió que el arrianismo era algo distintivo que lo hacía superior a las masas civiles, del mismo modo en que el arrianismo era lo diferenciador que le hacía al intelectual sentirse superior a las masas populares. Los soldados, ya fuesen de origen bárbaro o ciudadano, sintieron simpatía por el arrianismo por la misma razón que las antiguas familias paganas lo habían considerado con simpatía. Así, el ejército – y especialmente el estrato de los jefes militares – apoyó la herejía con toda su autoridad y al final el arrianismo se convirtió en una especie de testimonio de ser alguien, un soldado, en contraposición a no ser más que un despreciable civil. Se podría decir que surgió un conflicto entre los jefes del ejército por un lado y los obispos católicos por el otro. Sin duda existió una división – una distinción oficial – entre la población católica de las ciudades, el campesinado católico de la campiña y el casi universalmente arriano soldado; y el enorme efecto de esta conjunción entre la nueva herejía y el ejército es lo que veremos operar en todo lo que sigue.

Ahora que hemos visto en qué consistió el espíritu del arrianismo y qué fuerzas tuvo a su favor, veamos cómo obtuvo su nombre.

El movimiento que negó la plena divinidad de Cristo haciendo de Él una creatura, tomó su nombre de un tal Areios (Arius en su versión latina), un clérigo africano de habla griega un poco mayor que Constantino y que ya contaba con cierta fama como autoridad religiosa algunos años antes de las victorias de Constantino y el primer poder imperial.

Recordemos que Arrio representa sólo la culminación de un largo movimiento. ¿Cual fue la causa de su éxito? Dos cosas combinadas. Primero, el impulso de todo lo que lo precedió. Segundo, la súbita liberación de la Iglesia por Constantino. A esto, sin duda alguna, hay que agregar algo en la propia personalidad de Arrio. Los hombres de esta clase que se convierten en líderes tienen cierto impulso en su propio pasado que los impele. No se convertirían en lo que son si no fuesen algo en si mismos.

Pienso que podemos aceptar que Arrio tuvo el efecto que logró por toda una convergencia de fuerzas. Había una gran cantidad de ambición en él, tal como es posible encontrar en todos los heresiarcas. Tuvo un fuerte elemento de racionalismo. También tuvo entusiasmo por lo que creyó que era la verdad.

Su teoría por cierto que no constituyó un descubrimiento original propio, pero lo hizo suyo y lo identificó con su nombre. Más allá de ello, ofreció una tenaz resistencia a las personas por las que creía ser perseguido. Sufrió de una gran vanidad, como casi todos los reformadores. Y encima de todo ello hallamos una más bien delgada simplicidad o "sentido común", que inmediatamente agrada a las multitudes. Pero nunca hubiera alcanzado su fama de no haber poseído cierta elocuencia y un poderoso impulso.

Era ya un hombre de buena posición, probablemente de Cirenaica (en África del Norte, al Este de Trípoli), aunque se lo menciona como alejandrino porque vivió en Alejandría. Fue discípulo del más grande crítico de su tiempo, el mártir Luciano de Antioquía. En el año 318 presidía la iglesia de Bucalis en Alejandría, gozando del alto favor del obispo de la ciudad.

Arrio se trasladó de Egipto a Cesárea en Palestina, difundiendo su ya bien conocido conjunto de ideas racionalizadoras y unitarias con pasión. Algunos de los obispos de Oriente comenzaron a estar de acuerdo con él. Es cierto que los dos principales obispos

sirios, el de Antioquía y el de Jerusalén, se apartaron; pero aparentemente la mayoría de la jerarquía siria se inclinó por escucharlo.

Cuando Constantino se convirtió en el señor de todo el Imperio en 325, Arrio apeló al nuevo amo del mundo. Alejandro, el gran obispo de Alejandría, lo había excomulgado pero a regañadientes. El viejo emperador pagano Licinio había protegido al movimiento.

Se desató una batalla de extrema importancia. Las personas ni percibieron lo importante que era, a pesar de la violencia con la que se excitaron las emociones. Si este movimiento hubiera obtenido la victoria, desde ése día hasta el actual toda nuestra civilización hubiera sido distinta. Todos sabemos lo que sucede en cualquier sociedad cuando tiene éxito un intento de simplificar y racionalizar los misterios de la fe. Tenemos ahora ante nosotros el fin del experimento de la Reforma y la anciana pero aún muy vigorosa herejía mahometana que quizás reaparezca con renovado vigor en el futuro. Esta clase de esfuerzos racionalizadores de la fe producen una degradación social gradual luego de la pérdida de ese vínculo directo entre la naturaleza humana y Dios que ofrece la Encarnación. Se menoscaba la dignidad humana. La autoridad de Nuestro Señor se debilita. Aparece cada vez más como un hombre – quizás como un mito. La sustancia de la vida cristiana se diluye. Se esfuma. Lo que comienza como unitarismo termina como paganismo.

Para terminar con la disputa que dividía a toda la sociedad cristiana, el Emperador ordenó la celebración de un concilio a reunirse en el año 325 DC en la ciudad de Nicea, a cincuenta millas de la capital, sobre el lado asiático de los estrechos. Se convocó allí a los obispos de todo el Imperio, incluso a los de los distritos externos en dónde los misioneros habían plantado la fe. El grueso de los participantes provino de la parte oriental del Imperio pero el Occidente también estuvo representado y, lo que fue de primordial importancia, arribaron delegados de la Sede Primada de Roma. Sin su adhesión los decretos del concilio no hubieran tenido plena vigencia ya que su presencia era requerida para darle plena validez a las decisiones. La reacción contra la innovación de Arrio fue tan fuerte que en este Concilio de Nicea terminó abrumado.

En aquella primera gran derrota, cuando la fuerte y vital tradición del catolicismo se reafirmó y Arrio resultó condenado, el credo que sus seguidores habían diseñado terminó pisoteado como blasfemia pero el espíritu detrás de dicho credo y de dicha revuelta habría de resurgir.

Resurgió inmediatamente y se puede decir que, en realidad, el arrianismo resultó fortalecido después de su primera derrota superficial. Esta paradoja obedeció a una causa que se puede hallar en muchas formas de conflicto. El adversario derrotado aprende de su primer revés las características de la cosa que ha atacado; descubre sus puntos débiles; aprende la forma de confundir a su oponente y percibe los compromisos hacia los cuales el adversario puede ser conducido. Por consiguiente, después de esta prueba, el derrotado está mejor preparado que antes de la primera batalla. Eso fue lo que sucedió con el arrianismo.

A fin de entender la situación, tenemos que comprender que el arrianismo, fundado como todas las herejías sobre un error de doctrina – esto es: sobre algo que puede ser expresado en una fórmula muerta de meras palabras – pronto comenzó a vivir, como todas las herejías en sus comienzos, con una vigorosa nueva vida y un atractivo propio. La disputa que llenó el Siglo IV desde el año 325 en adelante y por una generación no fue, después de sus primeros años, una controversia entre palabras distintas cuya diferencia puede parecer exigua. A lo largo de la lucha muy pronto se convirtió en un

conflicto entre dos espíritus y caracteres opuestos; en un conflicto entre **personalidades** opuestas tal como pueden oponerse las personalidades humanas: por un lado el temperamento y la tradición católica y, por el otro, un agrio, orgulloso, temperamento que hubiera destruido a la fe.

De su primera y fuerte derrota en Nicea el arrianismo aprendió a hacer compromisos en materia de formalidades, en materia de redacción de doctrina, a fin de preservar y difundir con menos oposición su espíritu herético. El primer conflicto se había producido por el empleo de la palabra griega que significa "de la misma sustancia que". Los católicos, afirmando la plena divinidad de Nuestro Señor, insistían en el empleo de esta palabra que implicaba que el Hijo era de la misma sustancia divina que el Padre; que era del mismo Ser; esto es: divino. Se pensó que era suficiente presentar esta palabra como una verificación. Los arrianos – se pensó – siempre se rehusarían a aceptar la palabra y de este modo podrían ser distinguidos de los ortodoxos y rechazados. [5]

Pero muchos arrianos estaban preparados para aceptar un compromiso, admitiendo la mera palabra pero negando el espíritu en que debía ser interpretada. Estaban dispuestos a admitir que Cristo había sido de la esencia divina, pero no plenamente Dios; no increado. Cuando los arrianos comenzaron con esta nueva política de compromiso verbal, el emperador Constantino y sus sucesores la consideraron como una oportunidad honesta de reconciliación y reunión. La negativa de los católicos a dejarse engañar quedó a los ojos de quienes así pensaban como mera obstinación; y a los ojos del Emperador, como una rebelión facciosa y una desobediencia inexcusable. "Aquí estáis vosotros que os llamáis los únicos verdaderos católicos, prolongando y envenenando innecesariamente una mera pelea facciosa. Debido a que tenéis los personajes populares detrás de vosotros, os creéis amos de vuestros seguidores. Tal arrogancia es intolerable. Vuestros adversarios han aceptado el punto principal. ¿Por qué no podéis acordar la disputa y restablecer la unión? Al resistiros estáis dividiendo a la sociedad en dos bandos; estáis alterando la paz del Imperio y estáis siendo tanto criminales como fanáticos."

Esto es lo que el mundo oficial tendía a manifestar, creyéndolo honestamente.

Los católicos contestaron: "los herejes no han aceptado nuestro punto principal. Han suscripto una frase ortodoxa, pero interpretan esa frase de un modo herético. Seguirán repitiendo que Nuestro Señor es de naturaleza divina pero que no es plenamente Dios puesto que continúan diciendo que fue creado. Por lo tanto no les permitiremos entrar en nuestra comunión. Hacerlo significaría poner en peligro el principio vital por el cual la Iglesia existe, el principio de la Encarnación, y la Iglesia es esencial para el Imperio y para la humanidad."

En este punto entró en combate la fuerza personal que al final obtuvo la victoria para el catolicismo: San Atanasio. La cuestión fue decidida por la tenacidad y perseverancia de este santo, patriarca de Alejandría, la gran Sede Metropolitana de Egipto. San Atanasio gozaba de una posición ventajosa desde el momento en que Alejandría era la segunda ciudad más importante del Imperio Oriental y, como obispado, una de las primeras cuatro del mundo. Más allá de ello gozaba de un apoyo popular que nunca le falló y que hizo que sus enemigos vacilaran en tomar medidas extremas contra él. Pero todo esto no hubiera sido suficiente si el hombre no hubiese sido lo que fue.

Por el tiempo en que participó del Concilio de Nicea en el 325 era todavía un hombre joven, probablemente de poco menos de treinta años; y sólo participó como diácono, si bien ya su potencia y su elocuencia eran notables. Vivió hasta los 76 o 77 años de edad

falleciendo en el 373 DC y durante la totalidad de esa larga vida sostuvo con inflexible energía la plena doctrina católica de la Trinidad.

Cuando se sugirió el primer compromiso con el arrianismo, Atanasio ya era arzobispo de Alejandría. Constantino le ordenó readmitir a Arrio a la Comunión. Atanasio se negó.

Fue un paso extremadamente peligroso de dar porque todo el mundo admitía el pleno poder del monarca sobre la vida y la muerte de sus súbditos y la rebelión era considerada el peor de los crímenes. Atanasio también resultó percibido como atroz y extravagante ya que la opinión generalizada en el mundo oficial, entre las personas con influencia social y en el seno del ejército, era que el compromiso debía ser aceptado. Atanasio fue exiliado a la Galia, pero el Atanasio en el exilio resultó ser aún más formidable que el Atanasio en Alejandría. Su presencia en Occidente tuvo el efecto de reforzar el fuerte sentimiento católico de esa parte del Imperio.

Lo llamaron de regreso. Los hijos de Constantino que se sucedieron uno tras otro en el Imperio, vacilaron entre una política de asegurarse el apoyo popular, que era católico, o bien asegurarse el apoyo del ejército, que era arriano. Más que otra cosa, la corte se inclinaba por el arrianismo porque le molestaba el creciente poder del Clero Católico organizado como rival del poder secular del Estado. El último y el más longevo de los hijos de Constantino – Constancio – se hizo decididamente arriano. A Atanasio lo exiliaron una y otra vez, pero la causa que defendía siguió aumentando en fuerza.

Cuando Constancio murió en el 361, lo sucedió un sobrino de Constantino: Juliano el Apóstata. Este emperador recurrió al gran cuerpo pagano sobreviviente y estuvo cerca de reestablecer el paganismo ya que el poder de un emperador individual en aquella época era abrumador. Pero murió en el combate contra los persas y su sucesor – Joviano – fue definitivamente católico.

Sin embargo, la pulseada continuó. En el 367, el emperador Valensio volvió a exiliar – por quinta vez – a San Atanasio, quien para ése entonces ya era un anciano de al menos 70 años. No obstante, hallando que las fuerzas católicas se habían vuelto demasiado fuertes, lo volvió a llamar. A esta altura, Atanasio había ganado su batalla. Murió como el hombre más grande del mundo romano. Ése es el valor de la sinceridad y la tenacidad combinadas con el genio.

Pero el ejército continuó siendo arriano y lo que tenemos que continuar viendo en las siguientes generaciones es el desfallecimiento progresivo del arrianismo en la parte occidental de habla latina del Imperio. Decayó de a poco porque continuó siendo sostenido por los principales jefes militares al comando de los distritos occidentales; pero quedó condenado porque la totalidad de las personas lo había abandonado. La forma en que murió es lo que describiré a continuación.

Con frecuencia se dice que todas las herejías mueren. Esto puede ser cierto en el muy largo plazo pero no es necesariamente así dentro de un período dado de tiempo. Ni siquiera es cierto que el principio vital de una herejía necesariamente pierde fuerza con el tiempo. El destino de las múltiples herejías ha sido muy variado; y la más grande de todas – el mahometanismo – no sólo sigue siendo vigoroso sino que es más vigoroso que su rival cristiano en aquellos distritos que ocupó originalmente; y es mucho más vigoroso y se halla mucho más extendido dentro de su propia sociedad que la Iglesia Católica dentro de nuestra civilización occidental, producto del catolicismo.

Sin embargo, el arrianismo fue una las herejías que realmente murieron. El mismo destino le ha tocado al calvinismo en nuestros días. Esto no significa que los efectos morales generales, o la atmósfera de la herejía, desaparecen de entre los seres humanos. Significa que las doctrinas creadas por la herejía ya no son creídas y de ese modo su vitalidad se pierde y por último debe desaparecer.

Por ejemplo, la Ginebra de hoy en día es una ciudad moralmente calvinista a pesar de que tiene una población católica minoritaria muy cercana a la mitad de la población total y que se vuelve a veces (según creo) levemente mayoritaria. Pero en la Ginebra actual no hay una persona entre cien que acepte la altamente definida teología de Calvino. La doctrina está muerta; sus efectos sobre la sociedad sobreviven.

El arrianismo murió de dos maneras, correspondiéndose con las dos mitades en las que se dividió el Imperio Romano de aquellos días y que, para sus ciudadanos, representaba a todo el mundo civilizado.

La parte oriental tenía al griego como idioma oficial y estaba gobernada desde Constantinopla, también llamada Bizancio.

Incluía a Egipto, el Norte de África hasta Cirenaica, la costa Este del Adriático, los Balcanes, Asia Menor y Siria hasta (aproximadamente) el Éufrates. El arrianismo había sido fuerte en esta parte del Imperio y resultó ser tan poderoso que, entre el 300 y el 400 DC, estuvo muy cerca de triunfar.

La corte imperial osciló entre arrianismo y catolicismo, con una momentánea regresión al paganismo. Pero antes de que terminara el siglo – esto es: bastante antes del año 400 DC – la corte se hizo definitivamente católica y pareció seguro que permanecería siéndolo. Como he explicado antes, si bien el Emperador y los funcionarios que lo rodeaban (conjunto al que he denominado como "la corte") eran teóricamente todopoderosos (puesto que la constitución era la de una monarquía absoluta y las personas no podían pensar en otros términos en aquella época), no obstante ello por lo menos tan poderoso y menos sujeto a cambios era el ejército sobre el cual descansaba toda la sociedad. Dentro del ejército estaban los comandantes militares; los generales del ejército que fueron en su mayor parte permanentemente arrianos.

Cuando el poder central – el Emperador y sus funcionarios – se hicieron permanentemente católicos, el espíritu de los militares continuó siendo arriano en lo esencial y por ello es que las ideas subyacentes del arrianismo – es decir: las dudas en cuanto a que Nuestro Señor podía ser realmente Dios – sobrevivieron aún después de que el arrianismo formal dejó de ser predicado y aceptado por la población.

Por este motivo, porque subsistió el espíritu que había subyacido al arrianismo (la duda acerca de la plena divinidad de Cristo), surgió una cantidad de lo que podríamos llamar "derivados" o "formas secundarias" de arrianismo.

Las personas continuaron sugiriendo que en Cristo había tan sólo una naturaleza; una sugerencia cuya consecuencia habría sido necesariamente la idea popular de que Cristo fue tan sólo un hombre. Cuando esto fracasó en capturar a la maquinaria oficial – a pesar de que continuó afectando a millones de personas – apareció otra sugerencia en cuanto a que en Cristo había residido una sola Voluntad – no una voluntad humana y una voluntad divina, sino una sola voluntad.

Antes de esto se había producido el resurgimiento de la antigua idea, anterior al arrianismo y sustentada por los primeros herejes sirios, de que la divinidad sólo vino a Nuestro Señor durante su vida. Según esta herejía, Cristo habría nacido tan sólo como un hombre, Nuestra Señora habría sido la madre de tan sólo un hombre, etc. En todas sus variadas formas y bajo todas sus denominaciones técnicas (monofisitas, monotelitas, nestorianos, para nombrar a los tres principales, siendo que hubo cualquier cantidad de otros), estos movimientos difundidos a través de la mitad oriental o griega del Imperio fueron esfuerzos por escapar de – o racionalizar – el pleno misterio de la Encarnación. Su supervivencia dependió de los celos que el ejército sintiese de la sociedad civil que lo rodeaba y de los restos latentes de hostilidad pagana hacia los misterios cristianos en su totalidad. Y por supuesto, estas herejías también dependieron de la eterna tendencia humana a racionalizar y a rechazar lo que está más allá del alcance de la razón.

Pero existió un factor adicional que favoreció la supervivencia de los efectos secundarios del arrianismo en el Este. Fue el factor que en la política europea actual se llama "particularismo"; esto es: la tendencia de una parte del Estado a separarse del resto y a vivir una vida propia. Cuando este sentimiento se hace tan fuerte que las personas están dispuestas a sufrir y a morir por él, adopta la forma de una revolución nacionalista. Un ejemplo de ello fue el sentimiento de los eslavos del Sur en contra del Imperio Austríaco y que dio origen a la Gran Guerra [6]. Pues bien, el descontento de las provincias y los distritos con el poder central que los gobernaba aumentó en el Imperio Oriental con el paso del tiempo y una manera conveniente de expresar ese disgusto fue favoreciendo cualquier clase de crítica a la religión oficial del Imperio. Por ello es que grandes regiones del Este (sobre todo una gran proporción de la población de la provincia de Egipto) favorecieron a la herejía monofisita. Era una manera de expresar la insatisfacción con el gobierno despótico de Constantinopla, con los impuestos que se les aplicaban, con la promoción que recibían quienes estaban cerca de la corte en detrimento de los provinciales, y con todo el resto de los reclamos.

De este modo, varias derivaciones del arrianismo sobrevivieron en la mitad griega oriental del Imperio a pesar de que el mundo oficial ya había regresado hacía rato al catolicismo. Esto también explica por qué, en la actualidad y por todo el Este, se pueden encontrar grandes cantidades de cristianos cismáticos – mayormente monofisitas, a veces nestorianos, algunas veces de comunidades menores – a quienes todos estos siglos de opresión mahometana no consiguieron unir al cuerpo cristiano principal.

Lo que puso fin – no a estas sectas, por cuanto todavía existen, sino a su importancia – fue el súbito surgimiento de esa enorme fuerza antagónica a todo el mundo griego: el Islam; la nueva herejía mahometana proveniente del desierto que rápidamente se convirtió en una contra-religión y en implacable enemiga de todos los cuerpos cristianos más antiguos. La muerte del arrianismo en el Este se produjo cuando los conquistadores árabes convirtieron a la masa del Imperio Cristiano Oriental en un pantano. En vista de ese desastre, aquellos cristianos que se habían mantenido independientes vieron en la ortodoxia su única posibilidad de supervivencia y es por ello que, en el Este, hasta los efectos secundarios del arrianismo se extinguieron en los países libres del sojuzgamiento mahometano.

En Occidente la suerte del arrianismo es bastante diferente. En Occidente, el arrianismo se extinguió por completo. Cesó de ser. No dejó derivaciones que subsistieran.

Por lo general, se malinterpreta la historia de la muerte del arrianismo en Occidente porque la mayor parte de nuestra Historia ha sido escrita hasta ahora sobre la base de

una concepción equivocada acerca de cómo era la sociedad cristiana europea en Europa Occidental durante los Siglos IV, V y VI – esto es: durante el período que se extiende desde el momento en que Constantino deja Roma y funda la nueva capital del Imperio, Bizancio, y la fecha en que, a principios del Siglo VI (de 633 en adelante) la invasión mahometana cae sobre el mundo.

Lo usual es que se nos diga que el Imperio Occidental fue arrollado por las tribus salvajes de los "godos" y los "visigodos", "vándalos", "suevos" y "francos" que "conquistaron" esa parte del Imperio – es decir: Bretaña, Galia y la parte civilizada de Alemania sobre el Rin y el Danubio superior, Italia, África del Norte y España.

El idioma oficial de toda esta región era el latín. La misa se celebraba en latín mientras que en la mayor parte del Imperio Oriental se celebraba en griego. Las leyes estaban escritas en latín y todos los actos administrativos se consignaban en latín. No hubo ninguna conquista bárbara sino una continuidad de lo que había estado sucediendo durante siglos: la infiltración de personas desde fuera del Imperio hacia el Imperio porque, dentro del mismo, podían acceder a las ventajas de la civilización. También está el hecho de que el ejército, del cual dependía todo, al final estuvo casi completamente compuesto por bárbaros reclutados. A medida en que la sociedad se consolidó, resultó difícil administrar lugares distantes, recolectar impuestos de sitios lejanos y llevarlos al tesoro central, o imponer un edicto sobre regiones apartadas. Así, apareció la tendencia de dejar cada vez más al gobierno de estas regiones en manos de los funcionarios principales de las tribus bárbaras – es decir: en manos de sus líderes y caudillos – quienes a esta altura ya eran soldados romanos.

De esta manera se formaron gobiernos locales en Francia y en España, y hasta en Italia misma, los cuales aún cuando se considerasen parte del Imperio, resultaron prácticamente independientes.

Por ejemplo, cuando se hizo difícil gobernar a Italia desde tan lejos como Constantinopla, el Emperador envió a un general para gobernar en su nombre y, cuando este general se hizo demasiado fuerte, envió a otro general para destituirlo. Este segundo general (Teodorico) también fue, como todos los demás, un jefe bárbaro por nacimiento aunque su padre había sido incorporado al servicio romano y él mismo había sido educado en la corte del Emperador.

Y este segundo general, a su vez, se volvió prácticamente independiente.

Lo mismo sucedió en el Sur de Francia y en España. Los generales locales tomaron el poder. Eran jefes bárbaros que transmitieron este poder – esto es: la nominación de los cargos oficiales y la recolección de impuestos – a sus descendientes.

Y después está el caso de África del Norte, la región que hoy llamamos Marruecos, Argelia y Túnez. Aquí, facciones rivales, todas descontentas con el gobierno directo de Bizancio, convocaron a un grupo de soldados eslavos que habían migrado hacia el Imperio Romano y que habían sido incorporados como una fuerza militar. Se los llamaba vándalos y se hicieron cargo del gobierno de la provincia, establecido en Cartago.

Ahora bien, en materia religiosa todos estos gobiernos locales de Occidente (el general franco y su grupo de soldados en el Norte de Francia; el visigodo en Francia del Sur y en España; el burgundio en el sudeste de Francia; el otro godo en Italia; el vándalo en África del Norte) se hallaban en conflicto con el gobierno oficial del Imperio. El franco

al noreste de Francia, en lo que hoy llamamos Bélgica, todavía era pagano. Todos los demás eran arrianos.

Ya he explicado lo que esto significaba. Se trataba no tanto de una cuestión doctrinaria sino de una cuestión social. El general godo y el general vándalo, que eran los jefes de sus propios soldados, sentían que era más meritorio ser arriano que ser católico como la masa del populacho. Eran el ejército, y el ejército era algo demasiado importante como para aceptar la religión popular general. Fue el sentimiento muy similar al que se puede ver sobreviviendo aún en Irlanda, en lugares en dónde fue universal allí hasta hace poco: el sentimiento de que la "ascendencia" se corresponde propiamente con el anti-catolicismo.

Desde el momento en que, en política, no hay mayor fuerza que ésta de la superioridad social, a las pequeñas cortes locales les llevó mucho tiempo dejar caer su arrianismo. Las llamo pequeñas porque, si bien recolectaban impuestos de áreas muy extensas, lo hacían meramente como administradores. Los números concretos eran exiguos, comparados con la masa de la población católica.

Mientras los gobernadores y sus cortes en Italia, España, en la Galia y en África seguían aferrándose con orgullo a su antigua denominación y carácter arrianos, hubo dos acontecimientos – uno súbito y el otro gradual – que conspiraron tanto contra su poder local como contra su arrianismo.

Lo primero, lo súbito, fue el hecho que el general de los francos que había gobernado a Bélgica conquistó con su muy pequeña fuerza a otro general del Norte de Francia; a un hombre cuyo distrito se hallaba ubicado al Oeste del suyo. Ambos ejércitos eran absurdamente pequeños, de unos 4.000 hombres cada uno, y un muy buen ejemplo de lo que eran aquellos tiempos está dado por el hecho que el ejército derrotado, después de la batalla, se unió inmediatamente a los vencedores. También ilustra lo que era la época el hecho que a un general romano, comandando no más de 4.000 hombres al comienzo y tan sólo 8.000 después del primer éxito, le pareciera perfectamente natural hacerse cargo de los impuestos administrativos, los tribunales de justicia y todas las demás estructuras imperiales de un distrito muy amplio. Se apoderó de la gran masa de Francia del Norte exactamente de la misma manera en que sus colegas, con fuerzas similares, tomaron a su cargo la acción oficial en España, Italia y otras partes.

Ahora bien, lo que sucedió es que este general franco (cuyo nombre real casi no conocemos porque nos ha sido transmitido en varias formas distorsionadas pero que es más conocido como "Clovis") era pagano; algo excepcional y hasta escandaloso en las fuerzas militares de la época dónde casi todas las personas importantes se habían hecho cristianas.

Pero este escándalo resultó ser una bendición inesperada para la Iglesia, porque a Clovis, siendo pagano y no habiendo sido nunca arriano, era posible convertirlo directamente al catolicismo, a la religión popular; y cuando aceptó el catolicismo, inmediatamente tuvo detrás de si a toda la fuerza de los millones de ciudadanos, al clero organizado y a los obispados de la Iglesia. Se convirtió en el único general popular; todos los demás estaban en conflicto con sus súbditos. Le fue fácil reclutar grandes cantidades de hombres armados dada la simpatía popular que despertaba en ellos. Se apoderó del gobierno de los generales arrianos del Sur, derrotándolos con facilidad, y sus tropas se convirtieron en la mayor fuerza militar del Imperio Occidental que hablaba en latín. No fue lo suficientemente fuerte como para hacerse de Italia y de España, menos aún de África, pero desplazó el centro de gravedad alejándolo de la tradición

arriana del ejército romano, una tradición que a esta altura ya no albergaba más que pequeños grupos en vías de extinción.

Baste lo dicho por el golpe súbito que afectó al arrianismo en Occidente. El proceso gradual que aceleró la decadencia del arrianismo fue de una clase diferente. En la decadencia de la sociedad, con cada año que pasaba se hacía más difícil recolectar impuestos, mantener un superávit y, por consiguiente, reparar caminos, puertos, edificios públicos y mantener en orden todo el resto de la estructura pública.

Con esta decadencia financiera del gobierno y la desintegración social que la acompañaba, los pequeños grupos que nominalmente constituían los gobiernos locales perdieron su prestigio. En, digamos, el año 450 era una gran cosa ser arriano en París, o Toledo, o Cartago, o Arles, Tolosa o Ravenna; pero 100 años más tarde, hacia digamos el año 550, el prestigio social del arrianismo había desaparecido. A cualquiera que quisiera "progresar" le convenía ser católico, y los pequeños grupos arrianos en vías de desaparición terminaron siendo despreciados aún cuando su irritación los llevó a actuar con salvajismo como ocurrió en África. Simplemente perdieron terreno.

La consecuencia fue que, después de cierta demora, todos los gobiernos arrianos de Occidente se hicieron católicos (como en el caso de España) o bien, como sucedió en buena parte de Italia y en la totalidad del Norte de África, fueron puestos otra vez bajo el gobierno directo del Imperio Romano desde Bizancio.

Este último experimento no continuó por mucho tiempo. Existió otro cuerpo de soldados bárbaros, todavía arrianos, proveniente de las provincias del Noreste que se hicieron del gobierno en el centro-norte de Italia y, poco tiempo después, la invasión mahometana barrió el Norte de África, pasó finalmente sobre España y hasta penetró en la Galia. La administración romana directa, en lo concerniente a la Europa Occidental remanente, se extinguió. Su última existencia efectiva en el Sur fue aplastada por el Islam. Pero mucho antes de que esto ocurriera, el arrianismo en Occidente había muerto.

Ésta fue la forma en que desapareció la primera de las grandes herejías que amenazó en un momento dado con minar y destruir la totalidad de la sociedad católica. El proceso había llevado casi 300 años y es interesante observar que, en lo que se refiere a las doctrinas, aproximadamente esa misma cantidad de tiempo, o algo más, fue suficiente para eliminar la sustancia de las múltiples herejías principales de los reformadores protestantes.

También ellos casi habían triunfado a mediados del Siglo XVI cuando Calvino, su figura principal, casi logra trastornar a la monarquía francesa. También ellos perdieron completamente su vitalidad hacia mediados del Siglo XIX. Trescientos años.

Capítulo 4
La Gran y Persistente Herejía de Mahoma

A cualquier observador de los acontecimientos ocurridos durante los primeros años del Siglo VII – digamos desde el 600 al 630 – le hubiera parecido que, habiendo ocurrido solamente un gran ataque principal a la Iglesia Católica – el arrianismo y sus derivados – y habiéndose repelido dicho ataque con una Fe victoriosa, la Iglesia se hallaba asegurada por tiempo indefinido.

Era obvio que la Iglesia tendría que pelear por su vida contra elementos externos no-cristianos, esto es: contra el paganismo. Los adoradores de la naturaleza de la alta civilización persa en el Este nos atacarían por las armas y tratarían de sojuzgarnos. El paganismo salvaje de las tribus bárbaras escandinavas, germánicas, eslavas y mongoles, en el Norte y Centro de Europa también atacarían al cristianismo tratando de destruirlo. Las poblaciones de Bizancio continuarían haciendo desfilar concepciones herejes como una pantalla de sus reclamos. Pero, al menos, el principal esfuerzo de herejía había fracasado – así parecía. Su objetivo, el deshacer una civilización católica unida, no había sido alcanzado. De allí en más no había por qué temer que surgiera alguna herejía mayor; menos aún la consecuente interrupción de la Cristiandad.

Para el 630 toda la Galia era católica desde hacía largo tiempo. El último de los generales arrianos y las guarniciones en Italia y España se habían vuelto ortodoxos. Los generales y las guarniciones de África del Norte habían sido conquistadas por los ejércitos ortodoxos del Emperador.

Y fue justo en ese momento, un momento de aparente universal y permanente catolicismo, que cayó un golpe inesperado de inaudita magnitud y potencia. De pronto surgió el Islam. Vino del desierto y avasalló a la mitad de nuestra civilización.

El Islam – la enseñanza de Mahoma – conquistó inmediatamente por las armas. Los conversos árabes de Mahoma invadieron Siria y vencieron allí en dos grandes batallas; la primera sobre el Yarmuk, al Este de Palestina en las tierras altas arriba del Jordán, y la segunda en la Mesopotamia. Continuaron invadiendo Egipto y empujaron más y más hacia el corazón de nuestra civilización cristiana con toda su grandeza de Roma. Se establecieron por todo el Norte de África; incursionaron en el Asia Anterior – aunque no se establecieron allí todavía. Ocasionalmente llegarían a amenazar a la propia Constantinopla. Al final, después de una larga generación posterior a las primeras victorias en Siria, cruzaron el Estrecho de Gibraltar y comenzaron a inundar Europa Occidental a través de España. Llegaron incluso tan lejos como el mismo corazón de Francia del Norte, entre Poitiers y Tours, menos de cien años después de sus primeras victorias en Siria del año 732.

Finalmente fueron rechazados hacia los Pirineos, pero continuaron manteniendo toda España, excepto la región montañosa del noroeste. Dominaron toda el África romana, incluyendo Egipto y toda Siria. Dominaron la totalidad del Mediterráneo oriental y occidental: ocuparon sus islas, saquearon y dejaron asentamientos fortificados hasta en las costas de Galia y de Italia. Se expandieron poderosamente más allá del Asia Anterior, dominando la región persa. Se convirtieron en una creciente amenaza para

Constantinopla. En menos de cien años una parte sustancial del mundo romano había caído bajo el poder de esta nueva y extraña fuerza surgida del desierto.

Nunca antes había habido una revolución comparable. Ningún ataque anterior había sido tan súbito, tan violento ni tan permanentemente exitoso. En apenas un par de años después del primer asalto en 634, se perdió todo el Levante Cristiano: Siria, la cuna de la Fe, y Egipto con Alejandría, la poderosa sede cristiana. Dentro de una generación, la mitad de la riqueza y casi la mitad del territorio del Imperio Romano Cristiano estaba en manos de los gobernantes y funcionarios mahometanos, y la masa de la población estaba siendo afectada cada vez más por este nuevo fenómeno.

El gobierno mahometano y su influencia tomaron el lugar del gobierno cristiano y su influencia; y la mayor parte del Mediterráneo, al Este y al Sur, comenzó a ser mahometana.

A continuación, seguiremos los avatares de este extraordinario fenómeno que aún hoy se llama Islam, es decir: "*La Aceptación*", de la moral y las simples doctrinas que Mahoma había predicado.

Más adelante describiré el origen histórico del fenómeno, dando las fechas de su progreso y las etapas de sus éxitos originales. Describiré su consolidación, su creciente poder y la amenaza que representó para nuestra civilización. Estuvo muy cerca de destruirnos. Sostuvo activamente una batalla contra la Cristiandad por mil años y la historia de ninguna manera ha terminado; el poder del Islam puede resurgir en cualquier momento.

Pero antes de seguir esa historia debemos entender dos cosas fundamentales: primero, la naturaleza del mahometanismo; segundo, la causa esencial de su súbito y casi milagroso éxito sobre miles de kilómetros de territorio y millones de seres humanos.

El mahometanismo fue una herejía: ése es el punto esencial a comprender antes de seguir adelante. Comenzó como una herejía y no como una nueva religión. No fue un contraste pagano a la Iglesia; no fue un enemigo foráneo. Fue una perversión de la doctrina cristiana. Su vitalidad y su perdurabilidad pronto le dieron la apariencia de una nueva religión, pero aquellos que fueron contemporáneos de su surgimiento lo vieron tal cual fue: no una negación sino una adaptación y un abuso del fenómeno cristiano. Difirió de la mayoría de las herejías (y no de todas) en que no surgió dentro del contexto de la Iglesia Cristiana. Para empezar, el jefe heresiarca, Mahoma mismo, no fue – como la mayoría de los otros heresiarcas – un hombre de cuna y doctrina católicas. Provenía de los paganos. Pero lo que enseñó fue en lo esencial una doctrina católica sobre-simplificada. Lo que inspiró sus convicciones fue el gran mundo católico – sobre cuyas fronteras vivió, cuya influencia lo rodeaba y cuyos territorios conoció por sus viajes. Provino y se mezcló con los idólatras retrógrados de los desiertos árabes a quienes los romanos nunca creyeron que valdría la pena conquistar.

Adoptó muy pocas de las antiguas ideas paganas que pudieron haberle sido autóctonas dada su procedencia. Por el contrario, predicó e insistió sobre todo un grupo de ideas que eran características de la Iglesia Católica y la distinguían del paganismo al que había conquistado dentro de la civilización grecorromana. De este modo, el fundamento mismo de su enseñanza fue la doctrina católica básica de la unidad y la omnipotencia de Dios. En lo esencial, también tomó de la doctrina católica los atributos de Dios: la naturaleza personal, la infinita bondad, la atemporalidad, la providencia divina, su poder creativo como origen de todas las cosas y el sostenimiento de todas las

cosas exclusivamente por su poder. El mundo de espíritus buenos y de ángeles y de espíritus malignos en rebelión contra Dios formó parte de la enseñanza, con un espíritu maligno principal semejante al que la Cristiandad había reconocido. Mahoma predicó con insistencia la doctrina católica básica relacionada con la dimensión humana en cuanto a la inmortalidad del alma y la responsabilidad por las acciones durante esta vida, conjuntamente con la doctrina de las consecuencias del premio y del castigo después de la muerte.

Elaborando un detalle de los puntos que el catolicismo ortodoxo tiene en común con el mahometanismo – y limitándose tan sólo a dichos puntos, sin ir más lejos – uno podría imaginar que no tendría que haber habido motivos de conflicto. En este sentido, Mahoma parecería ser casi algo así como una especie de misionero predicando y difundiendo, a través de la energía de su carácter, las principales y fundamentales doctrinas de la Iglesia Católica entre quienes hasta ese momento no eran más que unos atrasados paganos del desierto. Mahoma le rindió la mayor reverencia a Jesús, e incluso, si vamos al caso, también a María. El día del juicio final (otra de las ideas católicas que enseñó) sería Nuestro Señor – y no él, Mahoma – quien juzgaría a la humanidad. La madre de Cristo, Nuestra Señora, "la Señora Miriam", fue siempre para Mahoma la principal entre las mujeres. Sus seguidores hasta recibieron de los primeros padres de la Iglesia alguna vaga noción de su Inmaculada Concepción [7].

Pero la cuestión central, con la cual esta nueva herejía atacó mortalmente a la tradición católica, fue la negación completa de la Encarnación.

Mahoma no dio meramente los primeros pasos hacia esa negación, de la forma en que lo habían hecho los arrianos y sus seguidores. Adelantó una clara afirmación, plena y completa, contra toda la doctrina relativa a un Dios encarnado. Enseñó que Nuestro Señor fue el mayor de todos los profetas, pero aún así tan sólo un profeta: un hombre igual a los demás hombres. Eliminó a la Trinidad por completo.

Con esa negación de la Encarnación desechó la totalidad de la estructura sacramental. Se negó por completo a reconocer la Eucaristía con su Presencia Real; suprimió el sacrificio de la Misa y, por lo tanto, la institución de un sacerdocio especial. En otras palabras, como tantos otros heresiarcas menores, basó su herejía sobre la simplificación.

Según Mahoma, la doctrina católica era verdadera (al menos eso parecía decir), pero se había vuelto saturada de falsos agregados; complicada con innecesarias adiciones humanas, incluyendo la idea de que su fundador era divino y el crecimiento de una casta parásita de sacerdotes encerrados en un tardío sistema fantasioso de sacramentos que sólo ellos podían administrar. Todos esos agregados corruptos, según Mahoma, debían ser erradicados.

Hay así una buena cantidad de cosas en común entre el entusiasmo con el cual las enseñanzas de Mahoma atacaron al clero, la Misa y los sacramentos, y el entusiasmo con el cual el calvinismo – la fuerza motriz central de la Reforma – hizo lo mismo. Como todos sabemos, Mahoma con su nueva enseñanza relajó las leyes del matrimonio – pero en la práctica esto no afectó a la masa de sus seguidores que permaneció siendo monógama. Hizo el divorcio lo más fácil posible, ya que la idea sacramental del matrimonio desapareció. Insistió en la igualdad de los hombres y, necesariamente, incluyó también ese otro factor que lo hace similar al calvinismo: el sentido de la predestinación, el sentido de la fatalidad; el sentido de eso que los seguidores de John Knox siempre llamaron "los inmutables decretos de Dios".

En la masa de sus seguidores la enseñanza de Mahoma nunca desarrolló una teología detallada. Tampoco se desarrolló en la propia mente de su creador. Mahoma se contentó con aceptar del esquema católico todo aquello que le gustó y con rechazar todo aquello que le pareció – a él y a tantos otros de su época – demasiado complicado o demasiado misterioso como para ser cierto. La nota distintiva de todo el asunto fue la simplicidad y, desde el momento en que todas las herejías toman su fuerza de alguna doctrina verdadera, el mahometanismo adquirió su fuerza de las doctrinas católicas verdaderas que retuvo: la igualdad de todos los hombres ante Dios; "todos los verdaderos creyentes son hermanos". Predicó con celo e impulsó al máximo las reivindicaciones de justicia, tanto en lo social como en lo económico.

Ahora bien, ¿por qué esta nueva, simple y enérgica herejía tuvo ese apabullante y súbito éxito?

Una de las respuestas es que ganó batallas. Las ganó inmediatamente, como veremos cuando lleguemos a la Historia del fenómeno. Pero el ganar batallas no podría haber hecho al Islam permanente, ni siquiera fuerte, si no hubiera existido un estado de cosas que hacía esperar un mensaje semejante facilitando su aceptación.

Tanto en el mundo del Asia Anterior como en el mundo grecorromano del Mediterráneo, pero especialmente en este último, la sociedad había caído – en forma bastante similar a nuestra sociedad actual – en un caos dónde el grueso de las personas se hallaban decepcionadas y furiosas buscando una solución a toda una serie de tensiones sociales. Por todas partes imperaba el endeudamiento, el poder del dinero y de la consiguiente usura. Había esclavitud por todas partes. La sociedad se basaba sobre ella al igual que la nuestra se basa sobre la esclavitud asalariada actual. Había cansancio y disconformidad con el debate teológico que, aún a pesar de toda su intensidad, había perdido el contacto con las masas. Sobre los hombres libres, ya torturados por el endeudamiento, presionaba una pesada carga de impuestos imperiales, a lo cual se sumaba la irritación por la existencia de un gobierno central que interfería con la vida de las personas y, además, también estaba la tiranía de los jurisconsultos y sus honorarios.

Frente a todo ello, el Islam representó un amplio alivio y una solución a las tensiones. El esclavo que admitía que Mahoma era el profeta de Dios y que la nueva enseñanza tenía, por ende, autoridad divina, cesaba de ser esclavo. El esclavo que adoptaba el Islam era libre de allí en más. El deudor que "aceptaba", se libraba de sus deudas. La usura quedaba prohibida. El pequeño campesino no sólo se libraba de sus deudas sino también de la aplastantes carga de impuestos. Y por sobre todo, se podía acceder a la justicia sin tener que comprarla a los jurisconsultos. . . En teoría al menos. En la práctica las cosas no eran ni cercanamente tan absolutas. Más de un converso siguió siendo deudor, muchos continuaron siendo esclavos. Pero allí en donde el Islam conquistó, apareció un nuevo espíritu de libertad y de alivio.

Lo que formó la fuerza impulsora de la sorprendente victoria social mahometana fue la combinación de todos estos factores: la atractiva simplicidad de la doctrina, la eliminación de la disciplina clerical e imperial, la enorme y práctica ventaja de la libertad para el esclavo y la eliminación de la ansiedad para el deudor, la ventaja suprema de una justicia gratuita operando bajo algunas pocas y simples leyes nuevas fáciles de comprender. En todas partes las cortes fueron accesibles para cualquiera, sin pago alguno y producían veredictos que todos podían entender. El movimiento mahometano fue esencialmente una "Reforma" y podemos descubrir numerosas afinidades entre el

Islam y los reformadores protestantes en cuanto a las imágenes, la Misa, el celibato, etc.

Lo maravilloso parece ser no tanto que la nueva emancipación se expandiese entre los hombres en forma muy similar a como imaginamos que el comunismo se puede extender a través de nuestro actual mundo industrial. Lo maravilloso es que aún así persistió – y persistió por generaciones – una prolongada y terca resistencia al mahometanismo.

Creo que tenemos delineada así la naturaleza del Islam y de su primera llamarada victoriosa original.

Por lo que acabamos de ver, la principal causa de la extraordinariamente rápida expansión del Islam fue una sociedad complicada y fatigada, cargada con la institución de la esclavitud; una sociedad en la cual millones de campesinos en Egipto, Siria y el Este, aplastados por la usura y pesados impuestos, recibieron un alivio por parte del nuevo credo o más bien de la nueva herejía. Su nota distintiva fue la simplicidad y, por lo tanto, se adecuaba a la mente popular en una sociedad en la cual hasta ese momento una clase restringida se había dedicado a sus peleas teológicas y políticas.

Ése es el principal factor que explica la súbita expansión del Islam después de su primer victoria armada sobre los ejércitos y no tanto sobre los pueblos del Imperio Oriental de habla griega. Pero esto solo no explicaría otros dos triunfos igualmente sorprendentes. El primero de ellos fue la capacidad demostrada por la nueva herejía para absorber los pueblos asiáticos del Cercano Oriente, la Mesopotamia y las tierras montañosas entre ésta y la India. El segundo fue la riqueza y el esplendor del Califato (esto es: de la monarquía mahometana central) durante las generaciones inmediatamente posteriores a la primera oleada victoriosa.

El primero de estos puntos – la expansión por Mesopotamia, Persia y la zona montañosa hasta la India – no se debió, como en el caso de los súbitos éxitos en Siria y Egipto, a la apelación a la simplicidad, a la liberación de la esclavitud y a la cancelación de deudas. Obedeció a cierto carácter histórico, subyacente en el Cercano Oriente, que siempre ha influenciado a su sociedad y continúa influenciándola hasta el día de hoy. Ese carácter es una suerte de natural uniformidad. Desde tiempos anteriores a todo registro histórico conocido, a ese carácter le es inherente una general similitud sociocultural y una especie de instinto de obediencia a una única autoridad religiosa que al mismo tiempo es también la autoridad civil. Cuando hablamos del secular conflicto entre el Asia y Occidente, por la palabra "Asia" nos referimos a toda esa población dispersa por la tierra montañosa que se extiende más allá de la Mesopotamia hacia la India; a su permanente influencia sobre las llanuras mesopotámicas mismas y a su potencial influencia incluso sobre las tierras altas y la costa marítima de Siria y Palestina.

La lucha entre el Asia y Europa oscila a lo largo de un amplio período de tiempo como una marea que sube y que baja. Durante casi mil años, desde la conquista de Alejandro hasta el advenimiento de los reformadores mahometanos (333 AC – 634 DC) la marea fluyó hacia el Este; vale decir: influencias occidentales – griegas y luego grecorromanas – inundaron la tierra en disputa. Por un corto período de alrededor de dos siglos y medio a tres siglos, hasta la Mesopotamia fue superficialmente griega – en su clase gobernante al menos. Luego de ello, el Asia comenzó a refluir hacia el Occidente. El antiguo Imperio Romano pagano y el Imperio Cristiano que lo sucedió y que estaba gobernado desde Constantinopla nunca fueron capaces de mantener permanentemente las tierras más allá del Éufrates. El nuevo empuje del Asia en dirección al Oeste fue

dirigido por los persas, y los persas y los partos (que eran un sector de los persas) no sólo mantuvieron su dominio sobre la Mesopotamia sino que fueron capaces de realizar incursiones dentro del territorio romano mismo hasta el mismo final de dicho período. En los últimos escasos años antes de la aparición del mahometanismo ya habían aparecido en el Mediterráneo y habían saqueado a Jerusalén.

Ahora bien, cuando el Islam vino desde el desierto con sus primeras furiosas cargas de caballería, reforzó poderosamente esta tendencia del Asia a reafirmarse. La uniformidad de ánimo, que es la marca distintiva de la sociedad asiática, respondió inmediatamente a esta nueva idea de una muy simple y personal forma de gobierno, santificada por la religión, gobernando con un poder teóricamente absoluto desde un único centro. Bagdad, con el Califato una vez establecido en ella, volvió a ser justamente lo que Babilonia había sido: la capital central de una vasta sociedad que le marcaba el tono a todas las tierras desde las fronteras con la India hasta Egipto y más allá.

Pero aún más espectacular que la inundación de toda el Asia Anterior con el mahometanismo en una generación, fue la riqueza, el esplendor y la cultura del nuevo Imperio Islámico. En aquellos siglos (la mayor parte del VII, todo el VIII y el IX) el Islam fue la más alta civilización material de nuestro mundo occidental. La ciudad de Constantinopla también era muy rica y gozaba de una muy alta civilización que se irradiaba sobre las provincias dependientes – Grecia y el borde marítimo del Egeo y las tierras altas del Asia Menor – pero estaba focalizada en la ciudad imperial. En la mayor parte de las regiones campesinas la cultura se hallaba en declinación. Y esto era notoriamente así en el Oeste. Galia, Bretaña, en algún grado Italia y el valle del Danubio recayeron en la barbarie. Estas regiones nunca llegaron a ser completamente bárbaras, ni siquiera en el caso de Bretaña que era la más remota; pero quedaron saqueadas, empobrecidas y carentes de un gobierno apropiado. Desde el Siglo V hasta principios del XI (digamos, entre 450 y 1030) se extiende el período que llamamos "La Edad Oscura" de Europa – a pesar del experimento de Carlomagno.

Vaya lo dicho por el mundo cristiano de aquella época en contra del cual el Islam estaba comenzando a presionar en forma tan pesada. Había perdido a manos del Islam la totalidad de España y ciertas islas y costas del Mediterráneo central también. La Cristiandad estaba siendo sitiada por el Islam. El Islam nos enfrentaba no sólo con un esplendor dominante, con riquezas y con poder sino – y esto es más importante todavía – con un conocimiento superior en materia de ciencias prácticas y aplicadas.

El Islam preservó a los filósofos griegos, a los matemáticos griegos y a sus obras, a la ciencia física de los anteriores escritores griegos y romanos. El Islam estaba también por lejos más alfabetizado que la Cristiandad. En la masa de Occidente la mayoría de las personas se habían vuelto analfabetas. Incluso en Constantinopla, el leer y escribir no era algo tan común como en el mundo gobernado por el Califa.

Podríamos resumir diciendo que el contraste entre el mundo mahometano de aquellos primeros siglos y el mundo cristiano al cual amenazaba con sojuzgar era como el contraste que existe entre un Estado moderno industrializado y un Estado vecino atrasado y subdesarrollado; un contraste como, pongamos por caso, la Alemania actual y su vecino ruso. [8] De hecho, el contraste no fue tan grande como eso, pero el paralelo ayuda a comprenderlo. Durante los siglos por venir, el Islam continuaría siendo una amenaza, aún a pesar de que España fue reconquistada. En el Este se convirtió en más que una amenaza y se expandió continuamente durante setecientos años hasta que consiguió dominar los Balcanes, la planicie de Hungría y casi llega a ocupar a Europa

Oriental misma. El Islam fue la única herejía a la que poco le faltó para destruir a la Cristiandad a través de su temprana superioridad material e intelectual.

Ahora bien ¿por qué sucedió esto? Parece inexplicable si recordamos los liderazgos personales inciertos y mezquinos, los continuos cambios en las dinastías locales, la base cambiante del esfuerzo mahometano. Ese esfuerzo comenzó con el ataque de unos muy escasos miles de jinetes del desierto, tan impulsados por su afán de saqueo como por su entusiasmo por las nuevas doctrinas. Esas doctrinas le habían sido predicadas a un cuerpo muy disperso de nómades que no podían presumir más que de muy pocos centros permanentemente habitados. Se originaron en un hombre ciertamente excepcional por la intensidad de su genio, probablemente más que medio convencido, probablemente también un poco loco, pero que nunca había demostrado tener habilidad constructora. Y sin embargo el Islam conquistó.

Mahoma fue un camellero que tuvo la buena suerte de concertar un matrimonio favorable con una mujer rica mayor que él. Desde la seguridad de esa posición, desarrolló sus visiones y sus entusiasmos, e hizo su propaganda. Pero todo ello de un modo ignorante y a muy pequeña escala. No existió una organización y, en el momento en que las primeras bandas tuvieron éxito en la batalla, los caudillos comenzaron a pelearse entre si; y no sólo a pelearse sino a asesinarse entre si. Después del asalto original, la Historia de toda la primera generación y algo más – la Historia del gobierno mahometano (en la medida en que lo fue) mientras estuvo centrado en Damasco – es una historia de intrigas y asesinatos sucesivos. Sin embargo, cuando apareció la segunda dinastía – la de los abasidas, que gobernó al Islam durante largo tiempo con su capital más hacia el Este, en Bagdad, sobre el Éufrates, y que restauró la antigua dominación de la Mesopotamia sobre Siria, gobernando también a Egipto y a todo el mundo mahometano – surgió ese esplendor, esa ciencia, ese poder material y esa riqueza de la que he hablado y que deslumbró a todos sus contemporáneos. Con lo que debemos reiterar la pregunta: ¿por qué se produjo esto?

La respuesta está en la misma naturaleza de la conquista mahometana. Esa conquista no destruyó, como con tanta frecuencia se repite, de inmediato todo lo que encontró en su camino; no exterminó a todos los que no querían aceptar el Islam. Hizo justamente lo contrario. De entre todos los poderes que gobernaron aquellas regiones a lo largo de la Historia se destacó por lo que equivocadamente se ha dado en llamar su “tolerancia”. El ánimo mahometano no fue tolerante. Por el contrario, fue fanático y sangriento. No sintió respeto, ni siquiera curiosidad, por aquellos de quienes se diferenciaba. Estuvo absurdamente pagado de si mismo, considerando con desprecio a la alta cultura cristiana que lo rodeaba. La sigue considerando así hasta el día de hoy.

Pero los conquistadores, y aquellos a quienes convertían y reclutaban de entre las poblaciones nativas, seguían siendo demasiado pocos para gobernar por la fuerza. Y (más importante aún) no tenían ni idea de organización. Siempre habían sido negligentes y oportunistas. Por consiguiente, una mayoría muy amplia de los conquistados siguió con sus viejos hábitos de vida y de religión.

Lentamente la influencia del Islam se extendió entre ellos también, pero durante los primeros siglos la gran mayoría de Siria y hasta de la Mesopotamia y Egipto, siguió siendo cristiana manteniendo la Misa cristiana, los Evangelios cristianos y toda la tradición cristiana. Fueron ellos los que preservaron la civilización grecorromana de la cual descendían y fue esa civilización, sobreviviendo bajo la superficie del gobierno mahometano, la que ofreció su saber y su poder material a los amplios territorios que

debemos denominar, aún en un momento tan temprano, como "el mundo mahometano" a pesar de que el grueso del mismo todavía no era mahometano en su credo.

Pero hay todavía otra causa más y que es la de mayor importancia. La causa fiscal: la apabullante riqueza del temprano califato mahometano. En todas partes la conquista mahometana alivió la suerte del mercader y el campesino, el negociador y el propietario. Una masa de usura fue barrida a un costado, al igual que el intrincado sistema impositivo que se había atascado, arruinando al contribuyente sin brindar los correspondientes beneficios al gobierno. Lo que hicieron los conquistadores árabes y sus sucesores en la Mesopotamia fue reemplazar todo ello por un sistema tributario simple y directo.

Todo lo que no era mahometano en el inmenso Imperio Mahometano – esto es: la mayoría de su población – estaba sujeto a un tributo especial; y fue este tributo el que proporcionó directamente la riqueza al poder central, al beneficio del Califa, sin las pérdidas ocasionadas por una intrincada burocracia. Ese ingreso permaneció siendo enorme durante todas las primeras generaciones. El resultado fue el que siempre sigue después de una alta concentración de riqueza en un centro de gobierno; la totalidad de la sociedad gobernada desde dicho centro reflejó la opulencia de sus dirigentes.

Aquí tenemos, pues, la explicación de ese extraño, único, fenómeno de la Historia: una revuelta contra la civilización que no destruyó la civilización; una herejía voraz que no destruyó a la religión cristiana contra la cual estaba dirigida.

El mundo del Islam se convirtió y por largo tiempo continuó siendo, el heredero de la antigua cultura grecorromana y el preservador de la misma. De allí es que, como caso único entre todas las grandes herejías, el mahometanismo no sólo sobrevivió sino que sigue siendo, después de casi catorce siglos, espiritualmente tan fuerte como siempre. Con el tiempo echó raíces y estableció una civilización propia en contra de la nuestra y rivalizando permanentemente con la nuestra.

Después de haber entendido por qué el Islam, la más formidable de las herejías, adquirió su fuerza y su sorprendente éxito, tenemos que tratar de entender por qué fue la única herejía que sobrevivió con plena potencia e incluso continúa expandiéndose (en cierto modo) hasta el día de hoy.

Este es un punto de decisiva importancia para comprender no sólo nuestra cuestión sino la Historia del mundo en general. No obstante, es un tema que, desafortunadamente, casi ni se ha discutido en el mundo moderno.

Millones de personas modernas de la civilización blanca – esto es: de la civilización de Europa y de América – lo han olvidado todo acerca del Islam. Nunca entraron en contacto con él. Dan por sentado que está decayendo y que, de todos modos, es tan sólo una religión foránea que no les tiene que importar. De hecho, es el enemigo más formidable y persistente que nuestra civilización ha tenido y puede volverse una enorme amenaza en el futuro así como lo fue en el pasado.

Al tema de su amenaza futura regresaré al final de estas páginas sobre el mahometanismo.

Todas las grandes herejías – excepto esta del mahometanismo – parecen pasar por las mismas fases.

Primero surgen con gran violencia y se ponen de moda; lo hacen insistiendo en forma exagerada sobre alguna de las grandes doctrinas católicas; y porque las grandes doctrinas católicas combinadas forman la única filosofía completa y satisfactoria conocida por la humanidad, cada doctrina está íntimamente relacionada con un atractivo especial.

Así, el arrianismo insistió en la unidad de Dios, combinada con la majestad y el poder creador de Nuestro Señor. Al mismo tiempo apeló a las mentes imperfectas porque trató de racionalizar un misterio. El calvinismo a su vez tuvo un gran éxito porque insistió en otra doctrina principal, la de la omnipotencia y omnisciencia de Dios. Sacó a todo el resto fuera de proporción y se equivocó violentamente con la predestinación; pero tuvo sus momentos de triunfo cuando pareció que conquistaría a toda nuestra civilización – algo que hubiera conseguido si los franceses no lo hubieran combatido en su gran guerra religiosa conquistando sus adherentes sobre ese suelo de la Galia que siempre ha sido el campo de batalla y el banco de pruebas de las ideas europeas.

Después de esta primera fase, cuando las herejías están con su vigor inicial y se extienden como un incendio de persona a persona, sobreviene una segunda fase de declinación que dura, aparentemente (de acuerdo a alguna oscura regla), cerca de unas cinco o seis generaciones: digamos un par de siglos o poco más. Los adherentes a la herejía se vuelven menos numerosos y menos convencidos hasta que finalmente sólo una reducida cantidad puede ser llamada plena y fielmente seguidora del movimiento original.

A esto le sigue la tercera fase, cuando la herejía desaparece por completo como dogma: ya nadie cree en la doctrina, o bien queda siendo creyente solamente una fracción tan minúscula que ya no cuenta. Pero los factores sociales y morales de la herejía permanecen y pueden seguir teniendo efectos poderosos por generaciones adicionales. Lo vemos en el caso del calvinismo en la actualidad. El calvinismo engendró al movimiento puritano y de él surgió como consecuencia necesaria el aislamiento del alma, el retroceso de la acción social corporativa, la competencia irrestricta, la codicia y por último el establecimiento pleno de lo que llamamos "capitalismo industrial" a raíz del cual nuestra civilización se halla en peligro por el descontento de una amplia mayoría indigente frente a sus escasos amos plutocráticos. Ya no queda nadie, excepto quizás un puñado de personas en Escocia, que realmente cree en las doctrinas que Calvino enseñó; pero el espíritu del calvinismo sigue siendo muy fuerte en los países que originalmente infectara y sus frutos sociales permanecen.

Ahora bien, en el caso del Islam nada de esto sucedió, excepto la primera fase. No hubo segunda fase o gradual declinación en la cantidad y en la convicción de sus seguidores. Por el contrario, el Islam creció en fuerza adquiriendo más y más territorios, convirtiendo a más y más seguidores, hasta que se estableció como una civilización bastante separada y llegó a ser algo tan parecido a una nueva religión que la mayoría de las personas olvidó que en su origen había sido una herejía.

El Islam creció no sólo en la cantidad y en la convicción de sus seguidores, sino en territorio y en poder político y militar real hasta cerca del Siglo XVIII. Menos de 100 años antes de la guerra por la independencia norteamericana un ejército mahometano estaba amenazando con invadir y destruir la civilización cristiana y lo hubiera conseguido si el rey católico de Polonia no hubiera destruido a ese ejército en las afueras de Viena.

Desde entonces el poder militar del mahometanismo ha declinado, pero no ha declinado en forma apreciable ni la cantidad ni la convicción de sus seguidores y, en cuanto a los territorios que anexó, a pesar de que perdió lugares en los que había

gobernado sobre mayorías de súbditos cristianos, ganó nuevos adherentes – en cierta medida en Asia y mayormente en África. De hecho, en el África continúa expandiéndose entre las poblaciones negroides y dicha expansión representa un importante problema futuro para los gobiernos europeos que se han dividido el África entre ellos.

Y existe una cuestión adicional en conexión con este poder del Islam. El Islam es, aparentemente, inconvertible.

Los esfuerzos misioneros llevados a cabo por grandes Órdenes católicas que durante casi 400 años se han ocupado de tratar de convertir a los mahometanos al cristianismo han fallado por completo en todas partes. En algunas partes hemos expulsado al amo mahometano y liberado a sus súbditos cristianos del control mahometano, pero difícilmente hemos logrado efecto alguno en materia de convertir a mahometanos individuales, excepto quizás una pequeña cantidad en el Sur de España hace 500 años atrás; y aún ello fue más bien un ejemplo de cambio político que de cambio religioso.

Ahora bien, ¿cómo se explica todo esto? ¿Por qué, de entre todas las herejías, sólo el Islam ha de exhibir esta continua vitalidad?

Quienes simpatizan con el mahometanismo, y más aún aquellos que son realmente mahometanos, lo explican proclamando que es la mejor y más humana de las religiones, la mejor adaptada a la humanidad y la más atractiva.

Por extraño que parezca, existe cierta cantidad de personas altamente educadas, caballeros europeos, que de hecho se han unido al Islam; esto es: que se han convertido personalmente al mahometanismo. Yo mismo he conocido y he hablado con algo así como media docena de ellos en varias partes del mundo y existe una cantidad muchísimo mayor de personas similares, europeos bien instruidos, quienes habiendo perdido la fe en el catolicismo o en alguna forma de protestantismo en la que fueron educados, sienten simpatía por el esquema social mahometano a pesar de que no se unen a él ni profesan una fe en su religión. Constantemente nos encontramos con personas de esta clase entre quienes han viajado por el Este.

Estas personas dan siempre la misma respuesta: el Islam es indestructible porque está fundado sobre la simplicidad y la justicia. Ha mantenido aquellas doctrinas cristianas que son evidentemente verdaderas y que apelan al sentido común de millones de seres y se ha desembarazado de la clerecía, los misterios, los sacramentos y todo el resto. Proclama y practica la igualdad humana. Ama la justicia y prohíbe la usura. Produce una sociedad en la cual las personas son más felices y perciben su propia dignidad más que en cualquier otra. Ésa es su fuerza y esto es por qué sigue convirtiendo personas, perdura, y quizás volverá a tener poder en un futuro cercano.

Ahora bien, no creo que esa explicación sea la verdadera. Toda herejía habla en esos términos. Toda herejía dirá que ha purificado la corrupción de las doctrinas cristianas y que, en general, no ha hecho más que bien a la humanidad satisfaciendo el alma humana y así sucesivamente. Y sin embargo, todas **excepto** el mahometanismo se han desvanecido. ¿Por qué?

A fin de hallar la respuesta al problema tenemos que subrayar en qué difiere la trayectoria del Islam de todas las demás grandes herejías y cuando hayamos destacado eso creo que tendremos la clave de la verdad.

El Islam se ha diferenciado de todas las demás herejías en dos cuestiones principales que deben ser cuidadosamente tenidas en cuenta:

1)- No surgió dentro de la Iglesia, esto es, dentro de las fronteras de nuestra civilización. Su heresiarca no fue un hombre originalmente católico que condujo hacia otro lado a sus seguidores católicos mediante su novedosa doctrina como lo hicieron Arrio y Calvino. Fue un marginal nacido pagano, que vivió entre paganos y nunca se bautizó. Adoptó doctrinas cristianas y las seleccionó de un modo auténticamente herético. Dejó caer aquellas que no le convenían e insistió en las otras que sí le interesaban – lo que constituye la característica del heresiarca – pero no lo hizo desde adentro; su acción fue externa.

Aquellos primeros feroces ejércitos de nómadas árabes que obtuvieron asombrosas victorias en Siria y Egipto sobre el mundo católico de principios del Siglo VII estaban constituidos por hombres que habían sido paganos en su totalidad antes de volverse mahometanos. No hubo entre ellos ningún catolicismo previo al cual pudiesen retornar.

2)- Este cuerpo islámico, que atacó a la Cristiandad desde más allá de sus fronteras y no desde adentro de ellas, continuó engrosándose constantemente con elementos combativos del tipo más fuerte, reclutados de la oscuridad exterior pagana.

Este reclutamiento se produjo por oleadas, incesantemente, a través de siglos y hasta el fin de la Edad Media. Fue principalmente un reclutamiento de mongoles del Asia (aunque una parte del mismo fue de bereberes del Norte de África) y constituyó un incesante, recurrente, impacto de nuevos adherentes – conquistadores y guerreros al igual que lo habían sido los árabes originales – que le dieron al Islam su formidable resistencia y continuidad en el poder.

No mucho tiempo después de la primera conquista de Siria y Egipto pareció que la entusiasta nueva herejía fallaría a pesar de su deslumbrante y súbito triunfo. La continuidad de su dirigencia se interrumpió. Lo mismo le sucedió a la unidad política de todo el esquema. La capital original del movimiento era Damasco y al principio el mahometanismo era un fenómeno sirio (y, por extensión, egipcio); pero después de un corto tiempo el quiebre se hizo evidente. Comenzó a gobernar una nueva dinastía desde la Mesopotamia y ya no más de Siria. Los distritos occidentales, esto es: el Norte de África y España (después de la conquista de España) formaron un gobierno político aparte bajo una soberanía diferente. Pero los califas de Bagdad comenzaron a apoyarse en una guardia personal de guerreros mercenarios mongoles provenientes de las estepas del Asia.

Los mongoles nómades (quienes, después del Siglo V vinieron en reiteradas oleadas al asalto de nuestra civilización) tuvieron como característica la de ser guerreros indomables y, al mismo tiempo, casi puramente destructivos. Masacraron a millones; quemaron y destruyeron; convirtieron distritos fértiles en desiertos. Parecían incapaces de un esfuerzo creativo.

En el Occidente Cristiano, hubo dos ocasiones en las que apenas si escapamos de una destrucción final a manos de ellos. La primera vez fue cuando derrotamos al gran ejército asiático de Atila cerca de Chalons en Francia, a mediados del Siglo V (y no antes de que cometiera enormes devastaciones y dejara ruinas detrás suyo por todas partes). La segunda vez fue en el Siglo XIII, 800 años más tarde, cuando el avance del poder mongol asiático fue detenido, no por nuestros ejércitos sino por la muerte del hombre

que lo había concentrado en su mano. Pero el avance no se detuvo antes de haber alcanzado el Norte de Italia y en vías de aproximarse a Venecia. [9]

Fue el reclutamiento de *guardias de corps* mongoles de esta clase en sucesivos contingentes lo que mantuvo al Islam en marcha y evitó que sufriera el destino que todas las otras herejías habían sufrido. Mantuvo al Islam golpeando como un ariete desde fuera de las fronteras de Europa, produciendo brechas en nuestras defensas y penetrando más y más en lo que habían sido territorios cristianos.

Los invasores mongoles aceptaron el Islam de buena gana; los hombres que sirvieron como soldados mercenarios y constituyeron el poder real de los Califas estaban bastante dispuestos a adecuarse a los simples requerimientos del mahometanismo. No poseían una religión propia lo suficientemente fuerte como para contrarrestar los efectos de aquellas doctrinas del Islam las cuales, aún mutiladas como lo estaban, eran doctrinas cristianas en lo esencial que afirmaban la unidad y la majestad de Dios, la inmortalidad del alma y todo lo demás. Los mercenarios mongoles se sintieron atraídos por estas doctrinas principales y las adoptaron con facilidad. Se volvieron buenos musulmanes y, como soldados que sostenían a los Califas, se hicieron así propagadores y sustentadores del Islam.

Cuando en el corazón de la Edad Media pareció otra vez que el Islam había fracasado, entró en escena un nuevo contingente de soldados mongoles, "turcos" de nombre, y salvó nuevamente el destino del mahometanismo, aún cuando el proceso comenzó con la más abominable destrucción de esa civilización que el mahometanismo había preservado hasta entonces. Por eso es que, a lo largo del conflicto de las Cruzadas, los cristianos consideraron al enemigo como "el turco" – un nombre genérico aplicado a muchas de estas tribus nómades. Los predicadores cristianos de las Cruzadas, al igual que los jefes militares de los soldados y los cruzados en sus canciones, mencionan "al turco" como el enemigo con mucha mayor frecuencia que al mahometanismo en general.

A pesar de la ventaja de estar alimentada por un reclutamiento constante, la presión del mahometanismo sobre la Cristiandad podría haber fallado después de todo si hubiera tenido éxito un esfuerzo supremo realizado para aliviar esa presión sobre el Occidente Cristiano. Ese esfuerzo supremo fue hecho en medio de todo el proceso (entre el 1095 y el 1200) y la Historia lo conoce como "Las Cruzadas". La Cristiandad católica consiguió reconquistar España; casi consigue empujar al mahometanismo fuera de Siria y salvar a la civilización cristiana del Asia aislando al mahometano asiático del africano. Si lo hubiera conseguido del todo, quizás el mahometanismo hubiese muerto.

Pero las Cruzadas fracasaron. Su fracaso es la mayor tragedia en la Historia de nuestra lucha contra el Islam, esto es: en la lucha contra el Asia y el Este.

Por lo que, en lo que sigue, describiré qué fueron las Cruzadas y por qué y cómo fracasaron.

El éxito del mahometanismo no se debió a que ofreció algo más satisfactorio en materia de filosofía o de moral sino, como ya he señalado, a la oportunidad que brindó para la libertad del esclavo y el deudor, a su extrema simpleza que agradó a las masas poco inteligentes, perplejas por los misterios que eran inseparables de la profunda vida intelectual del catolicismo y de su radical doctrina de la Encarnación. Pero se estaba expandiendo y pareció que se dirigía a obtener una victoria universal, como sucede al comienzo con todas las herejías, porque era la tendencia de moda; la tendencia que conquistaba.

Ahora bien, cuando las grandes herejías adquieren el impulso de ser la tendencia de moda, en la mente cristiana y católica surge una reacción que gradualmente empuja la corriente hacia atrás, se libera de la toxina y restablece la civilización cristiana. Estas reacciones, insisto, comienzan de un modo confuso. Es la persona común la que de pronto se siente incómoda y se dice a si mismo: "es posible que ésta sea la tendencia del momento, pero no me gusta". Es la masa de los cristianos la que siente en sus huesos que algo está mal, aún cuando exista la dificultad de explicarlo. La reacción, por lo general, es lenta y compleja, y por un largo tiempo infructuosa. Pero en el largo plazo siempre ha terminado triunfando en el caso de las herejías internas; de un modo semejante a como la salud innata del cuerpo humano se libera de alguna infección interna.

Una herejía, cuando posee la plenitud de su poder original, infecta hasta al pensamiento católico. Así, el arrianismo produjo una masa de semi-arrianismos que recorrieron la Cristiandad. La aversión maniquea por el cuerpo y la falsa doctrina de que la materia es mala afectaron hasta a los más grandes católicos de su época. Hay una pizca de ello en los escritos del gran San Gregorio. Del mismo modo, el mahometanismo tuvo su influencia sobre los Emperadores cristianos de Bizancio y sobre Carlomagno, el Emperador de Occidente. Por ejemplo, se produjo un fuerte movimiento contra el empleo de las imágenes que son tan esenciales al culto católico. El intento de prescindir de las imágenes en las iglesias casi tuvo éxito aún en las partes de Occidente en dónde el mahometanismo nunca había llegado.

Pero, mientras el mahometanismo se expandía absorbiendo una población cada vez mayor en su seno y ocupando cada vez más territorio, comenzó a gestarse una reacción entre los súbditos cristianos del Este y del Norte de África. El Islam gradualmente absorbió al África del Norte y cruzó hacia España. Menos de un siglo después de aquellas primeras victorias en Siria hasta llegó con su empuje más allá de los Pirineos, directamente hacia Francia. Por suerte fue derrotado a medio camino entre Tours y Poitiers, en el centro-norte del país. Hay quien opina que, si los líderes cristianos no hubieran ganado esa batalla, la totalidad de la Cristiandad hubiera quedado empantanada en el mahometanismo. De todos modos, desde ese momento en adelante, no siguió avanzando por el Oeste. Se lo hizo retroceder hasta los Pirineos y, muy lentamente por cierto, a lo largo de un período de 300 años, fue empujado cada vez más al Sur, hacia el centro de España siendo que el Norte de ese país quedó liberado de la influencia mahometana. En el Este, sin embargo y como veremos, continuó siendo una amenaza abrumadora.

El éxito de los guerreros cristianos en hacer retroceder al mahometano de Francia y hasta la mitad de España produjo una especie de despertar en Europa. Era más que tiempo. En Occidente habíamos sido sitiados de tres maneras: asiáticos paganos nos habían entrado en el mismo corazón de las Germanias; piratas paganos de la clase más cruel y atroz se habían diseminado por los Mares del Norte y casi habían conseguido aniquilar la civilización cristiana en Inglaterra hiriéndola también en el Norte de Francia; y encima de todo eso estaba la presión del mahometanismo proveniente del Sur y del Sudeste – una presión mucho más civilizada que la de los asiáticos y la de los piratas escandinavos, pero amenaza al fin, bajo la cual nuestra civilización llegó a quedar cerca de desaparecer.

Es por demás interesante tomar un mapa de Europa y marcar sobre él los límites alcanzados por los enemigos de la Cristiandad en el peor momento de estas luchas por la existencia. Las avanzadas del peor ataque asiático llegaron tan lejos como Tournus sobre el Sena, que queda en el centro mismo de lo que es Francia en la actualidad. El

mahometano llegó, como hemos visto, también hasta la mitad misma de Francia, en algún lugar entre Tournus y Poitiers. Los terribles piratas escandinavos asolaron Irlanda, toda Inglaterra, y subieron por todos los ríos del Norte de Francia y Alemania. Llegaron tan lejos como Colonia, pusieron sitio a Paris y casi llegan a tomar Hamburgo. En la actualidad las personas olvidan lo dudosa que era en absoluto la supervivencia de la civilización católica hacia la culminación de la Edad Oscura, entre mediados del Siglo VIII y fines del IX. La mitad de las islas del Mediterráneo y todo el Este había caído ante el mahometano que estaba peleando por hacerse del Asia Menor mientras el Norte y centro de Europa se hallaban perpetuamente bajo el asalto de los asiáticos y de los paganos del Norte.

Y en ese momento se produjo la reacción y el despertar de Europa.

El proceso comenzó con los caballeros que comenzaron a filtrarse de la Galia hacia España y con los caballeros españoles nativos que forzaron la retirada de los mahometanos. Los piratas escandinavos y los saqueadores del Asia habían sido derrotados dos generaciones antes. Las peregrinaciones a Jerusalén, largas, costosas y peligrosas, pero continuas a través de la Edad Oscura, estaban ahora especialmente amenazadas por una nueva oleada de soldados mongoles mahometanos estableciéndose por el Este, especialmente en Palestina, y surgió el clamor de que se rescataran de las manos usurpadoras del Islam los Lugares Sagrados, la Cruz Verdadera (que estaba preservada en Jerusalén), las comunidades cristianas sobrevivientes en Siria y Palestina y, por sobre todo, el Santo Sepulcro – el lugar de la Resurrección y la meta principal de las peregrinaciones. Hombres desbordantes de entusiasmo predicaron el deber de marchar al Este para rescatar a la Tierra Santa. El papa reinante, Urbano, se puso en persona al frente del movimiento en un famoso sermón pronunciado en Francia a grandes multitudes que gritaron: "Dios lo quiere". Cuerpos irregulares comenzaron a desplazarse hacia el Oriente con el fin de expulsar al Islam de la Tierra Santa y, llegado el momento, las levas regulares de los grandes príncipes cristianos prepararon un esfuerzo organizado en gran escala. Quienes hicieron votos de persistir en el esfuerzo se pusieron la insignia de la cruz sobre sus ropas y merced a ello la lucha terminó siendo conocida como las Cruzadas.

La Primera Cruzada se lanzó en tres grandes contingentes de milicias cristianas más o menos organizadas que marcharon de Europa Occidental hacia la Tierra Santa. Y digo "más o menos organizadas" porque el ejército feudal nunca estuvo altamente organizado. Se hallaba dividido en unidades de muy diferentes tamaños, cada una de ellas siguiendo a un señor feudal, aunque obviamente poseía la organización suficiente como para llevar a cabo la empresa militar ya que una mera horda de personas jamás podría hacerlo. A fin de no agotar las provisiones de los países a través de los cuales tenían que marchar, los líderes cristianos se desplazaron en tres cuerpos: uno desde el Norte de Francia, bajando por el valle del Danubio; otro desde el Sur de Francia, pasando a través de Italia; y un tercero de franceses que habían adquirido hacía poco el dominio del Sur de Italia y que cruzaron el Adriático directamente en dirección a Constantinopla a través de los Balcanes. Todos confluyeron en Constantinopla y, para el momento en que llegaron allí, a pesar de las pérdidas sufridas a lo largo de la marcha, todavía pueden haber sido algo así como un cuarto de millón de personas, quizás más. Las cantidades nunca se supieron ni se contabilizaron con precisión.

El Emperador en Constantinopla todavía era libre y se hallaba al frente de su gran capital cristiana, pero se encontraba peligrosamente amenazado por los combativos turcos mahometanos ubicados en el Asia Menor, justo cruzando las aguas, y cuyo objetivo era precisamente el de tomar Constantinopla y así continuar presionando hasta

lograr la caída de la Cristiandad. La gran masa de los Cruzados consiguió de inmediato aliviar esta presión sobre Constantinopla. Venció a los turcos en la batalla de Dorilea y siguió empujando con grandes dificultades y bajas humanas hasta que llegó a la esquina en dónde Siria se junta con el Asia Menor en el Golfo de Alejandreta. Allí, uno de los líderes Cruzados se procuró un reino haciendo de la ciudad de Edessa su capital a fin de servir de bastión contra la presión mahometana proveniente del Este. El remanente de las ya menguantes fuerzas cristianas puso sitio y, con grandes dificultades, tomó Antioquía, una ciudad que los mahometanos habían conquistado unos años antes. Allí otro líder cruzado se hizo señor feudal y se produjo una larga demora y un feo conflicto entre los Cruzados y el Emperador en Constantinopla quien, naturalmente, pretendía que se le devolvieran las que habían sido partes de sus dominios antes de la expansión del mahometanismo mientras que los Cruzados decidieron quedarse con lo que habían conquistado para hacerse de los beneficios y los ingresos que cada uno podía obtener.

Finalmente, salieron de Antioquía al comienzo de la temporada de campaña del tercer año después de la partida original, en el último año del Siglo XI, en 1099. En su marcha tomaron todas las ciudades a lo largo de la costa y cuando llegaron a la altura de Jerusalén se lanzaron tierra adentro, tomaron la ciudad por asalto el 15 de Julio de ese año, dieron muerte a toda la guarnición mahometana y se establecieron firmemente dentro de los muros de la Ciudad Sagrada. Después de ello, organizaron su conquista según el modelo de un reino feudal designando a uno de ellos como el rey titular del nuevo Reinado de Jerusalén. Para tal cargo eligieron a un gran noble del país donde se juntan las razas teutónicas y gálicas al Noreste de Francia, a un poderoso Señor de la Marcha: Godofredo de Bouillon. Debajo de él, como subordinados nominales, se alinearon los grandes señores feudales que se adueñaron de los distritos ubicados de Edessa hacia el Sur y que se establecieron construyéndose grandes castillos de piedra que aún subsisten y constituyen una de las ruinas más notables del mundo.

Para el momento en que los Cruzados alcanzaron sus objetivos y dominaron los Lugares Sagrados su número se había reducido a una muy pequeña cantidad de hombres. Es probable que los combatientes reales – a diferencia de sirvientes, seguidores y el resto – presentes en el sitio a Jerusalén no sobrepasaran por mucho la cantidad de 15.000 efectivos. Y todo dependió de esa fuerza. Siria no había sido completamente recuperada ni los mahometanos definitivamente rechazados; la costa marítima se sostenía gracias a una población aún mayoritariamente cristiana, pero el llano, la costa y Palestina hasta el Jordán constituyen tan sólo una delgada franja detrás de la cual y paralelamente con ella existe una cadena montañosa la cual, en la mitad del país, forma las grandes montañas del Líbano y del Anti-Líbano. Y más allá de ellas el país se convierte otra vez en un desierto sobre cuyo borde hay una cadena de poblados que constituyen algo así como los puertos del desierto; esto es: los puntos adonde arriban las caravanas.

Estos "puertos del desierto" siempre tuvieron una gran importancia en virtud del comercio y sus nombres nos vienen de mucho antes de los comienzos de la Historia registrada. Una cadena de poblados así dispuesta se extendía a lo largo del borde del desierto comenzando en Aleppo en el Norte y llegando hasta Petra, al Sur del Mar Muerto. Estaban unidos por la gran ruta de caravanas que llega hasta Arabia del Norte y eran todos predominantemente mahometanos por la época del esfuerzo cruzado. La ciudad central y la más rica de la cadena, la gran marca urbana de Siria, es Damasco. Si los primeros Cruzados hubieran tenido suficientes hombres como para tomar Damasco, su esfuerzo hubiera sido permanentemente exitoso. Pero sus fuerzas no alcanzaron para ello; apenas si pudieron mantener la costa marítima de Palestina hasta el Jordán – y aún así lo consiguieron con la ayuda de inmensas fortificaciones.

Existía una buena cantidad de comercio con Europa, pero no un suficiente reclutamiento de fuerzas, y la consecuencia fue que el vasto mar mahometano que rodeaba a las posiciones de los Cruzados comenzó a infiltrarse y a debilitar las posiciones cristianas. El primer signo de lo que sobrevendría se produjo menos de medio siglo después de la primera conquista de Jerusalén con la caída de Edessa (la capital de la región Noreste de la federación cruzada, el Estado más expuesto a un ataque).

Fue el primer revés serio y produjo una gran excitación en el Oeste cristiano. Los reyes de Francia e Inglaterra partieron con grandes ejércitos para restaurar la posición cristiana, y esta vez fueron en pos de la clave estratégica de todo el país: Damasco. Pero fracasaron en tomarla y, cuando los hombres navegaron de regreso, la posición de los Cruzados en Siria era tan peligrosa como lo había sido antes. Tenían la garantía de otra concesión de precaria seguridad mientras el mundo mahometano permaneciese dividido en dos cuerpos rivales, pero era evidente que, si surgía un líder capaz de unificar el poder mahometano en sus manos, las pequeñas guarniciones cristianas estaban perdidas.

Y eso fue exactamente lo que pasó. Salah-ed-Din, a quien conocemos como Saladino – un militar de genio, hijo del gobernador de Damasco – se hizo gradualmente de todo el poder mahometano en el Cercano Oriente. Se convirtió en el soberano de Egipto y de todas las poblaciones a la vera del desierto, y cuando marchó al ataque con sus fuerzas unificadas, el cuerpo remanente de los cristianos de Siria ya no tuvo ninguna posibilidad de éxito. Con todo, se reunieron en buen orden retirando a todo hombre disponible de las guarniciones estacionadas en los castillos y formaron una fuerza móvil que intentó aliviar el sitio al castillo de Tiberíades, sobre el Mar de Galilea. El ejército cristiano se hallaba acercándose a Tiberíades habiendo llegado a la ladera montañosa de Hattin – aproximadamente a un día de marcha del objetivo – cuando fue atacado y destruido por Saladino.

Al desastre que ocurrió en el verano de 1187 le siguió el colapso de casi toda la colonia militar en Siria y la Tierra Santa. Saladino conquistó población tras población, excepto uno o dos puntos sobre la costa del mar que seguirían en manos cristianas por más de una generación. Pero el Reino de Jerusalén, el reinado feudal cristiano que había recuperado y mantenido los Lugares Sagrados, se perdió. Todos los grandes líderes, el Rey de Inglaterra, Ricardo Plantageneta, el Rey de Francia y el Emperador, comandando conjuntamente un gran ejército de primer nivel – mayormente germano en su reclutamiento – partieron para recuperar lo perdido. Pero fracasaron. Consiguieron tomar uno o dos puntos más sobre la costa, pero nunca recuperaron a Jerusalén y nunca restablecieron el anterior reino cristiano.

De este modo terminó una serie de tres inmensos duelos entre la Cristiandad y el Islam. El Islam había vencido.

Si la fuerza remanente de los Cruzados después de la primera expedición hubiese sido un poco más numerosa, si hubiesen tomado Damasco y la cadena de poblados a la vera del desierto, toda la Historia del mundo hubiera sido diferente. El mundo del Islam hubiera quedado cortado en dos, con el Este incapacitado para unirse con el Oeste. Probablemente nosotros, los europeos, hubiéramos reconquistado el Norte de África y a Egipto – sin duda hubiéramos salvado a Constantinopla – y el mahometanismo hubiera sobrevivido como una religión oriental rechazada más allá de las antiguas fronteras del Imperio Romano. Tal como sucedieron las cosas, el mahometanismo no sólo sobrevivió sino que se hizo más fuerte. Por cierto que lentamente fue expulsado de España y de las islas orientales del Mediterráneo, pero mantuvo su control sobre todo el Norte de

África, Siria, Palestina, Asia Menor y de allí siguió avanzando para conquistar los Balcanes y Grecia, invadió Hungría y en dos oportunidades amenazó con arrollar Alemania y llegar otra vez a Francia, esta vez desde el Este, para terminar con nuestra civilización. Una de las razones por las cuales ocurrió el quiebre de la Cristiandad y la Reforma fue el hecho de que la presión mahometana contra el Emperador alemán le dio a los príncipes y a las ciudades alemanas la oportunidad de rebelarse y comenzar a establecer iglesias protestantes en sus dominios.

De una forma u otra, hubo muchas otras expediciones subsiguientes contra el Turco que también se denominaron como Cruzadas y la idea subsistió hasta el mismo fin de la Edad Media. Pero no se produjo la recuperación de Siria ni el repliegue de los musulmanes.

Entretanto, la primera Cruzada había traído tantas experiencias nuevas a Europa Occidental que la cultura se desarrolló muy rápidamente y produjo la magnífica arquitectura, la elevada filosofía y la estructura social de la Edad Media. Ése fue el beneficio real de las Cruzadas. Fracasaron en el campo de batalla pero forjaron a la Europa moderna. Sin embargo, lo hicieron a costa de la vieja idea de la unidad cristiana. Con una civilización material en aumento, comenzaron a formarse las modernas naciones. La Cristiandad todavía se mantuvo unida, pero los lazos se aflojaron. Al final vino la tormenta de la Reforma; la Cristiandad se partió, las diferentes naciones y sus príncipes alegaron ser independientes de todo control común como el que había asegurado la posición moral del papado, y nos deslizamos por ese tobogán que al final terminó en la matanza indiscriminada de la guerra moderna que puede llegar a ser la ruina de toda nuestra civilización. Napoleón Bonaparte lo formuló muy bien: "Toda guerra en Europa es, en realidad, una guerra civil."Eso es algo profundamente cierto. Por su naturaleza, la Europa Cristiana es y debería ser indivisa; pero ha olvidado su naturaleza al olvidarse de su religión.

La penúltima cuestión en nuestra apreciación del gran ataque mahometano a la Iglesia Católica y a la civilización que ésta había creado, se refiere al repentino esfuerzo final y a la subsiguiente rápida declinación del poder político mahometano justo después de haber llegado a su culminación. En relación con lo tratado y que expondré después, la última es la muy importante y casi desestimada cuestión de la posibilidad del resurgimiento del poder mahometano en el mundo moderno.

Si recapitulamos los destinos del Islam después de su éxito en rechazar a los Cruzados, restaurar su dominio sobre el Este y confirmar su creciente control sobre la mitad de lo que alguna vez había sido una Cristiandad grecorromana unida, veremos que el Islam comenzó a transitar por dos destinos completamente diferentes y hasta contradictorios: mientras perdía gradualmente su control sobre Europa Occidental lo fue aumentando sobre Europa Sudoriental.

Ya antes de que se lanzaran las Cruzadas había sido rechazado hasta mitad de camino entre los Pirineos y el Estrecho de Gibraltar y en los siguientes cuatro a cinco siglos quedó condenado a perder cada centímetro del territorio que había gobernado en la Península Ibérica, en lo que hoy es España y Portugal.

Europa Occidental continental (y hasta las islas que le pertenecen) fueron liberadas de la influencia mahometana durante los últimos siglos de la Edad Media, es decir: entre el Siglo XII y XV.

Y esto ocurrió porque los mahometanos de Occidente, esto es: de aquello que entonces se llamaba "Barbaria" y que ahora es el África francesa e italiana, [10] quedaron políticamente separados de la gran mayoría del mundo mahometano que se hallaba en el Este.

Entre Egipto y los Estados barbarios (en lo que hoy llamamos Túnez, Argelia y Marruecos) , el desierto presentaba una barrera difícil de cruzar. El Oeste era menos árido entonces de lo que es hoy, con los italianos tratando de revivir su prosperidad. Pero las amplias franjas de arena y grava, con muy poca agua, siempre hicieron de esta barrera entre Egipto y Occidente una disuasión y un obstáculo. Con todo, aún más importante que esta barrera fue la disociación gradual entre los mahometanos occidentales del Norte de África y la masa mahometana del Este. Por cierto que la religión permaneció siendo la misma, al igual que los hábitos sociales y todo lo demás. El mahometanismo del Norte de África siguió perteneciendo al mismo mundo unificado que el mahometanismo de Siria, Asia y Egipto del mismo modo en que, durante mucho tiempo, la civilización cristiana en el Oeste de Europa siguió manteniéndose unida con el mundo de Europa Central y hasta de Europa Oriental. Pero la distancia y el hecho de que los mahometanos orientales nunca acudieron en su ayuda, hizo que los mahometanos occidentales del Norte de África y de España se percibiesen como algo aparte, políticamente separado de sus hermanos orientales.

A ello debemos agregarle el factor de la distancia y sus efectos sobre el poderío marítimo de aquellos días y en aquellas aguas. El Mediterráneo tiene mucho más de 2.000 millas de largo; el único período del año en que cualquier combate efectivo podía tener lugar sobre sus aguas bajo condiciones medievales era a fines de primavera, el verano y principios de otoño, y precisamente durante esos cinco meses del año, los únicos en que las personas podían usar el Mediterráneo para las grandes expediciones, las operaciones militares ofensivas se hallaban trabadas por grandes calmas. Es cierto que éstas eran contrarrestadas por galeras de muchos remos a fin de hacer depender las flotas del viento lo menos posible, pero aún así las distancias de esa clase hicieron difícil la unidad de acción.

En consecuencia, los mahometanos del Norte de África, al no estar apoyados marítimamente por la riqueza y por el número de sus hermanos de los puertos de Asia Menor, de Siria y de la desembocadura del Nilo, perdieron gradualmente el control de las comunicaciones marítimas. Perdieron por lo tanto las islas occidentales, Sicilia, Córcega y Cerdeña, las Baleares y hasta Malta justo en el mismo momento en que capturaban triunfantes las islas orientales en el Mar Egeo. El único poder marítimo que les quedó a los mahometanos en Occidente fue la activa piratería de los marinos argelinos operando desde las lagunas de Túnez y la medianamente protegida bahía de Argelia. (La palabra "Argelia" viene de la palabra árabe que significa "islas". No hubo allí un puerto propiamente dicho antes de la conquista francesa de hace cien años atrás sino lugares de anclaje parcialmente protegidos por una serie de rocas e islotes). Estos piratas continuaron siendo una amenaza incluso hasta el Siglo XVII. Es interesante mencionar que el llamado a oración mahometano fue escuchado en las costas de Irlanda del Sur en vida de Oliver Cromwell ya que los piratas argelinos corretearon por todos lados, no sólo en el Mediterráneo occidental sino a lo largo de las costas del Atlántico, desde el Estrecho de Gibraltar hasta el Canal de la Mancha. Ya no tenían la capacidad de conquistar, pero podían saquear y tomar prisioneros para exigir su rescate.

Mientras del lado occidental de Europa los mahometanos estaban siendo rechazados hacia el África, exactamente lo opuesto estaba sucediendo del lado oriental.

Después del fracaso de las Cruzadas, los mahometanos se fortificaron en el Asia Menor y comenzaron aquél largo martilleo sobre Constantinopla que al final tuvo éxito.

Constantinopla fue, por lejos, la capital más rica y más grande del Mundo Antiguo; era el antiguo centro de la civilización griega y romana y aún después de haber perdido todo poder directo sobre Italia y aún más sobre Francia, continuó siendo admirada como el grandioso monumento del pasado romano. El Emperador de Constantinopla era el descendiente directo de los Césares. Desde el punto de vista militar, esta poderosa ciudad, sostenida por grandes masas de impuestos y por un ejército fuertemente estructurado y disciplinado, constituía el bastión de la Cristiandad. Mientras Constantinopla se mantuvo como ciudad cristiana, mientras la misa se continuó celebrando en Santa Sofía, las puertas de Europa permanecieron cerradas para el Islam. Constantinopla cayó en vida de la misma generación que asistió a la expulsión del último gobierno mahometano del Sur de España. Los hombres que en su madurez marcharon y tomaron Granada con los ejércitos victoriosos de Isabel la Católica podían recordar cómo, en su temprana niñez, habían escuchado la terrible noticia de que Constantinopla misma había caído en manos de los enemigos de la Iglesia.

La caída de Constantinopla al final de la Edad Media (1453) fue tan sólo el comienzo de otros avances mahometanos. El Islam barrió los Balcanes; tomó posesión de todas las islas orientales del Mediterráneo, Creta, Rodas y las demás; ocupó Grecia por completo; comenzó a presionar subiendo por el valle del Danubio hacia el Norte, hacia las grandes llanuras; destruyó al antiguo Reino de Hungría en la fatal batalla de Mohacs y por último, durante el primer tercio del Siglo XVI, justo en el momento en que se desató la tormenta de la Reforma, el Islam amenazó a Europa de un modo directo llevando su presión al corazón del Imperio, en Viena.

Por lo general no se aprecia la medida en que el éxito de la revolución religiosa de Lutero contra el catolicismo en Alemania obedeció a la forma en que la presión mahometana del Este se hallaba paralizando la autoridad central de los Emperadores germánicos. Estos Emperadores tuvieron que llegar a un compromiso con los líderes de la revolución religiosa tratando de construir a fuerza de remiendos una paz precaria entre las posturas irreconciliables de la autoridad católica y la teoría religiosa protestante, y todo ello a fin de poder enfrentar al enemigo que se encontraba ante sus puertas después de ocupar Hungría y se hallaba en posición de invadir toda la Alemania del Sur llegando posiblemente al Rin. Si el Islam hubiese logrado eso durante el caos del violento disenso civil que se produjo entre los germanos a raíz del lanzamiento de la Reforma, nuestra civilización hubiera sido destruida con la misma seguridad con que lo hubiera sido si ocho siglos ante la primera oleada de los mahometanos a través de España no hubiera sido controlada y rechazada en el medio de Francia.

Esta violenta presión mahometana sobre la Cristiandad que provenía del Este apostó al éxito tanto por tierra como por mar. La última gran oleada de soldados mongoles, la última gran organización turca operando ahora desde la conquistada capital de Constantinopla, se propuso cruzar el Adriático a fin de atacar a Italia por mar y, en última instancia, para recuperar todo lo que había perdido en el Mediterráneo occidental.

Hubo un momento crítico en el cual pareció que el esquema tendría éxito. Una gran armada mahometana combatió en la boca del Golfo de Corinto contra la flota cristiana en Lepanto. [**] Los cristianos vencieron en esa batalla naval y el Mediterráneo Occidental se salvó. Pero fue por muy poco y el nombre de Lepanto debería quedar en las mentes de todas las personas que poseen algún sentido para la Historia como uno de la media docena de grandes nombres que hay en la Historia del mundo cristiano. Ha

sido un tema digno del mas fino poema épico de nuestro tiempo, "La Ballada de Lepanto", escrita por el fallecido Gilbert Chesterton. [***]

Hoy estamos acostumbrados a pensar en el mahometanismo como algo atrasado y anquilosado, al menos en todos sus aspectos materiales. No nos podemos imaginar una gran flota mahometana constituida por modernos acorazados y submarinos, o un gran ejército mahometano completamente equipado con artillería moderna, poder aéreo y todo lo demás. Pero no hace mucho, menos de cien años antes de la Declaración de Independencia, [****] el gobierno mahometano con centro en Constantinopla tenía mejor artillería y mejor equipamiento militar de toda clase del que disponíamos nosotros en Occidente. El último esfuerzo que hicieron por destruir a la Cristiandad fue contemporáneo del fin del reinado de Carlos II de Inglaterra, de su hermano Jacobo y del usurpador Guillermo III. Ese esfuerzo fracasó durante los últimos años del Siglo XVII, hace apenas poco más de doscientos años. Viena, como vimos, casi fue tomada y solamente se salvó gracias al ejército cristiano comandado por el Rey de Polonia en una fecha que merecería figurar entre las más notables de la Historia: el 11 de Septiembre de 1683. Pero el peligro subsistió, el Islam siguió siendo inmensamente poderoso a pocos días de marcha de Austria y no fue sino hasta 1697 con la gran victoria del Príncipe Eugenio en Zenta y la captura de Belgrado que la marea realmente se revirtió – y para ése entonces ya estábamos al final del Siglo XVII.

Debería comprenderse adecuadamente que la generación de Dean Swift, la de los hombres que vieron la corte de Luis XIV a edad avanzada, los hombres que vieron cómo los hannoverianos fueron traídos por la rica clase dominante inglesa e impuestos como reyes títeres de Inglaterra, los hombres que asistieron a la aparente extinción de la libertad irlandesa después del fracaso de la campaña de James II en el Boyne y la posterior rendición de Limerick; todo ese período de una vida humana que se extendió entre el fin del Siglo XVII y el comienzo del XVIII estuvo dominado por la vívida memoria de una amenaza mahometana que casi había triunfado y que aparentemente podía repetirse en el futuro. Los europeos de aquella época pensaban en el mahometanismo de la misma manera en que nosotros pensamos en el bolcheviquismo o como las personas de raza blanca en el Asia piensan del poder japonés en la actualidad.

Lo que sucedió fue algo bastante inesperado: el poder mahometano comenzó a quebrarse por el lado material. Los mahometanos perdieron el poder de competir exitosamente con los cristianos en la fabricación de aquellos instrumentos que aseguran el dominio: los armamentos, los métodos de comunicación y todo el resto. No es sólo que no avanzaron; retrocedieron. Su artillería se hizo mucho peor que la nuestra. Mientras nuestra utilización de los mares se incrementó en gran medida, la de ellos disminuyó hasta que ya no tuvieron barcos de primer nivel con los cuales podían librar batallas navales.

El Siglo XVIII es el de la historia de cómo los mahometanos perdieron gradualmente la carrera frente a los europeos en la cuestión de las cosas materiales.

Cuando esa extensa revolución en los asuntos humanos que introdujo el invento de la maquinaria moderna comenzó en Inglaterra y se extendió lentamente a través de Europa, el mundo mahometano demostró ser incapaz de sacar ventaja de la misma. Durante las guerras napoleónicas, el Islam, aún apoyado por Inglaterra, fracasó por entero al enfrentarse con los ejércitos franceses de Egipto; su último esfuerzo terminó en una completa derrota (la batalla terrestre del Nilo).

El proceso continuó por todo el Siglo XIX. Como resultado, todo el África del Norte mahometano gradualmente pasó a quedar bajo control europeo; con Marruecos como último reducto independiente en caer. Egipto cayó bajo el control de Inglaterra. Mucho antes de eso, Grecia fue liberada, así como los Estados de los Balcanes. Hace media vida humana atrás en todas partes se daba por supuesto que los últimos restos del poder mahometano en Europa desaparecerían. Inglaterra lo auxilió y salvó a Constantinopla de ser tomada por los Rusos en 1877-78, pero el ocaso definitivo de los turcos pareció ser tan sólo una cuestión de pocos años. Todo el mundo estuvo esperando el fin del Islam, a este lado del Bósforo al menos; mientras que en Siria, Asia Menor y la Mesopotamia perdía todo su vigor político y militar. Después de la Gran Guerra (1ª Guerra Mundial N. del T.) lo que quedaba del poder mahometano, aún en el Asia Anterior, se salvó solamente por las violentas peleas que se dieron entre los Aliados.

Incluso Siria y Palestina quedaron repartidas entre Francia e Inglaterra. La Mesopotamia cayó bajo el control de Inglaterra y no quedó nada de la amenaza del poder islámico, a pesar de que continuaba atrincherado en el Asia Menor y mantenía una especie de precario dominio sólo sobre la ciudad de Constantinopla. Los mahometanos perdieron el control del Mediterráneo, perdieron todos sus territorios europeos, perdieron el control total del África. El gran duelo entre el Islam y la Cristiandad pareció, por fin, haberse decidido en nuestros propios días.

¿A qué obedeció este colapso? Nunca me han dado una respuesta a esta pregunta. No hubo una desintegración moral desde adentro; no hubo un colapso intelectual; si alguien habla hoy con un estudiante egipcio o sirio sobre cualquier tema filosófico o científico que haya estudiado, hallará que es igual a cualquier europeo. Si el Islam hoy no tiene una ciencia física aplicada a ninguno de sus problemas, en cuanto a armas y comunicaciones, es porque aparentemente ha cesado de ser parte de nuestro mundo y decididamente se ha quedado atrás respecto del mismo. De cada docena de mahometanos que viven en el mundo actual, once son en realidad súbditos de una potencia occidental (Escrito en 1936 – N. del T.). Parecería ser, repito, que el gran duelo está definido.

Pero ¿podemos estar seguros de que ha terminado así? Lo dudo muchísimo. Siempre me ha parecido posible, y hasta probable, que habría una resurrección del Islam y que nuestros hijos y nietos verán la renovación de ese tremendo conflicto entre la cultura cristiana y lo que ha sido por más de mil años su mayor oponente.

Pasaré ahora a considerar por qué esta convicción debería haber surgido en las mentes de ciertos observadores y viajeros tales como yo mismo. La pregunta de "¿No podrá el Islam resurgir?" es, por cierto, una pregunta vital.

En cierto sentido la pregunta ya está contestada porque el Islam nunca desapareció. Sigue dominando la constante lealtad y la incuestionada adhesión de todos los millones que viven entre el Atlántico y el Indo, y aún más allá en las comunidades diseminadas por el Asia Interior. Pero la pregunta la hago en el sentido de: "¿No regresará quizás el poder temporal del Islam y con él la amenaza de un mundo mahometano armado que se sacudirá de encima la dominación de los europeos – todavía nominalmente cristianos – para reaparecer otra vez como el principal enemigo de nuestra civilización?" El futuro viene siempre como una sorpresa pero la sabiduría política consiste en tratar de lograr al menos un juicio parcial de en qué consistirá esa sorpresa. Y, por mi parte, no puedo sino creer que una de las cosas inesperadas del futuro es el regreso del Islam. Desde el momento en que la religión se halla en la raíz de todos los movimientos políticos y de todos los cambios, y desde el momento en que tenemos aquí

una religión muy grande, físicamente paralizada pero intensamente activa en lo moral, estamos en presencia de un equilibrio inestable que no puede permanecer siendo inestable en forma permanente. Examinemos, pues, la posición.

A lo largo de estas páginas he señalado que la cualidad particular del mahometanismo, considerado como una herejía, es su vitalidad. Como único caso entre todas las grandes herejías, el mahometanismo echó raíces permanentes, desarrolló una vida propia, y se convirtió al final en algo semejante a una nueva religión. Tan cierto es esto que en la actualidad muy pocas personas, aún entre las más altamente instruidas en Historia, recuerdan la verdad que el mahometanismo en sus orígenes no fue una nueva religión sino una herejía.

Como todas las herejías, el mahometanismo vivió por las verdades católicas que retuvo. Su insistencia en la inmortalidad personal, en la unidad e infinita majestad de Dios, en su justicia y misericordia; su insistencia en la igualdad de las almas humanas ante la vista de su Creador – éstas son sus fortalezas.

Pero ha sobrevivido por razones distintas a ellas. Todas las otras herejías también tuvieron sus verdades así como sus falsedades y sus extravagancias, y sin embargo murieron una detrás de la otra. La Iglesia Católica las ha visto pasar y, a pesar de que sus nefastas consecuencias todavía siguen entre nosotros, las herejías mismas están muertas.

La fortaleza del calvinismo fue la verdad sobre la cual insistió: la omnipotencia de Dios, la dependencia e insuficiencia del hombre; pero su error, que fue la negación del libre albedrío, también lo mató. Las personas no pudieron aceptar una negación tan monstruosa del sentido común y de las experiencias comunes. El arrianismo vivió por la verdad que contenía, a saber: el hecho que la razón no podía conciliar directamente los aspectos contrapuestos de un gran misterio – el de la Encarnación. Pero el arrianismo murió porque a esta verdad le agregaba la falsedad de sostener que la contradicción aparente se podía resolver negando la plena divinidad de Nuestro Señor.

Y así se podría seguir con las demás herejías. Pero el mahometanismo, a pesar de contener también errores en paralelo con aquellas grandes verdades, floreció de modo continuo y como cuerpo de doctrina sigue floreciendo aún, a pesar de que han pasado mil trescientos años desde sus primeras grandes victorias en Siria. Las causas de esta vitalidad son muy difíciles de investigar y quizás no puedan ser aprehendidas. Por mi parte las adscribiría en parte a que el mahometanismo, al ser un fenómeno externo, al ser una herejía que no surgió desde dentro del cuerpo de la comunidad cristiana sino más allá de sus fronteras, siempre dispuso de una reserva de seres humanos, advenedizos, infiltrándose en él para renovar sus energías. Pero esa no puede ser una explicación exhaustiva. Quizás el mahometanismo hubiese muerto de no ser por las sucesivas oleadas de reclutamiento del desierto y del Asia; quizás hubiese muerto si el califato de Bagdad hubiese quedado enteramente librado a su propia suerte; y si los moros en Occidente no hubieran podido acceder a un continuo reclutamiento desde el Sur.

Pero, sea cual fuere la causa, el mahometanismo ha sobrevivido; y ha sobrevivido vigorosamente. Los esfuerzos misioneros no han surtido ningún efecto apreciable sobre él. Sigue convirtiendo salvajes paganos en gran escala. Hasta atrae de vez en cuando a algún europeo excéntrico que se une a su cuerpo. Pero el mahometano nunca se hace católico. Ningún fragmento del Islam abandona jamás su libro sagrado, su código moral, su sistema organizado de oraciones, su simple doctrina.

En vista de ello, cualquiera con algún conocimiento de Historia está condenado a preguntarse si no veremos en el futuro un renacimiento del poder político mahometano y la renovación de la antigua presión del Islam sobre la Cristiandad.

Hemos visto como el poder político material del Islam declinó muy rápidamente durante los Siglos XVIII y XIX. Acabamos de seguir la historia de esa declinación. Cuando Solimán el Magnífico estaba poniendo sitio a Viena, tenía mejor artillería, mejores energías y mejor de todo que sus oponentes; el Islam, en el campo de batalla, aún era materialmente superior a la Cristiandad – al menos era superior en poder de combate y en armamento. Eso sucedía a pocos años de iniciado el Siglo XVIII. Y luego vino la inexplicable declinación. La religión no decayó, pero su poder político y con él su poder material declinaron asombrosamente; y en el aspecto particular de las armas fue dónde más declinó. Cuando el padre del Dr. Johnson, el librero, estaba instalando su negocio en Lichfield, el Gran Turco todavía era temido como el potencial conquistador de Europa. Antes de que el Dr. Johnson muriera ya no había ni flota ni ejército turco que pudiera amenazar a Occidente. Menos del lapso de una vida humana después, los mahometanos del Norte de África habían pasado a ser súbditos de los franceses y aquellos que en ese momento eran hombres jóvenes vivieron para ver cómo casi todo el territorio mahometano – excepto por un fragmento decaído, gobernado desde Constantinopla – era firmemente dominado por los gobiernos de Francia e Inglaterra.

Así las cosas, el recrudecimiento del Islam, la posibilidad de que reaparezca el terror bajo el cual vivimos por siglos y la posibilidad de que nuestra civilización tenga que combatir otra vez por su vida contra el que fue su principal enemigo durante mil años, parecería algo fantástico. ¿Quién en el mundo mahometano actual puede manufacturar y mantener los complicados instrumentos de la guerra moderna? ¿Dónde está la maquinaria política por medio de la cual la religión del Islam puede jugar un papel equiparable en el mundo moderno?

La idea de que el Islam puede resurgir suena fantástica – pero pienso que esto es tan sólo porque los seres humanos están siempre poderosamente influenciados por el pasado inmediato: hasta se podría decir que están enceguecidos por él.

Las culturas surgen de las religiones; en última instancia, la fuerza vital que sostiene una cultura es su filosofía, su actitud frente al universo; la decadencia de una religión trae consigo la decadencia de la cultura que con esa religión se corresponde – como muy claramente podemos verlo en el quiebre actual de la Cristiandad. El funesto trabajo de la Reforma está dando sus frutos con la disolución de nuestras doctrinas ancestrales; la misma estructura de nuestra sociedad se está disolviendo.

El lugar del antiguo entusiasmo cristiano en Europa fue ocupado, durante un tiempo, por el entusiasmo de la nacionalidad, por la religión del patriotismo. Pero la auto-devoción no es suficiente y las fuerzas orientadas a la destrucción de nuestra cultura, en forma especial la propaganda judía y comunista de Moscú, tienen por delante un futuro más promisorio que nuestro anticuado patriotismo.

En el Islam no se ha producido una disolución semejante de la doctrina ancestral; o bien y en todo caso, no hay nada similar al quiebre universal de la religión que se produjo en Europa. La totalidad de la fuerza espiritual del Islam sigue presente en las masas de Siria y Anatolia, en las montañas del Este de Asia, en Arabia, Egipto y África del Norte.

El fruto final de esta tenacidad – el segundo período del poder islámico – puede ser demorado; pero dudo que pueda ser permanentemente diferido.

En la civilización mahometana misma no hay nada que sea hostil al desarrollo del conocimiento científico o a la aptitud mecánica. He visto buenos trabajos de artillería en manos de estudiantes mahometanos de dicha arma; he visto a mahometanos llevar a cabo algunos de los mejores trabajos de conducción y de mantenimiento en el área del transporte mecánico terrestre. No hay nada inherente al mahometanismo que lo incapacite para la ciencia moderna o para la guerra moderna. De hecho, ni vale la pena discutir la cuestión. Debería ser evidente para cualquiera que haya estudiado a la cultura mahometana en funcionamiento. Esa cultura sólo se ha quedado atrás en la cuestión de aplicaciones materiales; no hay ninguna razón en absoluto por la cual no podría aprender su nueva lección y convertirse en un igual a nosotros en todas aquellas cosas temporales que son las únicas que nos otorgan una superioridad sobre ella – mientras que en la fe – somos nosotros los que nos hemos quedado atrás.

Las personas que dudan de esto se dejan engañar por una serie de indicios provenientes del pasado inmediato. Por ejemplo, durante el Siglo XIX fue común decir que el mahometanismo había perdido su poder político por su doctrina del fatalismo. Pero sucede que esa doctrina estuvo en pleno vigor cuando el poder mahometano se hallaba en su punto más alto. Si vamos al caso, el mahometanismo no es más fatalista que el calvinismo; las dos herejías se condicen exactamente en su exagerada insistencia sobre la inmutabilidad de los decretos divinos.

Hubo otra interpretación, más inteligente, formulada durante el Siglo XIX. Según la misma, la declinación del Islam habría sido ocasionada por el fatal hábito de sus perpetuos divisionismos civiles; por la división y el cambio de la autoridad política entre los mahometanos. Pero esta debilidad estuvo presente entre ellos desde el mismo principio; es inherente a la propia naturaleza del temperamento árabe del cual partieron. Una y otra vez este individualismo, esta tendencia "fisípara", los ha debilitado en forma grave. Y sin embargo, una y otra vez se han unido súbitamente bajo un líder y han obtenido los mayores logros.

Es bastante probable que en estas condiciones – con la unidad dada por un líder – el regreso del Islam pueda producirse. Ese líder aún no existe, pero el entusiasmo puede producir uno y hay suficientes señales en el cielo político de hoy día en cuanto a qué podemos esperar de la revuelta del Islam en alguna fecha futura – y quizás no tan lejana.

Después de la Gran Guerra el poder turco fue restaurado por un hombre así. Otro hombre en Arabia, de un modo igualmente súbito, se afianzó y destruyó todos los planes elaborados para incorporar esa parte del mundo mahometano a la esfera inglesa. Siria, que es el eslabón de conexión, la bisagra y el pivote de todo el mundo musulmán, está dividida, sobre el mapa y superficialmente, entre un mandato inglés y otro francés; pero ambos poderes intrigan el uno contra el otro y son igualmente detestados por sus súbditos mahometanos quienes se mantienen sojuzgados precariamente sólo por la fuerza. Ha habido derramamientos de sangre bajo el mandato francés y se repetirán [11]; mientras que bajo el mandato británico la imposición forzada de una colonia judía extranjera sobre Palestina ha puesto al rojo vivo la animosidad de la población árabe nativa. Paralelamente una propaganda bolchevique subterránea y ubicua está constantemente trabajando sobre Siria y el África del Norte en contra de la dominación de los europeos sobre la población mahometana original.

Por último, hay una cuestión adicional a la cual se debería prestar atención: la adhesión (como sea que fuere) del mundo mahometano en la India al gobierno inglés está fundada principalmente sobre el abismo que separa a la religión mahometana de la hindú. Cada paso hacia una mayor independencia política de cualquiera de los dos partidos fortalece el deseo mahometano por un renovado poder. El mahometano de la India tenderá cada vez más a decir: "Si tengo que quedar librado a mis propias fuerzas y no ser favorecido, como lo he sido en el pasado, por el amo europeo extranjero en la India – a la cual otrora he gobernado – pues entonces me apoyaré sobre el resurgimiento del Islam." Por todas estas razones (y muchas más que se podrían agregar) las personas con capacidad de previsión podrían justamente concebir, o al menos considerar, el regreso del Islam.

Parecería ser como si a las Grandes Herejías se les hubiese concedido un efecto proporcional a su tardanza en aparecer dentro de la Historia de la Cristiandad.

Las primeras herejías sobre la Encarnación, cuando fenecieron, no dejaron ninguna reliquia duradera de su presencia. El arrianismo revivió por un momento en el caos general de la Reforma. Intelectuales dispares, incluyendo a Milton en Inglaterra y presumiblemente a Bruno en Italia, y todo un grupo de franceses, presentaron en los Siglos XVI y XVII doctrinas que intentaban reconciliar un materialismo modificado y una negación de la Trinidad con alguna parte de la religión cristiana. El esfuerzo de Milton resultó particularmente notorio. La Historia oficial inglesa, por supuesto, lo ha suprimido tanto como ha sido posible por el método usual de manipularlo hasta quitarle todo énfasis. Los historiadores ingleses no niegan el materialismo de Milton; hace poco, varios escritores ingleses han discurrido extensamente sobre su negativa a aceptar la plena divinidad de Nuestro Señor. Pero este esfuerzo de supresión se quebrará ya que nadie puede negar algo tan importante como el ataque de Milton, no sólo a la Encarnación sino también a la Creación y a la omnipotencia de un Dios todopoderoso.

Pero de ello hablaré más tarde cuando lleguemos al movimiento protestante. Sigue siendo generalmente cierto que las primeras herejías no sólo se extinguieron sino que no dejaron una memoria duradera de su acción sobre la sociedad europea.

Pero el mahometanismo – que vino mucho más tarde que el arrianismo, así como este último fue posterior a los Apóstoles – dejó una profunda secuela sobre la estructura política de Europa y sobre el lenguaje: hasta cierto punto incluso sobre la ciencia.

Políticamente, destruyó la independencia del Imperio Oriental y, a pesar de que varios fragmentos (algunos) han sobrevivido de un modo mutilado, la gloria y la unidad del dominio bizantino ha desaparecido para siempre bajo los ataques del Islam. El zarismo ruso, de un modo bastante curioso, heredó un legado truncado de Bizancio; pero aquello fue un muy pobre reflejo del antiguo esplendor griego. La verdad es que el Islam le causó una herida permanente al Este de nuestra civilización de tal modo que la barbarie regresó parcialmente. Sobre el Norte de África su efecto fue casi absoluto y lo sigue siendo aún hoy en día. Europa fue bastante incapaz de reafirmarse allí. La gran tradición griega ha desaparecido por completo del valle del Nilo y del delta – a menos que alguien considere que Alejandría, con su civilización mayormente europea, francesa e italiana, es una reliquia de esa tradición – pero más allá de Alejandría y hasta el Atlántico el antiguo orden ha fallado aparentemente para siempre. Los franceses, al hacerse cargo de la administración de la Berbería y plantando allí un considerable cuerpo de sus propios colonizadores, además de españoles e italianos, han dejado que la estructura principal de la sociedad del Norte de África siga siendo completamente mahometana; y no hay signos de que se convierta en ninguna otra cosa.

En qué medida el Islam ha afectado nuestra ciencia y nuestra filosofía es algo abierto al debate. Su efecto ha sido, por supuesto, tremendamente exagerado porque el exagerarlo constituyó una forma de ataque al catolicismo. La parte principal que del lado islámico transmitieron los escritores sobre matemáticas, ciencias físicas y geografía; lo que expusieron aquellos escritores que escribieron en árabe, que profesaron o bien la doctrina completa del Islam o bien alguna forma herética del mismo (a veces casi atea), fue tomado de la civilización griega y romana que el Islam había invadido. Es, con todo, cierto que el Islam, a través de estos escritores, transmitió una gran parte de los avances que la civilización grecorromana había hecho en aquellas materias del conocimiento.

Durante la Edad Oscura y hasta durante principios de la Edad Media, o bien y en todo caso en las primeras épocas de la Edad Media, el mundo mahometano detentó la mejor parte de la enseñanza académica y tuvimos que recurrir a él para nuestra propia instrucción.

El efecto del mahometanismo sobre el lenguaje cristiano – aunque esto sea, por supuesto, una cuestión secundaria – resulta notorio. Lo hallamos en toda una pléyade de palabras, incluyendo algunas muy familiares como "algebra", "alcohol", "almirante", etc. Lo hallamos en términos de heráldica y lo hallamos en abundancia en nombres de lugares. De hecho, es sorprendente ver como toponímicos de origen romano y griego han sido reemplazados por términos semíticos totalmente diferentes. La mitad de los ríos de España, en especial los de la parte Sur del país, incluyen el término "wadi", y es curioso notar cómo en el hemisferio occidental "Guadalupe" preserva la forma árabe derivada de "Estremadura".

Los poblados de África del Norte y hasta los villorrios fueron rebautizados. Los nombres de los más famosos, como por ejemplo Cartago y Cesárea, desaparecieron. Otros surgieron en forma espontánea, tales como "Argelia" que es un nombre derivado de la frase árabe que significa "las islas" – siendo que el antiguo muelle de Argelia le debía parcialmente su seguridad a una serie de islotes rocosos paralelos a la costa.

Toda esta historia de reemplazar los nombres originales de poblados y ríos por formas semíticas constituye uno de los ejemplos más valiosos que tenemos de la desconexión que existe entre lenguaje y raza. La raza del África del Norte es hoy bastante igual a la que ha venido siendo desde el principio de la era histórica registrada. Es berberisca. Sin embargo, el idioma berberisco sobrevive tan sólo en algunos pocos distritos montañosos y tribus del desierto. El púnico, el griego, el latín, el idioma común en Trípoli (un nombre griego sobreviviente, dicho sea de paso), Túnez y toda la Berbería casi han desaparecido. Un ejemplo así debería haberle puesto freno a los teóricos académicos que hablaban de los ingleses como "anglosajones" y argumentaban, basándose en toponímicos, que los ingleses habían venido desde el Norte de Alemania y Dinamarca en pequeños botes, exterminando a todo el mundo al Este de Cornualles y poblando la zona con sus propias comunidades. Aún así, mucho de estas fantasías sobrevive, por supuesto que con mayor fuerza en Oxford y en Cambridge. [12]

Capítulo 5
El ataque albigense

En el corazón de la Edad Media, justo cuando estaba llegando a su fase más espléndida, en el gran Siglo XIII, surgió un singular y poderoso ataque a la Iglesia Católica y a toda la cultura que la misma defendía que fue completamente rechazado.

Fue un ataque, no sólo a la religión que hizo nuestra civilización, sino a la civilización misma, y su nombre genérico en la Historia es "La Herejía Albigense".

En el caso de este gran conflicto debemos proceder, al igual que en el de todos nuestros otros ejemplos, examinando primero la naturaleza de la doctrina que se estableció en contra del cuerpo de verdades enseñado por la Iglesia Católica.

La falsa doctrina, de la cual la versión de los albigenses constituyó un ejemplo principal, ha estado siempre latente entre los hombres bajo variadas formas, no sólo en la civilización del cristianismo sino en todos aquellos lugares y en todos los momentos en que las personas tuvieron que considerar los problemas fundamentales de la vida; lo cual equivale a decir: siempre y en todas partes. Pero, en este momento de la Historia, sucedió que el fenómeno adquirió una forma particularmente concentrada. Fue entonces cuando las falsas doctrinas que estamos por examinar se destacaron con mayor nitidez y pueden ser apreciadas de un modo más claro. Por los efectos que la herejía tuvo cuando estuvo en su punto más alto de vitalidad podemos estimar los males que ocasionan doctrinas similares, sea cuando fuere que aparecen.

Durante el período cristiano, este permanente conflicto de la mente humana creció y se acumuló en tres grandes oleadas y de ellas el episodio albigense fue tan sólo el central. La primera gran oleada fue la tendencia maniquea de los primeros siglos cristianos. La tercera fue el movimiento puritano en Europa, acompañando a la Reforma y la secuela de esa enfermedad, el jansenismo. El primer movimiento fuerte de la especie quedó agotado antes del fin del Siglo VIII. El segundo fue destruido cuando el movimiento definidamente albigense fue erradicado en el Siglo XIII. El tercero, la oleada puritana, se encuentra declinando recién ahora, después de haber producido toda clase de males.

Ahora bien, ¿qué es esta tendencia general o disposición que, por su nombre más antiguo, se llamó maniquea, que se denominó albigense en la forma más nítida que estamos por tratar, y que la Historia moderna conoce como puritanismo? ¿Cuál es el motivo subyacente que produce herejías de esta clase?

Para contestar a esa pregunta principal debemos considerar una verdad primaria de la Iglesia Católica misma que, en breve, ha sido formulada como sigue: "La Iglesia Católica está fundada sobre el reconocimiento del dolor y la muerte." En su forma más completa, la frase debería decir más bien: "La Iglesia Católica se halla arraigada en el reconocimiento del sufrimiento y la mortalidad y en su afirmación de ofrecer una solución al problema que presentan." Este problema se conoce generalmente como "el problema del mal".

¿Cómo podemos llamar glorioso al destino del ser humano, y al cielo su meta, y a su Creador infinitamente bueno y todopoderoso, cuando nos encontramos sujetos al sufrimiento y a la muerte?

Casi todas las personas jóvenes e inocentes apenas si tienen conciencia de este problema. Qué tanta conciencia pueden tener depende de las fortunas que poseen, de lo temprano hayan sido expuestas a pérdidas por muerte, o de lo pronto que puedan haber sufrido un gran dolor físico o incluso mental. Pero tarde o temprano todo ser humano que piensa en absoluto, cualquiera que no sea un idiota, se enfrenta al problema del mal. Y en la medida en que observamos a la raza humana tratando de llegar mediante el pensamiento al significado del universo, o aceptando la Revelación sobre ese significado, o siguiendo tortuosas y falsas religiones parciales o filosofías, la hallamos siempre profundamente preocupada por esa insistente pregunta: "¿Por qué habremos de sufrir? ¿Por qué habremos de morir?"

Se han propuesto varios caminos para escapar del torturante enigma. El más simple y burdo es el de no enfrentarlo en absoluto; es el de desviar la mirada del sufrimiento y de la muerte pretendiendo que no están allí; o bien proceder a ocultar nuestros sentimientos cuando se arrojan sobre nosotros con tanta insistencia que no podemos seguir sosteniendo la pretensión. Y también es parte del peor modo de tratar el problema, la actitud de boicotear la mención del mal y del sufrimiento tratando de olvidarlos todo lo que se pueda.

Otro camino, menos grosero pero intelectualmente igual de desdeñable, es afirmar que el problema no existe porque todos somos parte de una cosa muerta y sin significado detrás de la cual no hay ningún Dios creador: es afirmar que no existe una realidad en el bien y en el mal y en la concepción de la beatitud o de la miseria.

Otro camino, que fue el favorito de la alta civilización pagana de la que surgimos – el camino de los grandes romanos y los grandes griegos – es el camino del estoicismo. En forma vulgar, podríamos llamarlo "la filosofía del sonríe y sopórtalo". Algún que otro académico lo ha designado como "la religión permanente de la humanidad" pero por cierto que no es nada de eso; aunque más no sea porque no es una religión en absoluto. Esta actitud posee al menos la nobleza de enfrentar los hechos, pero no propone ninguna solución. Resulta manifiestamente negativa.

Otro camino es el profundo pero desesperanzado del Asia, del cual el mayor ejemplo es el del budismo: la filosofía que considera al individuo como una ilusión y nos alienta a deshacernos del deseo de la inmortalidad para intentar fundirnos con la vida impersonal del universo.

A la solución católica todos la conocemos. No es que la Iglesia Católica haya propuesto una solución completa al problema del mal ya que la pretensión y función de la Iglesia ha sido la de salvar almas y no la de explicar completamente la naturaleza de las cosas. Pero sobre este problema en particular la Iglesia Católica tiene una respuesta muy definida dentro de su propio campo de acción. Lo que afirma es que, primero, la naturaleza del hombre es inmortal y hecha para la beatitud; después, que la mortalidad y el dolor son el resultado de su Caída, esto es: de su rebelión contra la voluntad de Dios. La Iglesia dice que, desde la Caída, nuestra vida mortal, de acuerdo con nuestro comportamiento, es una ordalía o prueba en la que recuperamos (aunque mediante los méritos de nuestro Salvador) esa inmortal beatitud que perdimos.

Ahora bien, el maniqueo se sintió tan abrumado por la experiencia o por la perspectiva del sufrimiento y por el aterrador hecho de que su naturaleza era mortal, que se refugió en la negación de la omnipotente bondad de un Creador. Afirmó que el mal se hallaba tan activo en el universo como el bien; que los dos principios se encontraban siempre combatiéndose entre si como iguales. El hombre se hallaba sujeto tanto al uno como al otro. Si podía luchar en absoluto debía combatir por unirse al principio del bien y evitar el principio del mal, pero debía tratar al mal como una cosa todopoderosa. El maniqueo reconoció tanto a un dios bueno como a un dios malo y dispuso su mente en concordancia con esa tremenda concepción.

Tal estado de ánimo engendró toda clase de efectos secundarios. En algunas personas conduciría a la adoración del demonio; en muchas más a la magia, esto es: a la dependencia de algo diferente del propio libre albedrío, a trucos mediante los cuales podríamos repeler el poder maligno o engañarlo. De modo bastante paradójico, también condujo a realizar una buena cantidad de maldades en forma deliberada, ya sea con la excusa de que era inevitable o bien con la de que no importaba porque de cualquier manera estamos bajo el imperio de algo igual de fuerte que el poder del bien y por lo tanto nada impedía optar por actuar en consecuencia.

Pero hubo una cosa que el maniqueo de todo tipo siempre sintió y fue que la materia pertenecía al lado malo de las cosas. A pesar de que puede haber bastante mal de índole espiritual, aún así el bien tiene que ser completamente espiritual. Esto es algo que se encuentra no sólo en los primeros maniqueos, no sólo en los albigenses de la Edad Media, sino hasta en los más modernos de los puritanos que quedan. Parece estar conectado con el estado de ánimo maniqueo en todas sus formas. La materia está expuesta a decaer y por lo tanto es mala. Nuestros cuerpos son malos. Sus apetitos son malos. Esta idea se ramifica en toda clase de detalles absurdos. El vino es malo. Prácticamente todo placer físico, o medianamente físico, es malo y así sucesivamente. Cualquiera que lea los detalles de la historia albigense se sorprenderá una y otra vez de la actitud singularmente moderna de estos antiguos herejes porque descubrirá que tenían las mismas raíces que los puritanos que todavía sobreviven tristemente entre nosotros.

De aquí derivan las líneas principales que se completaron en detalle a medida en que se extendió el movimiento albigense. Nuestros cuerpos son materiales, decaen y mueren. Por lo tanto fue el dios malo el que hizo al cuerpo humano mientras el dios bueno hizo el alma. De allí también que Nuestro Señor sólo aparentemente se revistió de un cuerpo humano. Sólo sufrió aparentemente. De aquí también la negación de la Resurrección.

Debido a que la Iglesia Católica estuvo fuertemente en contra de actitudes de esta clase, siempre existió un conflicto irreconciliable entre ella y el maniqueo o el puritano; y la forma de este conflicto nunca fue más violenta que la adquirida durante la lucha que se entabló en el Occidente europeo entre los albigenses y la Iglesia Católica organizada del momento (Siglos XI y XII). El papado, la jerarquía, el cuerpo entero de la doctrina católica y los sacramentos católicos establecidos fueron el blanco de la ofensiva albigense.

La cuestión maniquea, toda vez que surge en la Historia, aparece como lo hacen ciertas epidemias que afectan al cuerpo humano. Viene de lugares difíciles de establecer. Emerge en varios centros, aumenta su poder y al final se convierte en una especie de plaga devastadora. Así sucedió con la gran Furia Albigense de hace 800 o 900 años atrás. Sus orígenes son, por lo tanto, oscuros; pero podemos rastrearlos.

El Siglo XI, el período de los años entre el 1000 y el 1100, puede ser llamado como el del despertar de Europa. Nuestra civilización justo acababa de pasar por aterradoras pruebas. El Occidente había sido saqueado por tropeles de piratas paganos procedentes del Norte – los, al principio, no convertidos y más tarde sólo semi-convertidos escandinavos – y en algunas partes el cristianismo casi se extinguió. Había sido sacudido por los saqueadores mongoles del Este, paganos que en hordas cabalgaron sobre Europa desde las planicies del Norte de Asia. Y había sufrido el gran ataque mahometano sobre el Mediterráneo por el cual casi toda España quedó ocupada, se sojuzgó permanentemente el Norte de África y Siria quedando el Asia Menor y Constantinopla amenazadas.

Europa había estado sitiada pero había empezado a rechazar a sus enemigos. Los piratas del norte fueron derrotados y sometidos. Los recientemente civilizados germanos [13] atacaron a los mongoles y salvaron al Danubio superior y a una franja de tierra fronteriza hacia el Este. Más hacia el Este también los eslavos cristianos se organizaron. Fueron los comienzos del Reino de Polonia. Pero el principal campo de batalla fue España. Allí, durante este Siglo XI, el poder mahometano fue rechazado de una frontera fluctuante hasta otra más al Sur hasta que mucho antes del fin del Siglo XI el grueso de la península fue recapturado para el dominio cristiano. Junto con este éxito material se produjo – constituyendo tanto una causa como un efecto – un fuerte despertar de la inteligencia en materia de disputas filosóficas y de nuevas especulaciones en ciencias físicas. Comenzó uno de esos períodos que de tanto en tanto aparecen en la Historia de nuestra raza en los que, por decirlo así, "la primavera está en el aire". La filosofía se hizo vigorosa, la arquitectura se expandió, la sociedad comenzó a ser más organizada y las autoridades civiles y eclesiásticas empezaron a extender y a codificar sus poderes.

Toda esta nueva vitalidad impulsó el vigor tanto de la herejía como de la ortodoxia. Comenzaron a aparecer desde el Este, surgiendo aquí y allá pero en general a lo largo de las líneas de avance hacia el Oeste, individuos o pequeñas comunidades que proponían y propagaban una forma nueva – y, según ellos, purificada – de religión.

Aparentemente, antes de aparecer en Italia estas comunidades tenían alguna fuerza en los Balcanes. Parecen haber adquirido algo de fuerza en el Norte de Italia antes de aparecer en Francia, si bien sería en Francia que tendría lugar el conflicto principal. Se los conoció bajo diferentes nombres; "paulicianos" por ejemplo, o bien un nombre que hacía referencia a su origen búlgaro. En general se los conoció como "Los Puros". Por su parte, ellos mismos preferían darse ese epíteto poniéndolo en griego y haciéndose llamar "Cathari" o cátaros. Toda la historia de este oscuro avance del peligro proveniente del Este de Europa ha quedado tan perdido en el posterior fulgor de gloria que se produjo durante el Siglo XIII cuando la Cristiandad llegó a la cima de su civilización, que los orígenes albigenses quedaron olvidados y su oscuridad se acentúa por la sombra que esa gloria posterior arroja sobre ellos. Sin embargo su influencia fue tanto extendida como peligrosa y hubo un momento en que pareció que nos iría a socavar por completo. Los Concilios de la Iglesia tomaron muy pronto conciencia de lo que estaba sucediendo, pero el fenómeno era difícil de definir y de controlar. En Arras, en Flandes, a una fecha tan temprana como 1025, un Concilio condenó ciertas proposiciones herejes de esa clase. Otra vez a mediados de ese siglo, en 1049, hubo una condena más general emitida por un Concilio reunido en Reims, en Champagne.

Toda la influencia pendió como un miasma o como una niebla ponzoñosa que se mueve sobre la superficie de un ancho valle y se estaciona a veces aquí y a veces allá. Comenzó a concentrarse y tomar forma de un modo fuerte en el Sur de Francia y sería

allí en dónde se produciría el choque definitivo entre ella y la fuerza organizada de la Europa Católica.

En su definición y fortalecimiento a la herejía la ayudó el efecto de la primer gran marcha Cruzada que sacudió a toda Europa y la inundó de nuevas influencias procedentes del Este a la par que estimuló toda clase de actividades en el Oeste. Esa marcha, como hemos visto en una página anterior, coincidió con el final exacto del Siglo XI. Jerusalén fue capturada en 1099. Fue en el siglo siguiente, en el XII (1.100 a 1200 DC) que se manifestaron sus efectos. Fue una época considerablemente avanzada si se la compara con las anteriores. Comenzaban a surgir las universidades, así como los cuerpos de representantes llamados parlamentos, y apareció el primer arco apuntado, el "gótico". La totalidad de la verdadera Edad Media empezó a brotar de la tierra. En esa atmósfera de vigor y crecimiento los cátaros se fortalecieron de la misma manera en que lo hicieron también todas las demás fuerzas que los rodeaban. Fue a principios de este Siglo XII que el fenómeno comenzó a ser alarmante y antes de promediar el siglo los franceses del Norte ya estaban urgiendo al papado a actuar.

El papa Eugenio envió un Legado al Sur de Francia para ver qué se podía hacer y San Bernardo, el gran orador ortodoxo de ese vital período, predicó contra ellos. Pero no se empleó la fuerza. No había una verdadera organización preparada para hacerle frente a los herejes, si bien las personas previsoras estaban demandando una acción vigorosa para que la sociedad pudiese salvarse. Al final, el peligro se volvió alarmante. En 1163 un gran Concilio de la Iglesia, celebrado en Tours, estableció la característica y el nombre por el cual se designaría el fenómeno. El nombre fue el de "albigenses", y ha quedado desde entonces.

Es un título engañoso. El distrito albigense (conocido en francés como "Albigeois") es prácticamente el mismo que el Departamento de Tarn, en las montañas francesas centrales: un distrito cuya capital es la ciudad de Albi. No hay duda de que algunos de los misionarios herejes provinieron de allí y sugirieron ese nombre, pero la fuerza del movimiento no estuvo allá en las escasamente pobladas montañas sino en las ricas planicies hacia el Mediterráneo, en aquella región que se llamaba "*Langue d'Oc*"; un gran distrito cuya capital era Tolouse. Ya unos años antes de que el Concilio de Tours estableciese la etiqueta y el nombre del movimiento ahora subversivo, Pedro de Bruys había predicado las nuevas doctrinas por el "*Langue d'Oc*" y, con él, un compañero de nombre Enrique había deambulado predicándolas en Lausanne, en lo que es la Suiza actual, y más tarde en Le Mans, en Francia del Norte. Es de notar que la población se exasperó tanto con el primero de los nombrados que lo tomaron prisionero y lo quemaron vivo.

Pero hasta ese momento no se produjo ninguna acción oficial contra los "albigenses" y todavía se les permitió desarrollar rápidamente sus fuerzas durante años y más años, con la esperanza de que las armas espirituales fuesen suficientes para hacerles frente. El papado esperó contra toda esperanza la posibilidad de encontrar una solución pacífica. El punto de inflexión se produjo en 1167. Los albigenses, plenamente organizados ya como una contra-Iglesia (en forma bastante similar a cómo el calvinismo se organizaría en contra-Iglesia cuatrocientos años más tarde), celebraron un concilio general propio en Tolouse y se hizo evidente que la mayor parte de la pequeña nobleza – que, compuesta por Señores de poblados individuales, constituía la masa del poder militar en el centro de Francia – se hallaba en favor del movimiento. En aquellos días Europa Occidental no estaba organizada, como lo está hoy, en grandes naciones centralizadas. Era lo que se llama "feudal". Señores de pequeños distritos se agrupaban bajo Señores más poderosos y éstos, a su vez, bajo hombres muy poderosos que

constituían la autoridad en provincias unificadas pero débilmente aglutinadas. En realidad, el verdadero soberano local era un duque de Normandía, un conde de Tolouse, o un conde de Provenza. Le debía honores y fidelidad al Rey de Francia, pero nada más.

Ahora bien, la masa de estos Señores menores del Sur favoreció al movimiento – como que desde entonces muchos otros movimientos herejes han sido favorecidos por la misma clase de hombres – porque a través de él percibían la posibilidad de un beneficio privado obtenido a costa de los bienes territoriales de la Iglesia. Ése había sido siempre el motivo principal de estas revueltas. Pero había otro motivo adicional: los celos que se sentían en la Francia del Sur contra el espíritu y el carácter de la Francia del Norte. Existía una diferencia de idioma y una diferencia de carácter entre las dos mitades de lo que nominalmente constituía la monarquía francesa. Los franceses del Norte comenzaron a clamar otra vez por la supresión de la herejía del Sur y, con ello, encendieron la llama. Al final, el 1194, después de la pérdida de Jerusalén y del fracaso de la Tercera Cruzada en recuperarla, el fenómeno estalló. Ese año, el conde de Tolouse, el soberano local, tomó partido por los herejes. Por fin, el gran papa que fue Inocencio III comenzó a moverse. Era más que tiempo de hacerlo; de hecho, casi ya era demasiado tarde. El papado había aconsejado optar por una demora, con la tenue esperanza de obtener la paz espiritual por medio de la predicación y el ejemplo; pero el único resultado de la demora fue dejar que el mal creciera hasta adquirir dimensiones que ponían en peligro a toda nuestra cultura.

Hasta qué punto esa cultura se hallaba en peligro es algo que puede verse por los principales dogmas que se enseñaban y practicaban abiertamente. Se abandonaron todos los sacramentos. En su lugar se adoptó un extraño ritual, llamado "la consolación", en el cual se profesaba que se purificaba el alma. Se atacó la propagación de la especie; se condenó el matrimonio y los líderes de la secta difundieron todas las extravagancias que es dado encontrar alrededor del maniqueísmo o del puritanismo, sea dónde fuere que éste aparezca. El vino era maléfico; la carne era maléfica; la guerra estaba siempre absolutamente mal, del mismo modo que la pena capital. Pero el pecado más imperdonable era la reconciliación con la Iglesia Católica. En esto también lo albigenses se ajustaron al modelo. Todas las herejías hacen de ello su punto principal.

Se hizo obvio que el fenómeno tenía que terminar en una decisión por las armas ya que, a esta altura, el gobierno local del Sur estaba apoyando esta nueva contra-Iglesia altamente organizada y, si la misma se hacía tan sólo un poco más fuerte, toda nuestra civilización colapsaría ante ella. La simplicidad de la doctrina, con su sistema dual del bien y del mal, con su negación de la Encarnación y los principales misterios cristianos y su anti-sacramentalismo, su denuncia de la riqueza clerical y su patrioterismo chauvinista – todo esto comenzó a atraer a las masas en las ciudades al igual que a los nobles. Aún así, Inocencio, por más grande que haya sido como papa, aún vacilaba como tiende a vacilar todo estadista antes de apelar concretamente a las armas; pero hasta él, justo antes del fin del Siglo, insinuó la necesidad de una cruzada.

Cuando viniese el combate, necesariamente sería algo así como la conquista de la parte Sur de Francia – o más bien de su rincón Sudoriental, entre el Ródano y las montañas, con Toulouse como capital – por parte de los barones del Norte.

Sin embargo, la cruzada se detuvo. El cambio de Siglo pasó y sólo después Raimundo, conde de Toulouse (Raimundo VI), asustado por la amenaza del Norte, prometió cambiar y le retiró su apoyo al movimiento subversivo. Hasta prometió exiliar a los líderes de la ahora ya fuertemente organizada contra-Iglesia. Pero no fue sincero. Sus simpatías siguieron estando con sus semejantes del Sur, con la masa de

combatientes, con sus partidarios, con los pequeños Señores del *Langue d'Oc*, quienes estaban profundamente involucrados con las nuevas doctrinas. Santo Domingo de Guzmán, proveniente de España, se convirtió por la fuerza de su carácter y la rectitud de su intención en el alma de la reacción en ciernes. En 1207 el papa le pidió al Rey de Francia, en su condición de soberano y Señor con autoridad sobre Toulouse, que utilizara la fuerza. Casi todas las ciudades del Sureste ya se hallaban afectadas. Muchas estaban completamente en manos de los herejes y cuando Castelnau, el Legado papal, fue asesinado – presumiblemente con la complicidad del conde de Toulouse – la demanda de una cruzada se renovó y enfatizó. Poco después de este asesinato comenzaron los combates.

El hombre que se destacó como el mayor líder de la campaña fue cierto Señor, no muy importante y más bien pobre, de un señorío norteño – un lugar pequeño pero fortificado llamado Monfort, a un día de marcha desde París por el camino a Normandía.

Todavía pueden verse las ruinas del lugar, de pié aún entre la arbolada campiña que las rodea. Queda algo al Norte del camino principal entre París y Chartres: un cerro abrupto, más bien aislado, en medio del paisaje. A ese pequeño cerro aislado y fortificado le había quedado el nombre de "el cerro fuerte" (mont fort) y Simón tomó su nombre de ese ancestral señorío.

Cuando la lucha comenzó, Raimundo de Toulouse se hallaba al final de su sabiduría. El Rey de Francia se estaba convirtiendo en más poderoso de lo que había sido. Hacía poco había confiscado las propiedades y todos los señoríos de los Plantagenetas en el Norte de Francia. Juan, el rey Plantageneta de Inglaterra, que hablaba en francés como lo hacía toda la clase superior de Inglaterra en aquellos días, era también (bajo el Rey de Francia) Señor de Normandía , de Maine y de Anjou; y, por herencia materna, Señor de la mitad del país al Sur del Loira: Aquitania. Toda la parte Norte de estas extensas posesiones que iban desde el Canal de la Mancha hasta las montañas centrales habían caído de un sólo golpe en manos del Rey de Francia cuando los pares de Juan de Inglaterra lo condenaron a perderlas. Raimundo de Tolouse temía correr la misma suerte. Pero aún se sentía tibio. A pesar de que marchó con los cruzados en contra de algunas de sus propias ciudades rebeladas contra la Iglesia, en su corazón deseaba que los norteños fuesen derrotados. Ya había sido excomulgado una vez. Volvió a serlo en Avignón, en 1209, el primer año de la lucha principal.

Esa lucha fue muy violenta. Se produjo una espantosa carnicería con el saqueo de las ciudades, y apareció lo que el papa más había temido: el peligro de que los motivos financieros concurriesen a envenenar el ya de por sí horrendo asunto. Los Señores del Sur naturalmente demandarían que las propiedades de los herejes conquistados se distribuyesen entre ellos. Hubo aún otro intento de reconciliación, pero Raimundo de Tolouse, probablemente desesperado por la previsión de que lo dejasen solo, se preparó para resistir. En 1207 fue declarado fuera de la ley por la Iglesia y, al igual que Juan, sus posesiones se le dieron por perdidas de acuerdo con la ley feudal.

El momento crítico de toda la campaña vino en 1213. Es probable que las fuerzas de los barones franceses del Norte hubieran superado en fuerza a las del Sur si Raimundo de Toulouse no hubiera podido conseguir aliados. Pero dos años después de su excomunión final y su desposesión, aparecieron de pronto en escena aliados muy poderosos que se pusieron de su lado. Pareció seguro que la marea se revertiría y que la causa albigense resultaría triunfadora. Con su victoria, colapsaría el reino de Francia y la causa católica en Europa Occidental. Ese corto período de años fue, por lo tanto, decisivo para el futuro. Fue entonces que una gran coalición, conducida por el ahora

despojado Juan y apoyada por los alemanes, marchó contra el rey de Francia en el Norte y fracasó. Venciendo grandes dificultades, el rey francés consiguió la victoria de Bouvines, cerca de Lille (29 de Agosto de 1214). Pero ya el año anterior otra victoria decisiva de los Señores del Norte contra los albigenses del Sur había preparado el camino.

Los nuevos aliados que vinieron en auxilio del conde de Toulouse fueron los españoles, procedentes del lado Sur de los Pirineos, los hombres de Aragón. Hubo una enorme hueste de ellos, conducida por su rey, el joven Pedro de Aragón, cuñado de Raimundo de Toulouse. Un borrachín, pero hombre de una temible energía, no era una persona incompetente al momento de conducir una campaña. Condujo algo así como cien mil hombres (número que incluye a auxiliares y seguidores de campamento) a través de las montañas directamente para aliviar la situación de Toulouse.

Muret es un pequeño pueblo al suroeste de la capital de Raimundo, ubicado aguas arriba del Garona, a un día de marcha de la Toulouse propiamente dicha. La enorme hueste española, que no tenía un interés directo en la herejía en si misma pero sí un fuerte interés en debilitar el poder de los franceses, estaba acampada en el campo llano que se encuentra al Sur del pueblo de Muret. Contra ellos, la única fuerza activa disponible era la de unos mil hombres bajo el mando de Simon de Monfort. Las chances parecían ridículas: uno contra cien. Por supuesto que no eran ni remotamente tan desfavorables como parece porque los mil hombres eran nobles escogidos, armados y montados. Las fuerzas de caballería de las huestes españolas probablemente no ascendían a más de tres a cuatro mil, estando el resto del cuerpo español constituido por infantería, buena parte de la cual se hallaba desorganizada. Pero aún así, las adversidades eran tales que el resultado constituyó una de las cosas más sorprendentes de la Historia.

Fue en la mañana del 13 de septiembre de 1213. Los mil hombres del lado católico, formando con Simon a la cabeza, asistieron a misa montados sobre sus caballos. La misa fue cantada por Santo Domingo en persona. Por supuesto, sólo los jefes y unas pocas filas de seguidores pudieron estar presentes en la iglesia – en la cual todos permanecieron montados – pero, a través de las puertas abiertas, todo el resto de la pequeña fuerza pudo observar el Sacrificio. Terminada la misa, Simón cabalgó hasta ubicarse al frente de su pequeña banda, tomó por un rodeo hacia el Oeste y luego se lanzó con una carga repentina sobre las huestes de Pedro que aún no se habían formado adecuadamente y se hallaban mal preparadas para recibir el choque. Los mil caballeros norteños de Simon destruyeron a sus enemigos por completo. Las huestes aragonesas se convirtieron en una nube de hombres en fuga, completamente divididas y no representando ya a una fuerza combativa. Pedro mismo resultó muerto.

Muret es un nombre que siempre debería ser recordado como una de las batallas decisivas del mundo. De haber fallado, toda la campaña hubiera fracasado. Probablemente Bouvines nunca se hubiera librado y las probabilidades son tales que la monarquía francesa misma hubiera colapsado, subdividiéndose en clases feudales independientes de todo Señor central.

Una de las muchas cosas desalentadoras en la enseñanza de la Historia es observar que la importancia suprema del lugar y de la acción que se libró allí aún siguen casi sin ser reconocidas. Un autor norteamericano le ha hecho plena justicia en un libro p0r demás acertado, y me refiero al volumen "The Inquisition" (La Inquisición) del Sr. Hoffman Nickerson. No conozco otra monografía en inglés sobre este asunto que merezca tanto como ésta en primera fila en materia de enseñanza histórica. Si Muret se

hubiera perdido en lugar de ganarse por milagro, no sólo la monarquía francesa se hubiera debilitado y en Bouvines nunca se hubiera triunfado, sino que la nueva herejía se hubiera impuesto con casi total certeza. Con ello, nuestra cultura Occidental, mutilada, hubiera caído por tierra.

Porque el país sobre el cual los albigenses mantenían su poder era el más rico y el mejor organizado de Occidente. Poseía la más alta cultura, dominaba el comercio del Mediterráneo Occidental con el gran puerto de Narbona, constituía la valla de contención de todos los esfuerzos del Norte hacia el Sur, y su ejemplo hubiera sido seguido de modo inevitable. Tal como sucedieron las cosas, la resistencia albigense colapsó. Los norteños ganaron su campaña y el Sur se hallaba económicamente semi-arruinado y debilitado en su poder de intentar una revolución contra la ahora poderosa monarquía central de París. Por ello es que Muret debería contar, junto con Bouvines, como la fundación de esa monarquía y, con ella, de la alta Edad Media. Muret abre y sella el Siglo XIII – el Siglo de San Luis, de Eduardo de Inglaterra y de toda la ebullición de la cultura occidental.

En cuanto a la herejía albigense en si misma, fue atacada políticamente tanto por organizaciones civiles y eclesiásticas como por la fuerza de las armas. La primera Inquisición surgió por la necesidad de extirpar los restos de la enfermedad. (Es significativo que una persona que se declarara inocente ¡sólo tenía que demostrar que estaba casada para ser absuelta! Eso demuestra la naturaleza de la herejía.)

Bajo el triple golpe de pérdida de riqueza, pérdida de organización militar y una completa erradicación política, este fenómeno maniqueo pareció desaparecer en un siglo. Pero sus raíces se extendían por debajo de la superficie y desde allí, ya sea por la secreta tradición de los perseguidos o por la misma naturaleza de la tendencia maniquea, reaparecería con certeza bajo otras formas. Acechó en las montañas centrales de la propia Francia y, en formas emparentadas, acechó en los valles de los Alpes. Es posible trazar una especie de vaga continuidad entre los albigenses y los grupos puritanos posteriores, tales como los Vaudois; del mismo modo en que es posible rastrear algún tipo de conexión entre los albigenses y las anteriores herejías maniqueas. Pero el fenómeno principal, el fenómeno conocido por el nombre de albigense – el peligro que resultó tan próximo a ser mortal para Europa – fue destruido.

Lo fue a un costo espantoso: la mitad de una alta civilización material quedó destruida y se generaron memorias de odio que ardieron bajo la superficie durante generaciones enteras. Pero el precio valió la pena porque Europa se salvó. La familia de Toulouse fue readmitida en su posición y títulos; sus posesiones no pasaron a la corona francesa sino hasta mucho más tarde. Pero su antigua independencia terminó y, con ella, se acabó esa amenaza a nuestra cultura a la que tan poco le faltó para tener éxito.

Capítulo 6
¿Qué fue la Reforma?

El movimiento generalmente llamado "La Reforma" merece un lugar aparte en la Historia de las grandes herejías, y esto por las siguientes razones:

1. No fue un movimiento en particular sino uno general, esto es: no produjo una herejía particular que habría podido ser debatida, analizada y condenada por la autoridad de la Iglesia como hasta ahora fue el caso de toda otra herejía o movimiento hereje. Después de que las distintas proposiciones herejes fueran condenadas, tampoco estableció (como lo hizo al mahometanismo o el movimiento albigense) una religión separada por encima y en contra de la antigua ortodoxia. Más bien creó una cierta atmósfera moral, separada, que aún seguimos llamando "protestantismo". De hecho, produjo toda una cosecha de herejías, pero no una herejía, y su característica fue que todas sus herejías adquirieron y prolongaron un estilo común: ése que llamamos "protestante" hasta el día de hoy.

2. Si bien los frutos inmediatos de la Reforma decayeron, del mismo modo en que lo hicieron muchas otras herejías del pasado, la disrupción que produjo permaneció y el móvil principal – la reacción contra una autoridad espiritual unida – continuó tan en vigor que rompió a la civilización europea de Occidente, impulsó al final una duda general y se expandió más y más ampliamente. Ninguna de las herejías más antiguas había hecho eso ya que cada una de ellas fue específica. Cada una de ellas se había propuesto suplantar o rivalizar con la Iglesia Católica existente. Por el contrario, el movimiento de la Reforma propuso más bien disolver a la Iglesia Católica – ¡y sabemos hasta qué medida el esfuerzo ha tenido éxito!

Lo más importante de la Reforma es entenderla. No sólo seguir su Historia etapa por etapa – un procedimiento siempre necesario para entender cualquier cuestión histórica – sino aprehender su naturaleza esencial.

En esto último, a las personas modernas les resulta muy fácil equivocarse; especialmente a las personas del mundo angloparlante. Las naciones que conocemos quienes hablamos en inglés son, con la excepción de Irlanda, predominantemente protestantes; y aún así albergan (con la excepción de Gran Bretaña y África del Sur) grandes minorías católicas.

En ese mundo angloparlante (al cual está dirigido este escrito) existe una conciencia plena de lo que fue el espíritu protestante y de lo que ha llegado a ser en sus modificaciones actuales. Todo católico que vive en ese mundo angloparlante conoce lo que significa el temperamento protestante del mismo modo en que conoce el sabor de algún alimento habitual, o de una bebida, o el aspecto de alguna vegetación familiar. En menor grado las grandes mayorías protestantes – en Gran Bretaña esa mayoría es abrumadora – tienen alguna idea de qué es la Iglesia Católica. Saben mucho menos de nosotros de lo que nosotros sabemos de ellos. Eso es natural, ya que nosotros procedemos de orígenes más antiguos, porque somos universales mientras ellos son regionales y porque nosotros sostenemos una filosofía intelectual definida mientras ellos poseen un espíritu más bien emocional e indefinido, aunque característico.

Aún así, a pesar de que saben menos de nosotros de lo que nosotros sabemos de ellos, son conscientes de una diferencia y sienten que hay una aguda división entre ellos y nosotros.

Ahora bien, en la actualidad, tanto católicos como protestantes tienden a cometer un error histórico capital. Tienden a considerar al catolicismo por un lado y al protestantismo por el otro como dos sistemas religiosos y morales esencialmente opuestos que producen en sus miembros individuales, desde los mismos orígenes del movimiento, características morales opuestas y hasta fuertemente contrastantes. Toman por cierta esta dualidad incluso desde el comienzo del proceso. Los historiadores que escriben en inglés a ambos lados del Atlántico hablan de cualquier Fulano (aún a principios del Siglo XVI) calificándolo de "protestante" y de algún otro Mengano como "católico". Es cierto que los contemporáneos de esas personas también utilizaron dichos términos, pero emplearon las palabras en un sentido muy diferente y con muy distintos sentimientos. Por todo el lapso de una vida humana después de comenzado el movimiento llamado de "La Reforma" (digamos entre 1520 hasta 1600) las personas se mantuvieron en una actitud mental que consideró a toda la disputa religiosa dentro de la Cristiandad como algo ecuménico. La pensaron como un debate en el cual toda la Cristiandad se hallaba involucrada y como algo sobre lo cual se tomaría alguna clase de decisión final válida para todos. Se pensaba que esta decisión se aplicaría a la Cristiandad como un todo y traería consigo una paz religiosa general.

Como he dicho, este estado mental perduró por el lapso de toda una larga vida humana – pero su atmósfera duró mucho más. Europa no se resignó a aceptar la desunión religiosa por el lapso de otra vida humana adicional. La renuente decisión de sacar lo mejor del desastre no se vuelve evidente – como veremos – hasta la Paz de Westfalia, 130 años después del primer desafío de Lutero; y la separación completa de católicos y protestantes no se concretó sino otros cincuenta años más tarde; aproximadamente entre 1690 y 1700.

Es de primordial importancia apreciar esta verdad histórica. Sólo unos pocos de los más amargos o ardientes reformadores se lanzaron a destruir al catolicismo como algo separado del cual eran conscientes y al cual odiaban. Menos aún se dirigió la mayoría de los reformadores a establecer alguna otra contra-religión unificada.

A lo que se dedicaron (como ellos mismos lo formularon y como se dijo durante un siglo y medio antes del gran alzamiento) fue a "reformar". Declararon su intención de purificar a la Iglesia y de restaurarla en sus virtudes originales de llaneza y simplicidad. De diferentes maneras (y los distintos grupos diferían en casi todo excepto en su cada vez mayor reacción en contra de la unidad) expresaron su intención de librarse de las excrescencias, supersticiones y falsedades históricas siendo que de ellas, sabe Dios, disponían de toda una multitud para atacar.

Por el otro lado, durante este período de la Reforma, la defensa de la ortodoxia se concentró no tanto en destruir un fenómeno específico (como lo es el espíritu protestante actual) sino en restaurar la unidad. Durante al menos sesenta años, y aún por ochenta años – más que el lapso de vida plenamente activo de un hombre longevo – las dos fuerzas activas, la Reforma y el Conservadorismo, fueron de esta naturaleza: entrelazadas, cada una de ellas afectando a la otra y cada una esperando volverse universal al final.

Por supuesto, a medida que transcurrió el tiempo los dos partidos tendieron a convertirse en dos ejércitos hostiles, en dos campos separados, y por último se produjo

la separación completa. Lo que había sido la Cristiandad unida de Occidente se quebró en dos fragmentos: uno que de allí en más sería la cultura protestante y otro de cultura católica. A partir de allí, cada uno de ellos se reconocería a si mismo y a su propio espíritu como algo separado y hostil al otro. También cada uno creció asociando el nuevo espíritu con su propia región, o nacionalidad, o ciudad-Estado: Inglaterra, Escocia, Hamburgo, Zurich, y todos los demás.

Después de la primera fase (que, naturalmente, abarcó el lapso de una vida humana) vino una segunda que cubrió otro lapso igual. Si uno conviene en expandirla justo hasta la expulsión de los reyes Estuardos católicos de Inglaterra, cubrió incluso algo más que una vida humana – cerca de cien años.

En esta segunda fase, los dos mundos, el protestante y el católico, están conscientemente separados y son conscientemente antagonistas. Es un período bastante lleno de combates efectivos: las "guerras de religión" en Francia e Irlanda y, sobre todo, en las amplias regiones de habla germánica de Europa Central. Bastante antes de que estos enfrentamientos de hecho terminaran, los dos adversarios habían "cristalizado" en una forma permanente. La Europa católica terminó aceptando como aparentemente inevitable la pérdida de lo que hoy son los Estados y las ciudades protestantes. La Europa protestante perdió toda esperanza de afectar permanentemente con su espíritu aquella otra parte de Europa que había sido salvada para la Fe. El nuevo estado de cosas quedó establecido por los principales tratados que terminaron con las guerras religiosas en Alemania (a medio camino entre 1600 y 1700). Pero el conflicto continuó esporádicamente por al menos cuarenta años más y partes de las fronteras entre las dos regiones seguían fluctuando aún al final de ese período adicional. Las cosas no se consolidaron en dos mundos separados sino hasta 1688 en Inglaterra o, incluso 1715, si consideramos a la totalidad de Europa.

A fin de tener la cuestión clara en nuestras mentes es bueno disponer de fechas fijas. Podemos tomar como origen del conflicto manifiesto al alzamiento violento conectado con el nombre de Martín Lutero en 1517. Para 1600 el movimiento, como movimiento general europeo, se había diferenciado bastante bien en un mundo protestante opuesto al católico y la lucha se dirimía para decidir si dominaría el primero o el segundo y no para decidir si prevalecería una filosofía o la otra a través de nuestra civilización; si bien, como he señalado, muchos aún esperaban que, al final, la antigua tradición católica se extinguiría o bien que, al final, la Cristiandad volvería en un todo a ella.

La segunda fase comienza, digamos, en una fecha tan tardía como 1606 en Inglaterra, o algunos años antes en el Continente, y no termina en una fecha precisa pero, hablando en términos generales, llega a su fin durante los últimos veinte años del Siglo XVII. Termina en Francia antes que en Inglaterra. Termina entre los Estados alemanes – por agotamiento más que por otra razón – aún antes que en Francia, pero se puede decir que la idea de un conflicto religioso directo se estaba transformando en la idea de un conflicto político hacia 1670, o 1680 aproximadamente. Las guerras religiosas activas corresponden a la primera parte de esta fase. Terminaron en Irlanda hacia mediados del Siglo XVII y en Alemania algunos años antes; pero el fenómeno siguió siendo concebido como un asunto religioso a una fecha tan tardía como 1688 y aún más tarde en aquellas partes en donde el conflicto se mantuvo.

Hacia mediados del Siglo XVII, en los tiempos de Cromwell, (1649-58), Gran Bretaña era definitivamente protestante y seguiría siéndolo, a pesar de poseer una gran minoría católica. [14] Lo mismo se aplica a Holanda. Escandinavia hacía rato que se

había hecho protestante en forma permanente gracias a sus personajes adinerados, y lo mismo ocurrió en los principados y Estados del Imperio Germánico, especialmente en el Norte. Otros (principalmente en el Sur) se mantendrían claramente católicos en el futuro y en bloque.

De los Países Bajos (lo que hoy conocemos como Holanda y Bélgica), el Norte (Holanda) sería oficialmente protestante con una gran minoría católica mientras que el Sur (Bélgica) sería casi completamente católica con difícilmente algún elemento protestante en absoluto.

Los cantones suizos se dividieron en forma muy similar a como lo hicieron los alemanes. Algunos se volvieron católicos, otros protestantes. Francia sería católica en su mayor parte pero con una minoría protestante, poderosa y rica aunque no muy grande, constituyendo el 10% como máximo y probablemente más cerca de un 5% del total. España, Portugal e Italia se consolidaron en forma permanente reteniendo las tradiciones de la cultura católica.

De modo que estamos por seguir la Historia de dos épocas sucesivas que gradualmente cambian de carácter. La primera, desde un poco antes de 1520 hasta aproximadamente 1600, es una época de debate y conflicto universales. La segunda es una época de fuerzas claramente contrapuestas que se vuelven tan políticas como religiosas y se definen con cada vez mayor nitidez en dos bandos hostiles.

Cuando todo lo anterior había pasado, es decir hacia el final del Siglo XVII – o principios del XVIII, hace más de doscientos años – se produjeron dos nuevos procesos. Por un lado se extendió la duda y un espíritu anticatólico dentro de la misma cultura católica. Por el otro lado, si bien en la cultura protestante no existía una doctrina tan definida a desafiar y se produjo una menor división interna, emergió un sentimiento cada vez más intenso en cuanto a que las diferencias religiosas tenían que ser aceptadas. Fue un sentimiento que, en un número cada vez mayor de individuos, creció hasta convertirse en la convicción – en un principio secreta pero más tarde explícita – de que en materia religiosa nada podía saberse con certeza y que, por lo tanto, la tolerancia de todas las opiniones al respecto era la actitud razonable a adoptar.

Paralelamente a este proceso se desarrolló la lucha política entre las naciones originalmente de cultura católica y las regiones de la nueva cultura protestante. Durante el Siglo XIX la preponderancia del poder se desplazo gradualmente hacia el lado de los protestantes, liderados por las dos principales potencias anticatólicas: Inglaterra y Prusia, simbolizadas a veces con sus dos capitales como "Londres y Berlín". Se ha dicho que "Londres y Berlín fueron los dos pilares gemelos del dominio protestante durante el Siglo XIX". Y esa apreciación es correcta.

Éste sería, pues, el proceso que estamos a punto de ver. El lapso de una vida humana ocupado por un conflicto de ideas por todas partes; otro lapso semejante con una separación regional cada vez mayor y con un conflicto que se vuelve cada vez más político que religioso. Luego, un Siglo – el XVIII – de escepticismo en aumento debajo del cual las características de las culturas protestante y católica se mantuvieron, si bien ocultas. Luego otro siglo – el XIX – durante el cual la lucha política entre las dos culturas fue bastante obvia y la protestante continuamente incrementó su poder a expensas de la católica dado que ésta estuvo más dividida en su seno que la protestante. Francia, la potencia líder de la cultura católica, fue – al menos la mitad de ella – anticlerical en los días de Napoleón al tiempo que Inglaterra era, tal como sigue siendo, sólidamente anticatólica.

Los orígenes de ese gran movimiento que sacudió y dividió por generaciones al mundo espiritual y que llamamos la "Reforma", vale decir: el acopio de materiales para la explosión que sacudiría a la Cristiandad en el Siglo XVI, cubre el período de al menos dos vidas humanas antes de producirse en 1517 el acto principal de rebelión contra la unidad religiosa.

Muchos han tomado como punto de partida al abandono de Roma por parte del Papado y a su establecimiento en Avignon, cosa que sucedió más de doscientos años antes del surgimiento de Lutero.

Hay algo de cierto en esta postura pero se trata de una verdad muy imperfecta. Todo tiene una causa, y toda causa tiene otra detrás de ella y así sucesivamente. El hecho que el Papado abandonara Roma, poco después del 1300, debilitó por cierto la estructura de la Iglesia pero, en si, no fue fatal. Hablando de buscar el punto de partida principal es mejor tomar esa terrible catástrofe que fue la plaga hoy conocida como "la Muerte Negra" (1348-50), cuarenta años después del abandono de Roma. Podría ser aún más satisfactorio tomar como punto inicial a la apertura del gran cisma, cerca de treinta años después de la Muerte Negra, una fecha después de la cual por toda una generación la autoridad del mundo católico fue casi mortalmente herida por los conflictos de papas y anti-papas, pretendientes rivales a la suprema autoridad de la Santa Sede. De cualquier manera, antes de la Muerte Negra de 1348-50 y antes de la apertura del cisma, hay que comenzar con el abandono de Roma por parte de los Papas.

La Santa Sede, como autoridad central de la Cristiandad, hacía tiempo que estaba involucrada en una querella mortal con el poder secular de lo que se llamaba "El Imperio", esto es, con los emperadores de origen germánico que tenían una autoridad general – aunque muy complicada, variada y, con frecuencia, sólo en las sombras – no solamente en los países de habla alemana sino también en el Norte de Italia y el cinturón de lo que hoy es el Este de Francia, además de los Países Bajos y algunos grupos de eslavos.

Una generación antes de que los Papas abandonaran Roma, esta querella llegó a su culminación bajo uno de los hombres más inteligentes y más peligrosos que jamás gobernaran a la Cristiandad – el Emperador Federico II – cuyo poder era tanto más grande porque había heredado no sólo el antiguo y diversificado gobierno sobre los Estados germánicos, los Países Bajos y lo que hoy llamamos Francia Oriental, sino también el Este y el Sur de Italia. La totalidad de Europa Central, excepto los Estados gobernados inmediatamente por el Papa en el medio de Italia, estaba en mayor o en menor medida bajo la sombra de Federico y sus pretensiones soberanas. Desafió a la Iglesia y el Papado venció, con lo cual la Iglesia se salvó; pero el Papado, como poder político, salio exhausto del conflicto.

Como sucede con tanta frecuencia, fue un tercero el que se benefició del violento duelo de los dos actores principales. Fue el rey de Francia quien ahora se convirtió en la potencia principal y por setenta años, esto es: durante toda la mayor parte del Siglo XIV (de 1307 a 1377) el Papado se convirtió en algo francés, con los Papas residiendo en Avignon (en dónde su gran palacio subsiste al día de hoy, constituyendo un espléndido monumento de aquél tiempo y de su significado) y siendo, después del cambio, mayormente franceses los hombres elegidos para ocupar el cargo de Papa.

Este cambio (o más bien interludio, ya que el cambio no fue permanente) cayó justo en el momento en que un espíritu nacional comenzaba a desarrollarse en varias regiones de Europa, particularmente en Francia. Tanto más golpeó las conciencias de

aquella época el peculiar carácter francés del Papado. Por su propia naturaleza, el Papado debe ser universal. Que fuese nacional resultó abominable para los europeos occidentales de aquél tiempo.

La tendencia de la Cristiandad occidental a dividirse en compartimentos separados y de perder la unidad plena que había tenido durante tanto tiempo aumentó debido al fracaso de las Cruzadas – las cuales, mientras se mantuvieron activas, actuaron de fuerza unificadora presentándole un ideal común a toda la caballería cristiana. Esta tendencia también aumentó por lo que se ha dado en llamar la Guerra de los Cien Años; y no es que durara continuamente esa cantidad de años pero, desde la primera batalla hasta la última se puede contabilizar casi ese lapso de tiempo.

La Guerra de los Cien Años fue un conflicto entre la dinastía de habla francesa que gobernaba a Inglaterra, apoyada por la clase superior inglesa que también era francófona (toda la clase superior inglesa hablaba en francés aún a fines del Siglo XIV), y la igualmente francófona monarquía francesa con su clase superior en Francia misma. La familia real inglesa de habla francesa era la de los *Plantagenetas* y a la familia real francesa se la conoce como la de los *Capetos*.

La monarquía francesa capeta había descendido regularmente de padres a hijos por generaciones hasta que se produjo una sucesión disputada después de 1300, poco después de que el Papa se mudase a Avignon en Francia. El joven Eduardo Plantageneta, el tercero de ese nombre, el francófono Rey de Inglaterra, reclamó el trono francés por la vía de su madre, la hermana del último rey que no tenía hijos. El rey capeto Felipe, primo del rey fallecido, reclamó el mismo trono en su calidad de varón, luego de que sus abogados inventaran el alegato de que las mujeres no podían ni heredar, ni transmitir, a la monarquía francesa. Eduardo ganó dos notables campañas, las de Crecy y la de Poitiers y casi tuvo éxito en establecerse como Rey de Francia. Después sobrevino un largo impasse durante el cual las fuerzas plantagenetas fueron expulsadas de Francia, excepto en el suroeste. A lo cual siguió una reunión de los plantagenetas después de que la usurpadora rama Lancasteriana de la familia se hiciese del trono de Inglaterra y consolidara su injusto poder. Volvieron a fogonear la guerra en Francia (bajo Enrique V de Inglaterra) y llegaron mucho más cerca de tener éxito que sus antecesores porque Francia se hallaba en un estado de guerra civil. De hecho, el gran soldado del período, Enrique V de Inglaterra, al casarse con la hija del rey de Francia y después de declarar que el hermano de ésta era ilegítimo, consiguió que su pequeño hijo fuese coronado como rey francés. Pero la disputa no terminó allí.

Todos sabemos cómo fue que terminó. Finalizó con las campañas de Juana de Arco y sus sucesores, y con el colapso definitivo de la pretensión plantageneta. Pero, por supuesto, el conflicto había fomentado los sentimientos nacionales y todo fortalecimiento de los ahora crecientes sentimientos nacionales en la Cristiandad concurrían a debilitar a la antigua religión.

En el medio de todo esto cayó algo mucho más importante todavía que esa disputa y fue algo que, como ya he señalado antes, tuvo mucho que ver con la deplorable división de la Cristiandad en naciones independientes separadas. Este lamentable incidente fue la terrible plaga conocida como "la Muerte Negra". El espantoso desastre se desató en 1347 y barrió a toda Europa de Este a Oeste. Lo asombroso es que nuestra civilización no colapsó porque murió un tercio de la población adulta con certeza, y probablemente más aún.

Como siempre sucede con las grandes catástrofes, hubo un "compás de espera" hasta que se sintieron los plenos efectos de la tragedia. Fue recién durante las décadas de los 1370 y 1380 que los efectos comenzaron a ser permanentes y en buena medida universales.

En primer lugar, como siempre sucede cuando los hombres son severamente puestos a prueba, los menos afortunados se volvieron violentamente hostiles hacia los más afortunados. Hubo alzamientos y movimientos revolucionarios. Se derrocaron príncipes, hubo un quiebre de continuidad de toda una pléyade de instituciones. Los nombres de las instituciones antiguas se mantuvieron, pero su espíritu cambió. Por ejemplo, los grandes monasterios de Europa mantuvieron sus antiguas riquezas pero quedaron reducidos a la mitad de su número.

La parte importante de estos efectos de la Muerte Negra, después de aproximadamente una generación, fue el surgimiento de Inglaterra como un país unido por un lazo común. La clase superior dejó de hablar en francés y los variados dialectos locales se fundieron en un lenguaje que se estaba convirtiendo en el lenguaje literario de una nueva nación. Es el período del *Piers Plowman*y de Chaucer.

La Muerte Negra no sólo sacudió la estructura física y política de la sociedad Europea. Comenzó a afectar a la Fe misma. El horror había generado demasiada desesperación.

Otro resultado directo de la Muerte Negra fue el "Gran Cisma" en el Papado. Los beligerantes reyes de Francia e Inglaterra, las facciones rivales en Francia misma y las autoridades menores de los Estados más pequeños continuamente tomaron partido por uno u otro pretendiente al Papado. De este modo, toda la idea de una autoridad espiritual central resultó socavada.

Otro factor disruptivo fue el crecimiento de las literaturas vernáculas, esto es: literaturas ya no expresadas generalmente en latín sino en la lengua local (francés del Norte o del Sur, inglés, alto o bajo alemán). Si cien años antes de 1347 se le hubiese preguntado a una persona: "¿Por qué tus oraciones deben estar en latín? ¿Por qué nuestras iglesias no utilizan nuestro propio idioma?", la pregunta hubiese sido ridiculizada; hubiera parecido no tener sentido. La misma pregunta formulada en 1447, hacia el final de la Edad Media, con las lenguas vernáculas que comenzaban a florecer, ya estaba llena de atractivo popular.

De la misma forma, quienes se oponían a una autoridad central podían señalar al Papado como algo local, como un fenómeno italiano, como algo del Sur. El Papa se estaba convirtiendo en un príncipe italiano en la misma medida en que era la cabeza de la Iglesia. Un caos social semejante se adaptaba admirablemente a ciertas herejías específicas; esto es: a movimientos particulares que cuestionaban doctrinas particulares. Una opinión muy popular, favorecida por los disturbios sociales de la época, fue la idea de que el derecho a la propiedad y a la función pública estaba unido a la Gracia; que la autoridad política o económica no podía ser rectamente ejercida excepto por personas en Estado de Gracia – ¡una muy conveniente excusa para toda clase de rebeliones!

Injertadas en esta disputa se produjeron violentos enfrentamientos entre el clero y los laicos. Los donativos a la Iglesia eran muy grandes y la corrupción, tanto en los establecimientos monásticos como entre los laicos, estaba aumentando. Las donaciones comenzaron a ser tratadas cada vez más como una renta de la que se podía disponer

destinándola a recompensas o a cualquier programa político. Incluso uno de los mejores Papas de aquél tiempo, un hombre que luchó contra el corrupto hábito de unificar muchos donativos en una sola mano, tenía siete obispados a su cargo como la cosa más natural del mundo.

Los sentimientos nacionales y raciales aprovecharon la confusión con movimientos como los de los husitas en Bohemia. Su pretexto contra el clero fue la demanda de restaurar el cáliz a los laicos en la Comunión, pero en realidad se hallaban motivados por el odio de los eslavos contra los alemanes. Huss es un héroe en Bohemia hasta el día de hoy. Durante el Gran Cisma papal se hicieron esfuerzos por restaurar la autoridad central sobre una base firme mediante la convocatoria de grandes concilios. Los mismos instaron a los Papas a renunciar y confirmaron nuevos nombramientos en el Papado. Pero en el largo plazo, al menoscabar la autoridad de la Santa Sede, debilitaron la idea de la autoridad en general.

Después de semejantes confusiones y disgustos tan complicados, particularmente después de la difusión y un creciente descontento con la mundanalidad del clero oficial, vino un despertar intelectual, una recuperación de los clásicos y en especial una recuperación del conocimiento del griego. Esto colmó la segunda parte del Siglo XV (1450-1500). En forma simultánea se fue extendiendo el conocimiento del mundo físico. El mundo (como diríamos hoy) se estaba "expandiendo". Los europeos habían explorado el Atlántico y las costas africanas; habían encontrado el camino a la India bordeando el Cabo de Buena Esperanza y, antes del fin del Siglo, habían descubierto todo un nuevo mundo que más tarde se llamaría América.

A través de todo este fermento se escuchó la continua demanda: "¡Reforma de la Iglesia!" "¡Reforma de su autoridad principal y de sus miembros!" "Que el Papado retome en plenitud sus deberes espirituales y que se purgue la corrupción dentro de la Iglesia". Hubo un clamor tempestuoso que surgió exigiendo simplicidad y realismo, una emergente, tormentosa, indignación ante la anquilosada defensa de antiguos privilegios; una carga universal contra oxidadas cadenas que ya no se ajustaban a la sociedad europea. El clamor de cambios por enmiendas, de una purificación del cuerpo del clero y de la restauración de ideales espirituales puede ser comparado con el clamor actual (centrado en la economía y no en la religión) que exige la expropiación de la riqueza concentrada en beneficio de las masas.

El espíritu hacia 1500-1510 era tal que cualquier incidente podía producir un súbito alzamiento, de la misma forma en que los incidentes de una derrota militar y el esfuerzo de tantos años de guerra produjeron la súbita revolución bolchevique en la Rusia actual.

El incidente que provocó la explosión fue menor e insignificante – pero como punto de partida fue tremendo. Me refiero, por supuesto, a la protesta de Lutero contra el abuso (y en realidad contra la utilización) de las indulgencias.

Esa fecha, el de la Víspera de Todos los Santos de 1517, no es tan sólo una fecha definida para marcar el origen de la Reforma; es su verdadero momento inicial. A partir de allí, la ola de la marea creció hasta volverse abrumadora. Hasta ese momento las fuerzas conservadoras, por más corruptas que fuesen, se habían sentido seguras de si mismas. Muy poco después de ese hecho, su seguridad había desaparecido. La marea había comenzado.

Debo reiterar aquí a los efectos de mayor claridad la primer cosa en absoluto que tiene que considerar cualquiera que desee entender esa revolución religiosa que terminó

en lo que hoy llamamos “protestantismo”. En esa revolución, generalmente llamada “La Reforma”, se distinguen bastante claramente dos mitades, y cada una de ellas dura aproximadamente el lapso de una vida humana. De las mismas, la primera fase no fue un conflicto entre dos religiones sino un conflicto dentro de una religión; mientras que en la segunda fase comenzó a surgir una nueva cultura religiosa diferenciada, opuesta a – y separada de – la cultura católica.

Lo repito: la primera fase (aproximadamente los primeros 50 o 60 años del proceso) no constituyó un conflicto entre “católicos y protestantes” tal como los conocemos hoy; fue un conflicto dentro de los límites de un cuerpo europeo occidental. Los hombres del ala izquierda más extrema, desde Calvino hasta el Príncipe Palatino, todavía pensaban en términos de “Cristiandad”. Jacobo I de Inglaterra, al ascender al trono y a pesar de denunciar al Papa como un monstruo de tres cabezas, aún afirmaba enérgicamente su derecho a pertenecer a la Iglesia Católica.

Hasta no entender lo anterior no podemos comprender la confusión ni las intensas pasiones de aquella época. Lo que comenzó como una especie de pelea familiar espiritual y continuó como una guerra civil espiritual muy pronto terminó siendo acompañado por una guerra civil armada real. Pero no fue un conflicto entre un mundo protestante y otro mundo católico. Eso vino después, y cuando ocurrió, produjo ese estado de cosas que nos son familiares a todos, la división del mundo blanco en dos culturas, la católica y la anti-católica: el quiebre de la Cristiandad por la pérdida de la unidad europea.

Ahora bien, la cosa más difícil del mundo en relación con la Historia, y el logro menos frecuente, es el de ver los acontecimientos en la forma en que los veían los contemporáneos en lugar de verlos a través del medio distorsivo de nuestro conocimiento posterior. Nosotros sabemos lo que ocurrió después; los contemporáneos no lo sabían. Las mismas palabras utilizadas para designar la actitud tomada al principio de la lucha cambian de significado antes del final del conflicto. Así sucedió con los términos de “católico” y “protestante”; así sucedió con la propia palabra “reforma”.

El gran alzamiento religioso que de manera tan rápida se convirtió en una revolución religiosa fue concebida por los contemporáneos de sus orígenes como un esfuerzo por corregir las corrupciones, los errores y los crímenes espirituales presentes en el cuerpo de la Cristiandad. Al principio del movimiento, nadie digno de considerar hubiera negado por un instante la necesidad de una reforma. Todos estaban de acuerdo en que las cosas habían llegado a un estado terrible y amenazaban con un futuro peor a menos que se hiciera algo. La imperiosa necesidad de arreglar las cosas, el clamor por ello, había estado surgiendo por más de un siglo y ahora, en la segunda década del Siglo XVI, había emergido. La situación podría ser comparada con la situación económica actual. Nadie digno de mención está hoy contento con el capitalismo industrial que ha engendrado tan enormes males. Esos males aumentan y amenazan con volverse intolerables. Todos están de acuerdo en que tiene que haber una reforma y un cambio.

Pues bien; podríamos ponerlo del siguiente modo: nadie nacido entre los años 1450-1500 dejaba de ver hacia el año crítico de 1517, cuando ocurrió la explosión, que algo debía ser hecho; y en la proporción de su integridad y conocimientos las personas estaban ansiosas de que se hiciera algo – del mismo modo en que no existe nadie vivo actualmente, sobreviviente de la generación de entre 1870 y 1910, que no sepa que algo drástico debe ser hecho en la esfera económica si es que hemos de salvar a nuestra civilización.

Un estado de ánimo semejante es la condición preliminar a todas las reformas mayores pero, inmediatamente después de que esas reformas se traducen en acciones, aparecen tres fenómenos concurrentes a todas las revoluciones y de cuya gestión correcta depende en forma exclusiva el evitar una catástrofe. El primer fenómeno es el siguiente:

Se proponen simultáneamente cambios de todo tipo y grado; desde reformas que son manifiestamente justas y necesarias y que significan un regreso al orden correcto de las cosas, hasta innovaciones que son criminales y demenciales.

El segundo fenómeno es que la cosa a reformar necesariamente se resiste. Acumuló un gran caudal de costumbres, intereses creados, organización oficial etc. y cada uno de estos elementos, aún sin una voluntad expresa, le pone un lastre a la reforma.

En tercer lugar (y este es por lejos el fenómeno más importante) aparece entre los revolucionarios un número cada vez mayor de individuos que no están tan concentrados en rectificar los males que han crecido en la cosa a reformar sino llenos de un odio pasional hacia la cosa misma, hacia lo esencial de ella, hacia lo bueno que incluye y por lo cual tiene derecho a sobrevivir. Así, en la revuelta actual en contra del capitalismo industrial, tenemos hoy a personas proponiendo toda clase de remedios: gremios, Estado socialista parcial, la salvaguarda de la pequeña propiedad (que es lo opuesto al socialismo), el repudio del interés, la eliminación de la moneda, el mantenimiento de los desempleados, un comunismo completo, una reforma nacional y hasta la anarquía. Todos estos remedios, y cien más, están siendo propuestos al por mayor, contradiciéndose entre si y produciendo un caos de ideas.

Frente a este caos, todos los órganos del capitalismo industrial continúan funcionando; la mayoría de ellos lidiando celosamente por preservar su existencia. El sistema bancario, los préstamos a gran interés, la vida proletaria, el abuso de la maquinaria y la mecanización de la sociedad – todos estos males continúan a pesar del clamor y adoptan, cada vez más, una actitud de terca resistencia. En forma ya sea consciente o semi-consciente insisten en alegar que "si alguien nos altera habrá un colapso. Las cosas pueden estar mal, pero todo parece indicar que ustedes sólo las harán peores. El orden es la primera prioridad entre todas", y etc. etc.

Mientras tanto el tercer elemento está apareciendo de un modo bastante manifiesto: el mundo moderno está cada vez más lleno de personas que odian al capitalismo industrial a tal punto que ese odio se convierte en el motivo de todo lo que hacen y piensan. Estas personas preferirían destruir a toda la sociedad antes que esperar a una reforma y proponen métodos de cambio que son peores que los males a remediar – están más preocupadas por matar a sus enemigos que por la vida del mundo.

Todo esto se produjo también en lo que aquí llamo "*El Tumulto*", que duró en Europa aproximadamente desde 1517 hasta el fin del Siglo, un período de poco más de ochenta años. Al principio todas las buenas personas con suficiente instrucción y muchas malas personas con igualmente suficiente instrucción, más una hueste de ignorantes y no pocos dementes, se concentraron en los males que habían surgido dentro del sistema religioso de la Cristiandad. Esos fueron los primeros reformadores.

Nadie puede negar que los males que provocaron la reforma en la Iglesia tenían raíces profundas y se hallaban extendidos. Amenazaban la vida misma de la Cristiandad. Todos los que pensaban sobre lo que estaba sucediendo a su alrededor se daban cuenta

de lo peligrosas que se habían vuelto las cosas y qué tan grande era la necesidad de una reforma. Esos males pueden ser clasificados como sigue:

En primer lugar (y constituyendo lo menos importante) había una masa de mala Historia y malos hábitos históricos debidos al olvido del pasado, a carencia de conocimientos y a simple rutina. Por ejemplo, había una masa de leyendas, la mayoría de ellas hermosas, pero algunas de ellas pueriles y la mitad de ellas falsas, adosadas a la verdadera tradición. Había documentos en cuya autoridad las personas confiaban y que demostraron no ser lo que pretendían. Por ejemplo, las falsas Decretales y, en particular, la conocida como la Donación de Constantino de la que se suponía que había otorgado el poder temporal al Papado. Había una masa de falsas reliquias, demostrablemente falsas, como por ejemplo (entre un millar de otras) las falsas reliquias de Santa María Magdalena e innumerables casos en los cuales dos o más objetos pretendían ser la misma reliquia. La lista podría extenderse indefinidamente y el aumento del conocimiento académico, el renovado descubrimiento del pasado, en particular el estudio de los documentos griegos originales, y en forma destacada el Nuevo Testamento griego, hicieron aparecer a estos males como intolerables.

El siguiente grupo de males es más serio, porque afectó a la vida espiritual de la Iglesia en su esencia. Fue una especie de "cristalización" (como la he denominado en otra parte) o bien, si prefiere el término, de "osificación" del cuerpo clerical en sus hábitos y hasta en su enseñanza doctrinal. Ciertas costumbres, inofensivas en si mismas y quizás hasta más buenas que malas, se habían vuelto más importantes – especialmente como formas de adhesión local a ciertos lugares de culto y ceremonias locales – que el cuerpo viviente de la verdad católica. Se hizo necesario examinar estos fenómenos y corregirlos en todos los casos y, en algunos, librarse de ellos por completo.

En tercer lugar, y por lejos constituyendo lo más importante de todo, había una mundanalidad extendida entre los funcionarios de la Iglesia, en el exacto sentido teológico de "mundanalidad": la preeminencia de los intereses terrenales por sobre lo eterno.

Como ejemplo principal de ello tenemos la simonía, compraventa de cargos eclesiásticos, sacramentos, reliquias, promesas de oración, la gracia, la jurisdicción eclesiástica, la excomunión, etc. Se había llegado a un punto en que las donaciones hechas a la Iglesia se compraban y vendían, se heredaban y se licitaban de un modo similar a como se procede con las acciones y participaciones en la actualidad. Ya hemos visto como, incluso en la culminación del movimiento, uno de los más grandes Papas reformadores retenía los ingresos de siete obispados, privándolos así de sus pastores residentes. Los ingresos de un obispado podían ser otorgados a modo de salario por un rey a quien le había servido y esta persona podía no ir jamás ni siquiera cerca de su Sede siendo que vivía quizás a cientos de kilómetros de distancia. Por ejemplo, para un hombre como Wolsey (y es sólo un ejemplo entre muchos otros) se había vuelto normal retener dos de las principales Sedes de la Cristiandad en sus manos al mismo tiempo: York y Winchester. Se había vuelto costumbre para hombres como Campeggio, ilustrados, virtuosos y con una vida en todo sentido ejemplar, el recolectar los ingresos de un obispado en Inglaterra mientras vivían en Italia y raramente se acercaban a sus Sedes. Las cortes papales, aún cuando sus males han sido muy exagerados, fueron ejemplos recurrentes; de los cuales el peor fue el de la familia de Alejandro VI – un escándalo de primera magnitud para toda la Cristiandad.

Toda persona atacaría violentamente abusos tan monstruosos con el mismo vigor con que hoy las personas, tanto las buenas como las malas, atacan la desfachatada

lujuria de los ricos que contrasta con las horribles profundidades de la pobreza proletaria moderna. Fue de todo esto que surgió el descontento y a medida en que creció, amenazó con destruir a la Iglesia Católica misma.

Bajo el impulso de esta universal demanda por reformas, con las pasiones en juego – tanto las constructivas como las destructivas – podría muy bien haber pasado que se preservara la unidad de la Cristiandad. Hubiera habido una buena cantidad de tironeos, quizás algo de combates, pero el instinto de unidad era tan fuerte, el "patriotismo" de la Cristiandad era una fuerza aún tan viva por todas partes, que existieron tantas probabilidades a favor como en contra de que termináramos restaurando a la Cristiandad e iniciando una nueva y mejor era para nuestra civilización como resultado de purgar tanto la mundanalidad en la jerarquía como las múltiples corrupciones contra las cuales estaba protestando la conciencia pública.

No había ningún plan en el aire al comienzo de la ruidosa protesta durante el caótico clamor revolucionario en las Alemanias, seguido del clamor humanista por todas partes. No hubo un ataque concentrado sobre la Fe Católica. No pudieron organizar una campaña ni quienes eran más instintivamente sus enemigos (Lutero mismo no fue eso) ni hombres como Zwingli (quien personalmente odiaba las doctrinas centrales de la Fe y quien condujo el inicio del saqueo de los legados de la religión). No hubo una doctrina constructiva difundida y en oposición al antiguo cuerpo de doctrina por el cual nuestros padres habían vivido, hasta que apareció un hombre de genio con un libro que le sirvió de instrumento y con un violento poder personal de razonamiento y predicación para lograr sus fines. Fue un francés, Jean Cauvin (o Calvin), el hijo de un funcionario eclesiástico, administrador y abogado en la Sede de Noyon. Después que su padre fuera excomulgado por defraudación y después que el obispo le confiscara a él mismo buena parte del ingreso del que gozaba, Jean Calvin se puso a trabajar. Y fue un enorme trabajo el suyo.

Sería injusto decir que las desventuras de su familia y la amarga disputa por dinero entre él y la jerarquía local fueron las principales fuerzas impulsoras del ataque de Calvino. Ya estaba del lado revolucionario de la religión y, probablemente, de cualquier manera hubiera sido una figura principal entre aquellos que buscaban destruir a la antigua religión. Pero, más allá de sus motivos, fue por cierto el fundador de una nueva religión. Porque fue Juan Calvino el que estableció una contra-iglesia.

Demostró, como nadie antes, el poder de la lógica – el triunfo de la razón, aún cuando se abusa de ella, y la victoria de la inteligencia sobre el mero instinto y sentimiento. Estructuró una nueva teología completa, estricta y consistente, en la que no había lugar para un clero ni para sacramentos. Lanzó un ataque, no anticlerical, no de una especie negativa, sino positiva, exactamente igual a cómo Mahoma lo había hecho novecientos años antes. Fue un verdadero heresiarca y, a pesar de que la imposición concreta de su dogma no tuvo una vida mucho más larga que la del arrianismo, el ambiente espiritual que creó ha perdurado hasta nuestros días. Todo lo que es vital y efectivo en el temperamento protestante aún hoy se deriva de Juan Calvino.

A pesar de que las afirmaciones calvinistas férreas se han oxidado (siendo el núcleo de las mismas la admisión del mal en la naturaleza divina por la admisión de sólo Una Voluntad en el universo), su visión de un dios Moloch sobrevivió; y la correspondiente devoción calvinista por el éxito material, la aversión calvinista por la pobreza y la humildad, han sobrevivido con plena fuerza. La usura no se estaría fagocitando al mundo moderno de no ser por Calvino; las personas no se rebajarían a aceptar un destino

adverso inevitable de no ser por Calvino; sin él, el comunismo no estaría entre nosotros como lo está hoy; el monismo científico no hubiera dominado al mundo moderno como lo hizo (hasta hace poco), asesinando la doctrina del milagro y paralizando el Libre Albedrío.

Este poderoso genio francés lanzó su palabra casi veinte años después de que comenzara la revolución religiosa. Alrededor de esa palabra se libró la batalla entre la Iglesia y la contra-iglesia y la destrucción de la unidad cristiana – eso que llamamos la Reforma – se convertiría esencialmente y por más de un siglo en el vívido esfuerzo, entusiasta como lo había sido el Islam, dirigido a reemplazar la tradición cristiana por el nuevo credo de Calvino. Actuó, como lo hacen todas las revoluciones, formando "células". Surgieron grupos por todo Occidente; pequeñas sociedades de personas altamente disciplinadas, determinadas a difundir "el Evangelio", "la Religión" – tuvo muchos nombres. La intensidad del movimiento creció constantemente, en especial en Francia, el país de su fundador.

A diferencia de todas las otras grandes herejías, la Reforma no condujo a ninguna conclusión, o bien y al menos, a ninguna que podamos registrar todavía a pesar de que estamos ya a cuatrocientos años del primer alzamiento. La cuestión arriana murió lentamente pero la cuestión protestante, aún cuando su doctrina ha desaparecido, produjo frutos permanentes. Ha dividido a la civilización blanca en dos culturas opuestas: la católica y la anticatólica.

Pero al comienzo, antes de llegar a este resultado, el desafío de los reformadores produjo feroces guerras civiles. Durante la mayor parte del lapso de una vida humana pareció que prevalecería uno u otro partido (el ortodoxo tradicional enraizado en la cultura católica de Europa, o la nueva tendencia revolucionaria protestante). De hecho, no prevaleció ninguno de los dos. Después del primer violento conflicto armado que no produjo la victoria de ninguno de los dos bandos, Europa quedó exhausta y se constituyó en esas dos mitades que desde entonces han dividido al Occidente. Gran Bretaña, la mayor parte del Norte de Alemania, algunas regiones alemanas del Sur entre los cantones suizos y hasta de las planicies húngaras, quedaron consolidadas en contra del catolicismo. Lo mismo sucedió en el Norte de los Países Bajos, al menos entre la clase gobernante, [15] y también en los países escandinavos. Después de la crisis, la mayor parte de los valles del Rin y del Danubio, esto es: los alemanes del Sur, la mayoría de los húngaros, los polacos, los italianos, los españoles, los irlandeses y la mayoría de los franceses, se mantuvieron aferrados a la religión ancestral que hizo grande a nuestra civilización.

Se hace muy difícil comprender la naturaleza de la confusión y de la batalla general que sacudió a Europa ya que hay que tomar en consideración los múltiples factores que intervinieron en el conflicto.

Ante todo, establezcamos las fechas principales. La Reforma activa, la erupción que se produjo después de dos generaciones de sacudimientos y tumultos, estalló en 1517. Pero la lucha entre los dos contrincantes no se produjo a una escala considerable sino cuarenta años más tarde. Comenzó en Francia, en 1559. Las guerras de religión francesas duraron cuarenta años; es decir: hasta justo el fin del siglo. Menos de veinte años después, los alemanes, que hasta ése entonces habían mantenido un equilibrio precario entre los dos bandos, comenzaron con **sus** guerras religiosas que duraron treinta años. Hacia mediados del Siglo XVII, es decir: hacia 1648-49 las guerras religiosas en Europa terminaron en un empate.

Para 1517 las naciones – especialmente Francia e Inglaterra – ya estaban medianamente conscientes de sus personalidades. Expresaban su nuevo patriotismo a través de una adhesión a la monarquía. Seguían a sus Príncipes como líderes nacionales aún en materia religiosa. En forma paralela, los idiomas populares comenzaron a separar a las naciones aún más a medida en que el común latín de la Iglesia se volvía cada vez menos familiar. Se estaba desarrollando todo el Estado moderno y toda la estructura económica moderna; y en el ínterin los descubrimientos geográficos y las ciencias físicas y matemáticas se estaban expandiendo de modo prodigioso.

En medio del choque de tantas y tan poderosas fuerzas es realmente difícil seguir la lucha como un todo, pero pienso que podemos entenderla en sus líneas más grandes si recordamos algunos puntos principales.

Lo primero es esto: que el movimiento protestante, que había comenzado como algo negativo, como una revuelta indignada contra la corrupción y la mundanalidad de la Iglesia oficial, recibió un nuevo impulso con la creación del calvinismo, veinte años después de comenzado el alzamiento. A pesar de que las formas luteranas del protestantismo cubrían un área muy grande, el poder directriz – el centro de vitalidad – del protestantismo fue Calvino después de la aparición de su libro en 1536. Es el espíritu de Calvino el que combate activamente al catolicismo en todas aquellas partes en donde la lucha se vuelve feroz. Es el espíritu de Calvino el que inspiró a las sectas disidentes y le prestó violencia a la minoría inglesa en crecimiento que reaccionaba contra la Fe. [16]

Ahora bien, Calvino era francés. Su mentalidad atraía a otros también, por cierto, pero primero y principalmente a sus compatriotas; y eso explica por qué el primer estallido de violencia se produjo en suelo francés. Las llamadas guerras de religión que estallaron en Francia fueron libradas allí con más ferocidad que en otras partes y aún cuando cesaron, después de la mitad de un lapso de vida lleno de horrores, lo que se produjo fue un tregua y no una victoria. La tregua fue impuesta, parcialmente por la fatiga de los combatientes en Francia y parcialmente por la tenacidad de la capital, Paris. Pero fue sólo una tregua.

Durante ese tiempo y mientras la guerra religiosa devastaba a los franceses, los alemanes la evitaron. El tumulto de la Reforma, en un momento dado, produjo una revolución social en algunos Estados alemanes, pero eso pronto fracasó y durante un siglo después de la rebelión original de Lutero, más un largo lapso de vida después del estallido de la guerra religiosa en Francia, los alemanes se salvaron de un conflicto bélico religioso general.

Y esto fue porque los alemanes se habían convertido en una especie de mosaico de ciudades libres, pequeños y medianos señoríos, pequeños y grandes Estados. La totalidad se hallaba bajo la soberanía nominal del Emperador en Viena; pero el Emperador no poseía ni ingresos, ni reclutamientos feudales suficientes para imponer su poder personal. Después de mucho tiempo el Emperador, desafiado por una violenta revuelta en Bohemia en su contra (vale decir: una revuelta eslava), contraatacó y propuso reunificar a los alemanes e imponer no sólo la unidad nacional sino también la unidad religiosa, restaurando el catolicismo en los Estados alemanes y sus dependencias. Casi tuvo éxito en su intento. Sus ejércitos obtuvieron victorias en todas partes y su fuente de reclutamiento más vigorosa fue la que lo proveyó de tropas españolas que combatieron por el Emperador porque las coronas de Madrid y de Viena se hallaban en la misma familia: la de los Habsburgos.

Pero hubo dos cosas que impidieron el triunfo del catolicismo alemán. La primera de ellas fue el carácter de la familia usurpadora que en ese momento reinaba sobre el pequeño Estado protestante de Suecia. Esta familia produjo un genio militar de primera magnitud, el joven rey Gustavo Adolfo. La segunda, que hizo toda la diferencia, fue el genio diplomático de Richelieu que en aquellos días dirigía la política de Francia.

El poder español en el Sur más allá de los Pirineos (respaldado por las nuevas riquezas de las Américas y gobernando la mitad de Italia, más el poder del Imperio Alemán al Este, constituían las mordazas de una pinza que amenazaban a Francia como nación. Richelieu era un cardenal católico. Personalmente, se hallaba adscrito al lado católico de Europa; y sin embargo fue él quien lanzó a Gustavo Adolfo, el genio militar protestante, contra el Emperador católico alemán y sus aliados españoles, justo cuando la victoria se hallaba al alcance de su mano.

Es que Richelieu no sólo había descubierto el genio de Gustavo Adolfo sino también la forma de comprarlo. Le ofreció tres toneles de oro. Gustavo Adolfo exigió cinco – y los obtuvo.

Gustavo Adolfo no habrá podido imaginar el gran futuro que le esperaba cuando aceptó el oro francés como soborno para intentar la difícil aventura de atacar al prestigio y al poder del Emperador. Al igual que Napoleón, Cromwell o Alejandro y casi todos los grandes capitanes de la Historia, descubrió sus talentos a medida que avanzaba. Él mismo se debe haber maravillado al ver lo fácil y completamente que ganaba sus campañas.

Es una Historia sorprendente. Las brillantes victorias sólo duraron un año; al final de ese año Gustavo Adolfo murió en acción ante Lutzen, cerca de Leipzig, en 1632, pero en tan corto tiempo casi estableció un Imperio Alemán protestante. Estuvo a punto de lograr lo que Bismarck haría dos siglos y medio más tarde; y aún logrando lo que consiguió, hizo por siempre imposible que los alemanes estuviesen completamente unidos otra vez e igualmente imposible que regresaran en conjunto a la religión de sus padres. Estableció el protestantismo alemán de un modo tan firme que, desde sus días hasta la actualidad, continuó aumentando su poder hasta que hoy (desde Berlín) inspira con una nueva forma paganizada a la gran masa de los pueblos alemanes. [17]

Las guerras religiosas en Alemania se acallaron gradualmente. Tal como he señalado, hacia la mitad del Siglo XVII – una larga generación después de que los primeros combates comenzaran en Francia – se produjo un acuerdo general en toda Europa para que cada bando mantuviese sus conquistas y el mapa religioso de Europa ha quedado siendo bastante el mismo desde ese día hasta hoy; esto es: desde aproximadamente 1648-49 hasta nuestros días.

Ahora bien, cualquiera que lea solamente la Historia militar externa, con su primer capítulo de violenta guerra religiosa francesa y su segundo capítulo de violenta guerra religiosa alemana, pasaría por alto el carácter de todo el fenómeno ya que conocería tan sólo cada batalla, a cada estadista principal y a cada guerrero. Porque debajo de esa gran cuestión existió otro factor que no fue ni doctrinario, ni dinástico, ni internacional sino moral. Fue ese factor el que provocó los combates, impuso la paz y decidió la tendencia religiosa final de las diversas comunidades. Está reconocido por los historiadores pero nunca se lo enfatiza suficientemente. Ese factor fue el de la codicia.

La antigua Europa católica, antes de la sublevación de Lutero, había estado repleta de grandes concesiones clericales. Rentas de la tierra, tributos feudales, toda suerte de

ingresos se fijaron para el mantenimiento de obispados, capítulos catedralicios, curas párrocos, monasterios y conventos. No sólo había grandes ingresos sino también grandes donaciones (quizás una quinta parte de todas las rentas europeas) para toda clase de establecimientos educacionales, desde pequeñas escuelas locales hasta los grandes colegios de las universidades. Había otros fondos para hospitales, otros para gremios (esto es: asociaciones profesiones de artesanos, mercaderes y dueños de negocios), otros para misas y santuarios. Toda esta propiedad corporativa estaba, o bien directamente conectada con la Iglesia Católica, o bien tan bajo su patrocinio que quedaba en peligro de ser saqueada cada vez que la Iglesia Católica se veía amenazada.

La primera medida de los reformadores, dondequiera que resultaron victoriosos, fue permitir que los ricos se apoderasen de estos fondos. Y la intensidad de la lucha en todas partes dependió de la determinación de mantener el botín – de parte de quienes habían saqueado a la Iglesia – o de recuperarlo – de parte de quienes trataban de restaurar a la Iglesia y recobrar los bienes eclesiásticos.

Esta es la razón por la cual hubo tan pocos combates en Inglaterra. El pueblo inglés, en conjunto, resultó muy escasamente afectado en su doctrina durante la primera época de la Reforma. Pero los monasterios se disolvieron y sus propiedades pasaron a manos de los Señores de los villorrios y de los comerciantes de los poblados. Lo mismo sucedió en los cantones suizos. En cambio los Señores rurales franceses, esto es: la clase noble provincial (lo que en Inglaterra se llama "*the Squires*" o "hidalgos rurales") y los nobles mayores por encima de ellos, se mostraron ansiosos por sacar una tajada del botín.

La corona francesa, temiendo el incremento de poder que este saqueo le otorgaría a la clase inmediatamente por debajo de ella, resistió al movimiento y de allí las guerras de religión francesas. Mientras tanto, en Inglaterra un Rey niño y dos mujeres sucediéndose en el trono le permitieron a los ricos quedarse con los despojos de la Iglesia. De allí la ausencia de guerras de religión en Inglaterra.

Después de la revolución religiosa, fue este universal robo de la Iglesia lo que le dio al período de conflictos el carácter que tuvo.

Sería un gran error pensar en el saqueo de la Iglesia como en un mero crimen de ladrones atacando a una víctima inocente. Antes de la Reforma, los bienes legados a la Iglesia habían terminado por ser tratados en la mayor parte de Europa como simples propiedades. Las personas podían comprar un ingreso eclesiástico para sus hijos, o podían dotar a una hija con algún rico convento. Podían darle un obispado a un niño, comprando la dispensa por la falta de edad. Tomaban las ganancias de monasterios al por mayor para proveer el ingreso a laicos, colocando un *locum tenens* para que hiciera el trabajo del abad y pagándole un sueldo mezquino mientras el grueso del beneficio iba de por vida a manos del laico que lo había acaparado.

Si estos abusos no hubiesen sido universales y preexistentes, el saqueo subsiguiente no hubiera ocurrido. Así como estaban las cosas, pues ocurrió. Lo que habían sido invasiones temporarias de ingresos monásticos a fin de proveer una riqueza temporal para ciertos laicos se convirtió en una confiscación permanente en todos los lugares en que triunfó la Reforma. Aún allí en dónde los obispados sobrevivieron, la masa de sus ingresos les fue confiscada y cuando todo el proceso terminó se puede decir que a la Iglesia, en todo lo que quedó de la Europa católica, incluyendo hasta Italia y España, no le quedó ni la mitad de sus antiguos ingresos. En la parte de la Cristiandad que se separó, los nuevos ministros protestantes y sus obispos, las nuevas escuelas, los

nuevos colegios y hospitales, no dispusieron ni de la décima parte de los fondos que habían gozado las antiguas instituciones.

Resumiendo: para mediados del Siglo XVII el conflicto religioso en Europa había estado librándose, la mayor parte del tiempo por la fuerza de las armas, por mas de ciento treinta años. Las personas se habían hecho a la idea de que la unidad nunca se recobraría. La fuerza económica de la religión había desaparecido en media Europa y, en la otra mitad, había disminuido tanto que el poder laico se había adueñado de la situación en todas partes. Europa había quedado dividida en dos culturas: la católica y la protestante. Estas dos culturas estarían siempre instintiva y directamente opuestas la una a la otra (como que lo siguen estando) pero la cuestión directamente religiosa se estaba desvaneciendo. Desesperando de lograr una religión común, las personas se preocuparon más por cuestiones temporales, sobre todo dinásticas y nacionales, y con el aprovechamiento de las oportunidades de una mayor riqueza por medio del comercio, antes que por cuestiones doctrinarias.

Después de la mitad del Siglo XVII, Europa fue testigo del triunfo de un ejército conducido por una oficialidad puritana en Inglaterra, el triunfo de los protestantes alemanes – gracias a la ayuda de Francia bajo el cardenal Richelieu – en su esfuerzo por librarse del control católico del Emperador, y el triunfo de los rebeldes holandeses contra la España católica. Europa se desplomó, exhausta de la lucha puramente religiosa. Las guerras de religión habían finalizado; terminaron en tablas: ninguno de los bandos había ganado. El conflicto religioso prosiguió en algunos islotes. Así, Inglaterra trató de matar a la Irlanda católica y Francia a los hugonotes franceses. Pero para 1700 estaba claro que no surgirían más guerras nacionales de religión.

De allí en más se tomó por dado que nuestra civilización tendría que continuar dividida. Tendría que haber una cultura protestante lado a lado de una cultura católica. Las personas no pudieron perder la memoria del grandioso pasado; no se convirtieron rápidamente en lo que desde entonces nos hemos convertido – en naciones creciendo con indiferencia por la unidad de la civilización europea – pero la antigua unidad moral emergente de nuestro catolicismo universal terminó destruida.

En términos aproximados, la masa de Europa quedó de la siguiente manera:

La Iglesia Ortodoxa Griega del Este cesó de contar. Rusia no había surgido aún como potencia y en todas las demás partes los cristianos griegos se hallaban dominados y sojuzgados por musulmanes, de modo que el único mapa a considerar en 1650 era uno conteniendo a Polonia en el Este y al Atlántico en el Oeste.

En ese espacio, la península italiana, dividida en varios Estados, era totalmente católica, excepto por una población muy pequeña en algunas de las montañas del Norte que tenían formas protestantes de culto.

La península ibérica – España y Portugal – también era completamente católica. Lo que se denominaba como El Imperio – esto es: el cuerpo de Estados, en la mayoría de los cuales se hablaba el alemán y de los cuales la cabeza moral era el Emperador en Viena – se encontraba dividido en Estados protestantes, ciudades protestantes independientes y Estados católicos y ciudades independientes católicas. El Emperador había tratado de traerlos a todos de regreso al catolicismo pero había fracasado debido a la diplomacia de Richelieu.

En simples números, la población protestante alemana todavía era mucho más pequeña de la católica. Hablando en términos aproximados, los Estados y las ciudades del Norte de Alemania eran protestantes y los del Sur católicos – y no, como falsamente se pretende, porque haya algo en el clima o en la raza del Norte que tienda hacia el protestantismo sino porque el Norte se hallaba más lejos del centro del poder católico en Viena. A pesar de que las diferentes "Alemanias" (como se llamaban los Estados y las ciudades en que se hablaba el alemán) estaban así, a grandes rasgos, divididas en un Norte protestante y un Sur católico, existía una cantidad de excepciones: islotes de población católica en el Norte y de protestantes en el Sur, y con frecuencia los habitantes de una ciudad se hallaban divididos en materia religiosa.

Por este tiempo la península escandinava, Dinamarca, Suecia y Noruega, eran totalmente protestantes. Polonia, aunque nunca había formado parte del Imperio Romano, se hizo católica después de una especie de tironeo y dudas durante las guerras de religión. Ha permanecido siendo uno de los distritos más intensamente católicos desde entonces porque, al igual que los irlandeses, los polacos fueron violentamente perseguidos por su religión.

Los Países Bajos se dividieron en dos. Las provincias norteñas (que hoy conocemos como Holanda) habían adquirido su independencia de su soberano original, el rey de España, y – en gran medida como protesta contra el poder español – se habían proclamado oficialmente protestantes. Su gobierno fue protestante y el efecto político de Holanda en Europa fue protestante; pero es un gran error – aunque muy común – creer que toda la población holandesa es protestante. Holanda siempre tuvo una minoría católica muy grande y en la actualidad, de la población cristiana – que es la población que se declara como tal – más del 40% y más bien apenas menos de la mitad se compone de católicos.

Las provincias del Sur de los antiguos Países Bajos permanecieron sólidamente en la cultura católica. Se habían unido al Norte en la revuelta contra España pero, cuando los mercaderes del Norte y los ricos terratenientes se hicieron calvinistas a fin de enfatizar su oposición a España, los mercaderes y los ricos de las provincias del Sur reaccionaron fuertemente en sentido opuesto. En la actualidad a esa mitad católica de los Países Bajos la conocemos como Bélgica pero, a mediados del Siglo XVII, incluía una franja de lo que hoy es Flandes; por ejemplo, la gran ciudad de Lille, la principal de Flandes, fue parte de los Países Bajos católicos, todavía españoles.

Los cantones suizos, que se estaban gradualmente convirtiendo en nación y que ya eran mayormente independientes del Imperio, se hallaban divididos. Algunos eran de cultura protestante y otros de cultura católica – tal como siguen siéndolo al día de hoy.

Después del compromiso logrado al final de las guerras de religión y la victoria de Richelieu sobre los hugonotes, Francia se hizo oficialmente católica. La monarquía francesa fue fuertemente católica y la masa de la nación adhirió a la cultura católica. Pero quedó una minoría de protestantes, importante en cantidad (nadie sabe demasiado bien cuantos eran pero probablemente, como ya hemos visto, fueron menos del 14% pero más del 10% de la nación), en todo caso, una minoría mucho más importante por su riqueza y posición social que por su número. Los protestantes en Francia también fueron importantes porque no se hallaban confinados a un distrito sino diseminados por todo el territorio. Por ejemplo Dieppe, el puerto en el Norte, siguió siendo una ciudad fuertemente protestante. También lo fue La Rochelle, el puerto sobre el Atlántico; y del mismo modo lo fueron prósperas ciudades sureñas como Montpelier y Nimes. Gran parte de la banca y del comercio de Francia permaneció en manos protestantes.

En 1650, Inglaterra y Escocia habían estado bajo un monarca común por medio siglo y ambas eran oficialmente protestantes. Esta monarquía anglo-escocesa fue fuertemente protestante y hubo una continua y pesada persecución del catolicismo. Pero constituye otro error común el considerar a la nación inglesa en un todo como siendo protestante ya en este momento. Lo que en realidad estaba sucediendo era una desaparición muy gradual del catolicismo. Quizás un tercio de la nación continuaba sintiendo una vaga simpatía por el antiguo credo cuando comenzaron las guerras de religión, y la sexta parte de la población estaba dispuesta a hacer grandes sacrificios para poder seguir denominándose abiertamente católica. De los oficiales caídos en acción de ambas partes, se estima que cerca de un sexto fueron admitida y abiertamente católicos. Pero a la persona común le resultaba imposible obtener los sacramentos y aún las personas ricas que podían darse el lujo de pagar por capillas privadas y hacer donativos tenían dificultades para oír misa y recibir la comunión católica.

A pesar de todo, la antigua raíz católica en Inglaterra fue tan fuerte que hubo constantes conversiones, especialmente en las clases altas. Por cerca de los siguientes cuarenta años pareció que una sólida y muy considerable minoría de católicos podría sobrevivir en Inglaterra tal como lo había hecho en Holanda.

Por el otro lado, Inglaterra y Escocia no sólo eran oficialmente protestantes sino que una mayoría cada vez más grande llegó a pensar que el catolicismo era contrario a los intereses del país y una minoría muy grande y en crecimiento odiaba al catolicismo con más violencia que en cualquier otra parte de Europa.

Irlanda, por supuesto, permaneció siendo católica. El número de protestantes en Irlanda, incluso después de las plantaciones y la conquista de Cromwell, no llegó a la vigésima parte de la población. Pero a los irlandeses católicos se les quitó por la fuerza el 95% de sus tierras y para 1650 éstas estaban en posesión, o bien de renegados, o bien de aventureros protestantes de Gran Bretaña a quienes ahora los originales propietarios debían pagar una renta, o para los cuales tenían que trabajar por un salario.

Desde este momento en adelante – es decir: desde mediados del Siglo XVII – cuando en otras partes a lo largo de Europa se había llegado a un compromiso en materia de religión, en Irlanda el catolicismo fue perseguido de la manera más violenta y de una forma que se fue haciendo peor a medida en que transcurría el tiempo. Todo el poder, casi completamente todas las tierras, y la mayor parte de la riqueza líquida de Irlanda no sólo se hallaban en manos protestantes sino de personas determinadas a destruir el catolicismo. Durante mucho tiempo pareció como si Irlanda constituyese una prueba; como si la destrucción de la Iglesia Católica en Irlanda iría a ser un símbolo del triunfo del protestantismo y de la declinación de la Fe. Esa destrucción casi fue lograda – pero no se completó.

Ése fue el mapa de Europa tal como quedó dibujado después de las guerras de religión.

Pero, aparte de la división geográfica, el efecto del largo conflicto y particularmente el hecho que terminó sin un vencedor neto, fue más profundo en el aspecto moral.

Se hizo obvio para cualquier observador que, de allí en más, la cultura europea quedaría dividida en dos campos, pero lo que sólo gradualmente penetró en la mente de Europa fue el hecho que, a causa de esta división permanente, las personas comenzarían a considerar a la religión misma como una cosa secundaria. Las consideraciones políticas, las ambiciones de las naciones separadas y de las dinastías

separadas comenzaron a parecer más importantes que las religiones separadas profesadas por las personas. Fue como si los hombres se dijesen a si mismos, no de una manera abierta pero sí semi consciente: "Desde el momento en que toda esta tremenda lucha no ha producido ningún resultado, las causas que condujeron al conflicto probablemente fueron exageradas".

En la única esfera que cuenta, en la mente del hombre, el efecto de las guerras de religión y su finalización en un empate fue que la religión, como un todo, quedó debilitada. Más y más personas comenzaron a pensar en su fuero interno: "No se puede llegar a la verdad en estas cuestiones; pero sabemos qué es la prosperidad mundana y qué es la pobreza, y qué son el poder y la debilidad políticas. Las doctrinas religiosas pertenecen a un mundo invisible al cual no conocemos de un modo tan completo ni de la misma manera".

Ése fue el primer fruto de las batallas que no se ganaron y del consentimiento virtual de los dos antagonistas de volver y quedarse en sus posiciones. Siguió habiendo bastante fervor religioso por ambas partes, pero de un modo sutil y no declarado, quedó más y más subordinado a motivos mundanos; especialmente al patriotismo y a la codicia.

Mientras tanto, a pesar de que las personas no se dieron cuenta de ello por mucho tiempo, ciertos resultados del éxito que el protestantismo había logrado, su establecimiento y su atrincheramiento en contra de la antigua religión, todo ello estaba trabajando debajo de la superficie y pronto aparecería claramente a la luz. La cultura protestante, aún a pesar de que por toda una generación siguió siendo numéricamente mucho menor que la cultura católica, y hasta bastante más pobre, tenía más vitalidad. Había comenzado con una revolución religiosa y el fervor de la revolución perduró y la inspiró. Había roto antiguas tradiciones y lazos que habían formado la estructura de la sociedad católica durante siglos enteros. El tejido social de Europa se disolvió en la cultura protestante de un modo más completo que en la católica, y esta disolución liberó energías que el catolicismo había refrenado, especialmente la energía de la competencia.

Todas las formas de innovación fueron naturalmente más favorecidas en la cultura protestante que en la católica; ambas culturas avanzaron rápidamente en las ciencias físicas, en la colonización de tierras lejanas, en la expansión de Europa por el mundo; pero los protestantes fueron más vigorosos que los católicos en todo ello.

Para dar un ejemplo; en la cultura protestante (excepto allí en dónde era remota y simple) el campesino libre, protegido por antiguas costumbres se extinguió. Terminó desapareciendo porque se rompieron los viejos usos que lo protegían de los ricos. Los adinerados compraron la tierra; grandes masas de personas que antes habían poseído tierras quedaron sin recursos. Comenzó el proletariado moderno y se sembraron las semillas de lo que hoy llamamos capitalismo. Hoy podemos apreciar el mal que ello constituía pero en ese momento significó que la tierra fue mejor cultivada. Los métodos nuevos y más científicos fueron más fácilmente aplicados por los ricos terratenientes de la nueva cultura protestante que por el tradicional campesinado católico y, al no haber control sobre la competencia, los primeros triunfaron.

También las interpretaciones tendieron a ser más libres en la cultura protestante que en la católica porque los protestantes no tenían una autoridad unitaria en materia de doctrina. Esto, que en el largo plazo estaba condenado a llevar al quiebre de la filosofía y de todo pensamiento sólido, tuvo unos primeros efectos estimulantes y revitalizadores.

Pero el gran y principal ejemplo de lo que estaba sucediendo a raíz de la rotura de la antigua unidad católica europea fue el surgimiento de la actividad bancaria.

La usura fue algo practicado en todas partes, pero en la cultura católica estaba restringida por ley y era practicada con dificultad. En la cultura protestante se convirtió en algo sobreentendido. Los mercaderes protestantes de Holanda fueron los pioneros en los inicios de la banca moderna; Inglaterra siguió pronto, y eso explica por qué las todavía comparativamente pequeñas naciones comenzaron a adquirir una formidable fuerza económica. Su capital móvil y su crédito continuaron aumentando en comparación con su riqueza total. El espíritu mercantil floreció vigorosamente entre los holandeses y los ingleses y la aceptación universal de la competencia continuó favoreciendo al lado protestante de Europa.

Todo este aumento del poder protestante estaba quedando en claro en la generación posterior a la Paz de Westfalia (1648-50 a 1720). Dejó de ser subconsciente para volverse consciente y fue sentido en todas partes a medida en que transcurría el primer tercio del Siglo XVIII. Antes de la mitad de ese siglo, hubo un sentimiento generalizado en el ambiente en cuanto a que el futuro estaba con los protestantes, aún cuando el catolicismo siguiese manteniendo los antiguos tronos con toda su gloria tradicional y su manifestación de poder – la Corona Imperial, los Estados Papales, la monarquía española y su enorme dominio de ultramar y la espléndida monarquía francesa. Para utilizar una expresión moderna, el protestantismo estaba "en alza".

Más todavía: la confianza estaba del lado protestante mientras el lado católico se descorazonaba. Un último factor favorecía mucho a la cultura protestante: el declinar del sentimiento religioso se generalizó después de 1750 y esta declinación de la religión, al principio, no hirió tanto a la cultura protestante como a la católica. En esta última dividió amargamente a las personas. El escéptico se convirtió allí en el enemigo de su piadoso conciudadano. Francia, hasta cierto punto Italia, mucho más tarde España – pero Francia muy temprano en el proceso – quedaron internamente divididas mientras que en la cultura protestante la diferencia de opinión y el escepticismo eran lugares comunes. Allí, las personas daban esas divergencias por sentado y las mismas conducían cada vez menos a animosidades personales o a divisiones civiles.

Esta fortaleza interna de la cultura protestante se mantuvo hasta los tiempos modernos y sólo ahora está comenzando a perderse a través del efecto gradualmente desintegrante de una falsa filosofía.

Quizás algo más de ciento cincuenta años atrás, pero hace menos de doscientos – digamos que entre 1760 y 1770 – a cualquier observador de nuestra civilización le hubiera quedado claro que estábamos ingresando en un período en el cual el lado anticatólico de las dos mitades en que la Cristiandad se había dividido estaba por convertirse en el sector principal; que la cultura protestante estaba a punto de obtener la hegemonía y la retendría, quizás, por largo tiempo. De hecho, no sólo la retuvo sino que aumentó su poder por algo así como cien años. Luego – pero no antes de llegar a nuestros tiempos – declinó.

Los signos exteriores de este crecimiento protestante fueron el continuo aumento del poder financiero, militar y naval de ese sector de Europa. El comercio inglés se expandió rápidamente; los holandeses continuaron aumentando su banca y, lo más importante de todo, Inglaterra comenzó a tener el control sobre la India. Del lado militar, los alemanes protestantes produjeron un nuevo y formidable ejército, el de Prusia, con una estricta disciplina coronada por la victoria.

Algo que tendría un gran efecto fue que la flota británica se hizo por lejos más poderosa que cualquier otra y, bajo su protección, el comercio inglés y el control inglés sobre el Este crecieron en forma constante. Por tierra, Prusia comenzó a ganar batallas y campañas. Estos éxitos prusianos no fueron continuos pero fundaron una tradición continua y su rey-soldado, Federico II, fue ciertamente uno de los grandes capitanes de la Historia.

Mientras tanto, la cultura católica declinó en estos mismos terrenos.

Austria, esto es: el poder del Emperador católico entre los alemanes, vio disminuida su fuerza. Lo mismo sucedió con el extenso Imperio Español que, por aquél tiempo, incluía la mayor parte de la América poblada.

Estos signos exteriores materiales de un creciente poder protestante y de la declinación del poder de la cultura católica no representaban sino un efecto de algo espiritual que estaba teniendo lugar en el interior. La Fe se estaba quebrando.

La cultura protestante resultaba inmune a este crecimiento del escepticismo. La disminución de la adhesión de las personas a las antiguas doctrinas de la Cristiandad no debilitó a la sociedad protestante. Todo el enfoque mental de esa sociedad declaraba que cada persona era libre de juzgar por si misma, y si había algo que repudiaba y que no quería, ello era la autoridad de una religión común.

Una religión común está en la naturaleza de la cultura católica y, de este modo, la declinación de la Fe causó un desastre en este sector. Destruyó la autoridad moral de los gobiernos católicos que estaban estrechamente relacionados con la religión y, o bien produjo una especie de parálisis del pensamiento y la acción como sucedió en España, o bien, como sucedió en Francia, dividió violentamente a las personas en dos bandos: los clericales y los anticlericales.

Tengamos en cuenta que, si bien hoy podemos ver las fuerzas que se hallaban actuando en el Siglo XVIII, las personas de aquella época no las veían. Inglaterra, mediante su poder naval, había logrado el control de la India; Prusia se había establecido como un fuerte poder; pero nadie preveía que Inglaterra y Prusia le harían sombra a la Cristiandad. India produciría la riqueza y el poder para quienes la explotaran y, con ella como base, se establecería el poder bancario y comercial sobre el Este. Prusia iría a absorber a los alemanes y a convulsionar a Europa.

Inglaterra (también a través de su poder naval) había llegado a dominar la colonia francesa del Canadá; pero nadie en aquellos días creía que las colonias tenían demasiada importancia, salvo como fuente de riquezas para la madre patria, y Canadá nunca había sido eso para Francia. Más tarde, cuando Inglaterra perdió sus colonias en América del Norte y éstas se volvieron independientes, el hecho fue equivocadamente considerado como un golpe mortal al poder mundial inglés.

Muy pocos previeron lo que significaría en el futuro la nueva república de Norteamérica. Su extensa y rápida expansión numérica y económica fortaleció inmensamente la posición de la cultura protestante en el mundo. Fue sólo mucho más tarde que una cierta proporción de inmigrantes católicos modificó en alguna medida esta posición pero, aún así, los Estados Unidos siguieron siendo esencialmente una sociedad protestante durante su sorprendente desarrollo.

Al final del Siglo XVIII y a principios del XIX se produjeron las guerras revolucionarias y las napoleónicas. También éstas aumentaron la fuerza del protestantismo y debilitaron aún más a la cultura católica. Lo hicieron indirectamente, y las cuestiones inmediatas fueron tanto más excitantes y tuvieron que ver tanto más directamente con la vida de las personas que este último y profundo efecto fue poco apreciado.

Hasta el día de hoy son pocos los historiadores que evalúan la derrota de Napoleón en términos de las culturas contrastantes de Europa. La Revolución Francesa fue un movimiento anticlerical y Napoleón, que la heredó, no fue un católico creyente y practicante. No regresó a la Fe sino hasta hallarse en su lecho de muerte. Tampoco, a pesar de su genio, percibió claramente que las diferencias religiosas constituyen la raíz de las diferencias culturales ya que toda la generación a la cual perteneció no tenía el concepto de ese profundo y universal discernimiento.

Sin embargo, sigue siendo cierto que, de haber triunfado Napoleón, la cultura preponderante de Europa hubiera sido católica. Su Imperio, aliado y con lazos matrimoniales con la antigua tradición católica de Austria, al darle paz a la Iglesia y al ponerle fin a los peligros revolucionarios, nos hubiera dado una Europa unida y estabilizada en la cual, a pesar del ampliamente difundido racionalismo de las clases más pudientes, Europa como un todo hubiera regresado a la tradición católica.

No obstante, Napoleón simplemente fracasó; y fracasó por calcular mal sus posibilidades en la campaña contra Rusia.

Después de su fracaso, el proceso de declinación que durante tanto tiempo había estado carcomiendo a la cultura católica, continuó a lo largo de todo el Siglo XIX. Como resultado de la derrota de Napoleón, Inglaterra pudo expandirse ininterrumpidamente mediante su ahora no sólo incuestionable sino hasta invencible poder naval. No había rival para ella en ninguna parte fuera de Europa. El Imperio Español, ya bastante alicaído, fue subdividido en gran medida como consecuencia de los esfuerzos de Inglaterra que deseaba un comercio sin trabas con la América Central y del Sur. Inglaterra se adueñó de puntos estratégicos por todo el globo, algunos de los cuales se convirtieron en sociedades locales considerables, llamadas colonias al principio y que ahora se llaman “dominios”.

Merced a la derrota de Napoleón, Prusia se convirtió en la potencia líder entre los alemanes. Anexó a la población católica del Rin y emergió como la triunfante rival de la Casa Habsburgo-Lorena del Emperador en Viena. Francia cayó en una serie incesante de experimentos políticos y fracasos en la base de los cuales estaba la profunda división religiosa de los franceses.

No hubo una Italia unificada y los esfuerzos que se hicieron para crearla fueron anticatólicos. Más aún, una de las ironías más ridículas de la Historia es que la gran potencia en la que Italia se ha convertido hoy surgió en gran medida por la simpatía que la Europa protestante manifestó por las rebeliones italianas originales contra el rey católico de Nápoles y contra la autoridad de los Estados Papales.

Durante la mayor parte de una generación después de la derrota de Napoleón, otro grupo de acontecimientos se volcó en la balanza en contra de la cultura católica. Fue la serie de aplastantes victorias obtenidas por Prusia en el campo de batalla entre 1866 y 1871. En esos cinco años Prusia destruyó el poder militar de la Austria católica y creó un nuevo Imperio Alemán en el cual los católicos fueron cuidadosamente aislados de

Austria y convertidos en una minoría con el Berlín protestante como su centro de gravedad. También, Prusia derrotó a Francia súbita y completamente, tomó París y anexó lo que le pareció del territorio francés.

Este último acontecimiento, la guerra franco-prusiana fue, por lejos, el más importante de todos y pudo muy bien haber significado el fin de la cultura católica de Europa a través del establecimiento de la república parlamentaria francesa (que fue de mal en peor en materia de leyes y de moral) y mediante el socavamiento de la confianza que los franceses tenían en si mismos. El nuevo régimen en Francia comenzó a devastar a la civilización francesa y aumentó infinitamente a la facción anticatólica la que llegó a obtener y a mantener el poder por sobre el pueblo francés. Más aún: como consecuencia de esa guerra, Inglaterra se hizo aún más fuerte en el Este. Tomó el lugar de Francia como dominadora de Egipto, se hizo cargo de la custodia del Canal de Suez (que los franceses habían construido justo antes de su derrota) y adquirió Chipre.

Italia estaba ahora unida pero era débil y menospreciada. España y Portugal habían declinado, al parecer más allá de toda esperanza de recobrarse. Con Francia desgarrada por su conflicto religioso y teniendo la peor clase de políticos profesionales, con el sol de Austria en el ocaso, con Prusia en plena carrera, con los Estados Unidos recuperándose de su guerra civil y más poderosos y coherentes que nunca – convirtiéndose rápidamente en el país más rico del mundo y con una población en igual de rápida expansión – pareció caerse de maduro que la cultura católica sería directamente barrida del mapa. La cultura protestante se había convertido en el líder manifiesto de la civilización blanca.

La situación era evidente no sólo políticamente sino también en el terreno económico. La nueva maquinaria que transformaba la vida en todas partes, las nuevas y rápidas comunicaciones que transportaban pensamientos, mercaderías y personas; todo ello era principalmente producto de la cultura protestante. Las naciones católicas no hacían más que copiar a las naciones protestantes en estas cuestiones.

Lo mismo sucedía con las instituciones. La institución inglesa del parlamento, que había surgido y se había mantenido por una clase gobernante bajo condiciones aristocráticas, fue imitada en todas partes. Era una institución que se adaptaba pésimamente a sociedades con un fuerte sentido de igualdad humana, pero era tal el prestigio de Inglaterra que las personas copiaron instituciones inglesas en todas partes.

Mientras tanto, Irlanda, que propiamente puede ser llamada la prueba de la suerte de la cultura católica, pareció dar la señal de la ruina final de esa cultura. La población irlandesa, hacía tiempo despojada de sus tierras, quedó reducida a la mitad por la hambruna. La riqueza de Irlanda disminuyó con la misma rapidez con la que creció la de Inglaterra y nadie razonable pensó que sería posible que Irlanda, después de sus terribles experiencias en el Siglo XIX, pudiese surgir otra vez de entre los muertos.

El Papa había sido despojado de sus ingresos mediante la toma de sus Estados y era ahora un prisionero en el Vaticano con todo el espíritu del nuevo gobierno italiano – ahora su aparente soberano – más y más opuesto a la religión. El sistema educativo de Europa se divorció cada vez más de la religión y en los grandes países católicos, o bien se desmoronó, o bien cayó en manos anticatólicas.

Es muy difícil decir cuando cambia la marea en los grandes procesos de la Historia. Pero hay una regla que puede ser sabiamente aplicada: el cambio de marea sobreviene antes de lo que piensan las personas cuyo juicio se basa sobre fenómenos superficiales. Cualquier gran sistema – el activamente centralizado Imperio Romano de Occidente, el

Imperio Español, el período de la dominación turca en el Este, el período de las monarquías absolutas en Europa Occidental – todos estos sistemas comenzaron realmente a colapsar mucho antes de que un observador externo pudiese notar cambio alguno. Por ejemplo, en una fecha tan tardía como 1630 las personas todavía hablaban y pensaban del poder español como la cosa más grande del mundo; y, sin embargo, había recibido su herida mortal en Holanda más de una generación antes y después de Rocroi (1643) estaba desangrándose lentamente.

Así sucedió y así sucede con la hegemonía protestante sobre nuestra cultura; con el liderazgo protestante y anticatólico de la civilización blanca. La marea ha cambiado. Pero ¿cuál fue el momento en que cambió? ¿Cuándo se produjo el intervalo entre la marea alta y la baja?

Es difícil fijar una fecha para estas cosas pero una regla universal dice que, en la duda entre dos fechas, debe preferirse la más temprana a la más tardía.

Muchos pondrían a los años 1899-1901, la época de la aciaga guerra Boer, como la fecha del punto de inflexión. Algunos la pondrían más tarde. Por mi parte, la fijaría alrededor de los años 1885-1887. Me parece que un observador universal, no sesgado por sentimientos patrióticos, fijaría ese momento – o bien 1890 a lo sumo – como el punto de inflexión en la curva. Los poderes protestantes eran entonces aparentemente más poderosos que nunca; pero la reacción estaba agitándose y en la próxima generación se volvería visible.

Cualesquiera que fuesen las causas y sean cuales fueren las fechas a fijar (con seguridad entre 1885 y 1904) lo cierto es que la marea estaba cambiando. No estaba cambiando hacia el restablecimiento de la cultura católica como la líder de Europa, menos aún hacia el restablecimiento de la Iglesia Católica como el espíritu universal de esa cultura; pero las ideas y las cosas que habían convertido a la cultura opuesta en todopoderosa estaban decayendo. Esta declinación moderna de la hegemonía protestante y su continuidad en una amenaza completamente nueva – y en una nueva reacción católica contra esa amenaza – es lo que describiré a continuación.

Sea cual fuere la fecha que le asignemos a la cumbre del poder en la cultura protestante, sea que digamos que su decadencia comenzó en una fecha tan temprana como 1890 o que no puede ser fijada antes de 1904, [18] no hay duda que después de esta fecha – en otras palabras: durante los primeros años del Siglo XX – la supremacía de la cultura protestante se hallaba socavada.

Las distintas herejías protestantes sobre las cuales se había basado y el espíritu general de todas esas herejías combinadas estaba declinando. Como consecuencia de ello, su fruto, la hegemonía protestante sobre Europa y el mundo blanco, estaba declinando también. El protestantismo estaba siendo estrangulado en su raíz – en sus raíces espirituales – con lo que los frutos materiales de ese árbol estaban empezando a secarse.

Cuando estudiamos en detalle el proceso de este velado decaimiento de la supremacía de la cultura protestante, hallamos dos conjuntos de causas. La primera, y aparentemente la menos importante (aunque la posteridad quizás descubra que fue de gran importancia) fue cierta recuperación de la confianza en una porción (y sólo una porción) de las naciones que habían heredado la cultura católica y, al mismo tiempo, un renacimiento de la vitalidad de las enseñanzas católicas.

Políticamente no hubo una reacción para retomar la antigua fortaleza de la cultura católica; fue más bien lo contrario. Irlanda continuó declinando en población y en riqueza y era ahora más dependiente de un poder protestante que nunca antes. Polonia, aparentemente, no tenía esperanzas de resurgir. Las divisiones dentro de la cultura católica misma se hicieron peores que nunca. En Francia (que era la piedra de toque de la totalidad) la lucha entre la Iglesia y sus enemigos se convirtió en algo sobreentendido y la victoria de sus enemigos llegó a ser igual de sobreentendida. La religión estaba desapareciendo de las escuelas primarias. Grandes sectores del campesinado estaban perdiendo su fe ancestral y, la declinación de la religión arrastró consigo la declinación del buen gusto en la arquitectura, en todas las artes y, lo que es lo peor de todo, en todas las letras. La antigua lucidez intelectual francesa comenzó a volverse confusa. No hubo un renacimiento español y en Italia, el poder anticlerical y parlamentario masónico más las diferencias existentes entre los diversos distritos hicieron que otra provincia de la cultura católica se debilitara.

Pero en todas las naciones de la cultura católica ya se hacía visible alguna recuperación de la religión en las clases más pudientes,

Esto puede no parecer mucho, dado que las clases más ricas constituyen una pequeña minoría; pero éstas influenciaron a las universidades y, por lo tanto, a la literatura y a la filosofía de su generación. Mientras una generación antes cualquiera hubiera dicho que el catolicismo jamás volvería a aparecer en la Universidad de París, ahora ya se veían signos de que volvía a ser tomado muy en serio. En todo esto, el gran Papa León XIII desempeñó un papel principal, secundado por quien más tarde se convertiría en el Cardenal Mercier. Santo Tomás fue rehabilitado y la Universidad de Lovaina se convirtió en el foco de una energía intelectual que se irradió a través de toda Europa Occidental.

Aún así y lo repito, todo esto tuvo una importancia menor frente al decaimiento interno de la cultura protestante. La cultura católica siguió estando dividida; no había signos de que retornaría a su gran papel del pasado, y – a pesar de que tanto las semillas del resurgimiento irlandés como del polaco habían sido sembradas (el primero de ellos a través de la muy importante recuperación de las tierras por parte del campesinado irlandés) – nadie hubiera podido predecir el fortalecimiento integral de la cultura católica en toda nuestra civilización. De hecho, la mayoría hoy tampoco puede percibir ese fortalecimiento.

Hubo grandes conversos, como que siempre los ha habido. Hubo, lo que es más significativo aún, grupos enteros de personas muy eminentes, tales como Brunetière en Francia, que congeniaron cada vez menos con el ateísmo y el agnosticismo pasados de moda y quienes, sin declararse católicos, simpatizaron claramente con el sector católico. Pero todos ellos no ejercieron influencia sobre la corriente principal. Lo que realmente produjo el cambio fue la gran debilidad interna de la cultura protestante como algo opuesto a la católica. Fue este decaimiento de los oponentes de la Iglesia lo que comenzó a transformar a Europa y a preparar a las personas para otro gran cambio adicional al cual llamaré (tanto como para darle un nombre y poder estudiarlo más adelante) "la fase moderna".

La cultura protestante decayó por dentro a raíz de una cantidad de causas, probablemente todas conexas, aún cuando es difícil rastrear esa conexión; todas probablemente procedentes de aquello que los médicos llamarían la condición "auto-tóxica" de la cultura protestante. Decimos que un organismo se ha vuelto "auto-tóxico" cuando comienza a intoxicarse a si mismo, cuando pierde vigor en sus procesos vitales

y acumula secreciones que continuamente disminuyen sus energías. Algo por el estilo estaba sucediendo con la cultura protestante hacia fines del Siglo XIX y comienzos del XX.

Esta fue la causa general de la declinación protestante, pero su acción fue ambigua y difícil de aprehender. Sobre las causas **particulares** de dicha declinación podemos tener mayor certeza y ser más concretos.

Por de pronto, la base espiritual del protestantismo se hizo pedazos por el derrumbe de la Biblia como autoridad suprema. Este derrumbe fue el resultado de ese mismo espíritu de investigación escéptica sobre el cual el protestantismo siempre estuvo basado. Había comenzado diciendo: "Niego la autoridad de la Iglesia. Cada persona debe examinar por si misma la credibilidad de toda doctrina". Pero había tomado como apoyo (bastante ilógicamente por cierto) a la doctrina católica de la inspiración escritural. La Iglesia Católica había declarado que esa gran masa de folklore judío, poesía e Historia popular tradicional, ese cuerpo de registros de la Iglesia Temprana que llamamos el Nuevo Testamento, se hallaban divinamente inspirados. El protestantismo (como todos sabemos) volvió esta misma doctrina de la Iglesia en contra de la Iglesia misma y apeló a la Biblia en contra de la autoridad católica.

De allí que la Biblia – el Antiguo y el Nuevo Testamento combinados – se convirtió en un objeto de culto por si misma a través de la cultura protestante. Había una gran cantidad de dudas y hasta de paganismo flotando en el ambiente antes del fin del Siglo XIX en las naciones de cultura protestante; pero la masa de las poblaciones, tanto en Alemania como en Inglaterra y en la península escandinava, y por cierto que en los Estados Unidos, se aferró a una interpretación literal de la Biblia.

Ahora bien, la investigación histórica, la investigación en las ciencias físicas y la investigación en la crítica de textos sacudió esta actitud. La cultura protestante empezó a deslizarse hacia el otro extremo; de haber adorado al propio texto de la Biblia como algo inmutable y como la clara voz de Dios, cayó en dudar de casi todo lo contenido en la Biblia.

Cuestionó la autenticidad de los cuatro Evangelios, particularmente a los dos escritos por testigos oculares de la vida de Nuestro Señor y más especialmente al de San Juan, el principal testigo de la Encarnación.

Llegó a negar el valor histórico de casi todo en el Antiguo Testamento que fuese anterior al exilio babilónico; negó como una cuestión de principio todo milagro, de una tapa a la otra del libro, y toda profecía.

Si un documento contenía una profecía, eso se interpretaba como prueba de que había sido escrito después de los hechos. Todo texto inconveniente fue etiquetado de interpolación. Al final, cuando este espíritu (que fue producto del protestantismo mismo) hubo terminado con la Biblia – es decir: con el mismo fundamento del protestantismo – lo que quedó del protestantismo no fue más que una masa de ruinas.

Hay incluso otro ejemplo de cómo el espíritu del protestantismo destruyó sus propios fundamentos, pero se halla en otro terreno: en el de la economía social.

El protestantismo había producido la libre competencia permitiendo la usura y destruyendo las antiguas salvaguardas que protegían las propiedades del hombre pequeño: el gremio y la asociación local.

En la mayor parte de los lugares en dónde tuvo poder (y especialmente en Inglaterra) el protestantismo destruyó al campesinado por completo. Produjo el industrialismo moderno en su forma capitalista y produjo la banca moderna que al final se convirtió en dueña de la comunidad, pero bastó con que algo más que una generación tuviese la experiencia del capitalismo industrial y del poder usurario de los banqueros para demostrar que ninguno de los dos podría continuar. Habían engendrado extensos desastres sociales que iban de mal en peor hasta que las personas, sin apreciar conscientemente la causa última de esas calamidades (que es, por supuesto, espiritual y religiosa) hallaron de cualquier modo que los males eran insoportables.

Pero, en definitiva, la riqueza y el poder político de la cultura protestante estaban basados sobre justamente las instituciones que ahora se criticaban.

El capitalismo industrial y la banca usurera constituían justamente la fortaleza misma de la civilización protestante del Siglo XIX. Habían triunfado especialmente en la Inglaterra victoriana. En el momento en que escribo estas palabras, son todavía superficialmente todopoderosos – pero cada uno de nosotros sabe que su hora ha llegado. Se han corrompido desde adentro; y con ellos se corrompió la hegemonía protestante a la que tan poderosamente habían apoyado durante las generaciones inmediatamente anteriores a la nuestra.

Hubo, además, otra causa del debilitamiento y la declinación de la cultura protestante: sus diferentes partes tendían a entrar en conflicto entre si. Era lo esperado de un sistema basado simultáneamente en la competencia y en la adulación del orgullo humano. Las distintas sociedades protestantes, en especial la británica y la prusiana, estaban – cada una por su lado – convencidas de su propia y completa superioridad. Pero no se pueden tener dos o más razas superiores.

Este ambiente de auto-idolatría necesariamente condujo a un conflicto entre los auto-idólatras. Podían ponerse de acuerdo en despreciar a la cultura católica; pero no pudieron preservar la unidad entre ellos mismos.

El problema se agravó por la falta inherente de un plan. La cultura protestante, habiendo comenzado por exagerar el poder de la razón humana, estaba terminando por abandonar la razón humana. Se vanagloriaba de su dependencia del instinto y hasta de la buena suerte. No hubo frase más común en labios de los ingleses protestantes que aquella de: "No somos una nación lógica". Cada grupo protestante se convirtió en "el país de Dios", en el favorito de Dios – y de alguna manera u otra se suponía que terminaría siendo hegemónico sin tomarse el trabajo de pensar un esquema para su propia conducta.

En el largo plazo no hay nada más fatal para un individuo o para una gran sociedad que esta ciega dependencia de una buena suerte garantizada y un descuido igualmente ciego de los procesos racionales. Es algo que le abre la puerta a cualquier extravagancia, sea material o espiritual; a concepciones de dominio universal, al poder mundial y a cosas similares que, en sus efectos, constituyen venenos mortales.

Todos estos fenómenos combinados condujeron al gran colapso que oficialmente fechamos en 1914 pero cuya gestación se ubica por lo menos tres años antes, ya que

fue tres años antes del estallido de la Gran Guerra que las naciones comenzaron a hacer sus preparativos para el conflicto.

En la Gran Guerra, por supuesto, la totalidad del antiguo estado de cosas colapsó estrepitosamente. Lo que sobrevivió de lo que habían sido las instituciones de la hegemonía protestante – el control por los bancos, la exacción de una usura general a través de empréstitos internacionales, todo el competitivo sistema industrial, la irrestricta explotación de un extenso proletariado por parte de una pequeña clase capitalista – todo ello sólo sobrevivió en forma precaria, sostenido por toda clase de subterfugios y aún así sólo en algunas pocas sociedades. En la gran masa de nuestra civilización, estas cosas desaparecieron rápidamente. La principal institución política que les había servido – el parlamento integrado por políticos profesionales que se autodenominaban "representativos" – siguió por el mismo camino. Nuestra civilización comenzó a entrar en un período de experimentos políticos, incluyendo despotismos, cada uno de los cuales puede ser y probablemente será efímero pero, en cualquier caso, todos estos experimentos significan un corte con el pasado inmediato.

Cesó de existir el antiguo mundo blanco en el cual una cultura católica dividida y confundida fue desplazada por una triunfante y poderosa cultura protestante.

Pero cabe destacar que este colapso del antiguo fenómeno anticatólico, la cultura protestante, no presenta signos de ser suplantado por la hegemonía de la cultura católica. No hay señales todavía de una reacción tendiente a restablecer el dominio de las ideas católicas; a restaurar plenamente la única Fe que puede salvar a Europa y a toda nuestra civilización.

Cuando nos libramos de un mal, casi siempre sucede que nos encontramos frente a otro de cuya existencia hasta ese momento no habíamos sospechado. Eso es lo que sucede ahora con el derrumbe de la hegemonía protestante. Estamos ingresando a una nueva fase – "la Fase Moderna", según la he llamado – en la cual la Iglesia Eterna enfrenta problemas muy diferentes. Un enemigo muy diferente amenazará la existencia de esta Iglesia y la salvación del mundo que depende de ella. En qué consiste esa fase moderna es lo que intentaré analizar a continuación.

Capítulo 7
La Fase Moderna

Nos acercamos al mayor momento de todos.

La Fe no está ahora en la presencia de una herejía particular – como lo estuvo en el pasado ante la herejía arriana, la maniquea, la albigense o la mahometana – ni tampoco está en presencia de una especie de herejía generalizada como lo estuvo cuando tuvo que enfrentar a la revolución protestante hace trescientos o cuatrocientos años atrás. El enemigo al cual la Fe tiene que enfrentar ahora, y que podría ser llamado "El Ataque Moderno", constituye un asalto integral a lo fundamental de la Fe – a la existencia misma de la Fe. Y el enemigo que ahora avanza sobre nosotros está cada vez más consciente de que no existe la posibilidad de ser neutrales. Las fuerzas que ahora se oponen a la Fe están diseñadas para destruir. De aquí en más la batalla se librará sobre una bien definida línea divisoria y lo que está en juego es la supervivencia o la destrucción de la Iglesia Católica. Y toda su filosofía; no una parte de ella.

Sabemos, por supuesto, que la Iglesia Católica no puede ser destruida. Pero lo que no sabemos es la medida del área en la cual habrá de sobrevivir. No conocemos su poder para revivir ni el poder del enemigo para empujarla más y más hacia atrás hasta sus últimas defensas, hasta que parezca que el Anticristo ha llegado y estemos a punto de decidir la cuestión final. De tal envergadura es la lucha ante la cual se halla el mundo.

A muchos que no sienten simpatía por el catolicismo, a quienes heredaron la antigua animosidad protestante contra la Iglesia (aún cuando el protestantismo doctrinario ya está muerto), y a quienes piensan que cualquier ataque contra la Iglesia tiene que ser de alguna manera una buena cosa, a todos ellos la lucha ya les parece como un ataque, actual o inminente, contra lo que ellos llaman el "cristianismo".

Por todas partes es posible hallar personas diciendo que el movimiento bolchevique (por ejemplo) es "decididamente anticristiano" – "opuesto a toda forma de cristianismo" – y debe ser "resistido por todos los cristianos, sin importar la iglesia particular a la que cada uno pueda pertenecer", y así sucesivamente.

El discurso y los escritos de esta clase son insubstanciales porque no significan nada definido. No existe una religión que se llame "religión cristiana". Nunca existió una religión así.

Existe y siempre existió la Iglesia y varias herejías procedentes del rechazo de algunas de las doctrinas de la Iglesia por parte de personas que seguían queriendo retener el resto de sus enseñanzas y de su moral. Pero nunca hubo, nunca podrá haber y nunca habrá una religión cristiana general, profesada por todas las personas dispuestas a aceptar algunas importantes doctrinas centrales y poniéndose de acuerdo en disentir respecto de otras. Desde el principio siempre estuvo, y siempre estará, la Iglesia por un lado y, del otro, una variedad de herejías condenadas ya sea a decaer, o bien, como el mahometanismo, a crecer y convertirse en una religión aparte. Nunca hubo y nunca podrá haber una definición de una religión cristiana común porque algo así no existió jamás.

No hay una doctrina esencial de una característica tal que, habiéndonos puesto de acuerdo sobre ella, podamos diferir en cuanto al resto. Por ejemplo, no es posible aceptar la inmortalidad pero negar a la Trinidad. Una persona podría autodenominarse cristiana aún negando la unidad de la Iglesia Cristiana; podría autodenominarse cristiana aún negando la presencia de Jesucristo en el Sagrado Sacramento; podría autodenominarse alegremente cristiana aún negando la Encarnación.

No; la lucha es entre la Iglesia y la anti-Iglesia; entre la Iglesia de Dios y el anti-dios; entre la Iglesia de Cristo y el Anticristo.

La verdad se está volviendo cada día más obvia y dentro de unos pocos años será universalmente admitida. Al ataque moderno no le he puesto la denominación de "Anticristo", aunque en mi fuero interno creo que ése sería el término adecuado. No le he puesto ese nombre porque, por el momento, parecería exagerado. Pero el nombre no importa. Sea que lo llamemos "Ataque Moderno" o "Anticristo", es la misma cosa: hay una clara cuestión establecida entre el mantenimiento de la moral, la tradición y la autoridad católicas por un lado, y el esfuerzo activo orientado a destruirlas por el otro. El ataque moderno no nos tolerará. Tenemos que intentar destruirlo porque es el enemigo, totalmente equipado y apasionado, de la Verdad por la cual viven los seres humanos. El duelo es a muerte.

A veces las personas se refieren al ataque moderno llamándolo "un retorno al paganismo". Esa definición es cierta si por paganismo entendemos una negación de la verdad católica: si por paganismo entendemos la negación de la Encarnación, de la inmortalidad, de la unidad y personalidad de Dios, de la responsabilidad directa del ser humano ante Dios y de todo ese cuerpo de pensamiento, sentimiento, doctrina y cultura que se resume en la palabra "católico". Entonces, y en ese sentido, el ataque moderno es un regreso al paganismo.

Pero hay más de un paganismo. Hubo un paganismo del cual todos provenimos: el noble y civilizado paganismo de Grecia y de Roma. Existió el paganismo bárbaro de las salvajes tribus externas, los germanos, los eslavos y todos los demás. Está el paganismo degradado del África; el foráneo y desesperanzado paganismo del Asia. Ahora bien, desde el momento en que de todos estos paganismos fue posible atraer a personas hacia la Iglesia universal, cualquier nuevo paganismo que rechace a la Iglesia ciertamente sería bastante distinto de los paganismos para los cuales la Iglesia fue, o es, desconocida.

Una persona subiendo una montaña puede estar al mismo nivel que otro bajándola; pero ambos caminan por sendas diferentes y tienen destinos finales distintos. Nuestro mundo, al salir del antiguo paganismo de Grecia y de Roma para dirigirse hacia la consumación de la Cristiandad y de la civilización católica de la que todos derivamos, es la negación propiamente dicha del mismo mundo que abandona la luz de su religión ancestral y se desliza hacia atrás para llegar a la oscuridad.

Siendo así las cosas, examinemos al Ataque Moderno – al avance anticristiano – y distingamos su naturaleza especial.

Para empezar, hallamos que es, al mismo tiempo, materialista y supersticioso.

Hay aquí una contradicción racional pero la fase moderna, el avance anticristiano, ha abandonado a la razón. Está enfocada en la destrucción de la Iglesia Católica y la civilización creada por ella. No le preocupan las aparentes contradicciones en su propio

organismo mientras la alianza general esté dirigida a terminar con todo aquello por lo cual hasta ahora hemos vivido. El ataque moderno es materialista porque, en su filosofía, considera solamente causas materiales. Es supersticioso sólo como una consecuencia secundaria de este estado mental. Alimenta superficialmente las tontas extravagancias del espiritualismo, el vulgar sinsentido de la "Ciencia Cristiana", y sólo el cielo sabe cuantas fantasías adicionales. Pero estas tonterías no están alimentadas por un hambre de religión sino por la misma raíz que ha convertido al mundo en materialista: por la incapacidad de comprender la verdad primordial de que la fe está en la base de todo conocimiento; por pensar que la verdad no se puede apreciar sino por experiencia directa.

Así, el espiritualista presume de sus manifestaciones demostrables y sus variados rivales presumen de sus claras pruebas directas; pero todos están de acuerdo en que la Revelación tiene que ser negada. Ha sido muy correctamente destacado que no hay nada más notorio que la forma en que todas las prácticas modernas cuasi-religiosas están de acuerdo en este punto: en que la Revelación debe ser negada.

Podemos dejar por sentado, pues, que el nuevo avance contra la Iglesia – en lo que quizás resulte ser el avance final contra ella siendo que constituye el único enemigo moderno relevante – es fundamentalmente materialista. Lo es en la lectura que hace de la Historia y, por sobre todo, en sus propuestas de reforma social.

Característico de la ola que avanza es que, siendo atea, repudia a la razón humana. Una actitud semejante parecería ser, a su vez, una contradicción en los términos, puesto que si negamos el valor de la razón humana, si afirmamos que no podemos llegar a ninguna verdad mediante la razón, pues entonces ni siquiera esa afirmación puede ser verdadera. Si eso es cierto, nada es verdadero y no hay nada que valga la pena expresar. Pero ese gran Ataque Moderno (que es más que una herejía) es indiferente ante la auto-contradicción. Se limita a afirmar. Avanza como un animal, confiando exclusivamente en la fuerza. Más aún, quizás valga la pena señalar de pasada que esto puede muy bien convertirse en la causa de su derrota final; porque hasta ahora la razón siempre ha vencido a sus opositores y el hombre domina a las bestias en virtud de su razón.

De cualquier manera que sea, éste es el carácter principal del Ataque Moderno. Es materialista y ateo; y siendo ateo, necesariamente es indiferente ante la verdad. Porque Dios es Verdad.

Pero existe (como descubrieron los más grandes entre los antiguos griegos) cierta indisoluble Trinidad constituida por la Verdad, la Belleza y la Bondad. No se puede negar o atacar a una de ellas sin, simultáneamente, negar o atacar a las otras dos. En consecuencia, con el avance de este nuevo y tremendo enemigo de la Fe y de toda la civilización que la Fe produce, lo que se viene no es tan sólo un desprecio por la belleza sino un odio hacia ella; e inmediatamente después, pisándole los talones, aparece el desprecio y el odio a la virtud.

Los tontos menos malos, los menos viciosos conversos que ha hecho el enemigo, hablan vagamente de "reajustes", de "un nuevo mundo" y de un "nuevo orden"; pero no comienzan diciéndonos – como por razones elementales deberían hacerlo – sobre qué principios habrá de levantarse este nuevo orden. No definen el fin que tienen en vista.

El comunismo (que es tan sólo una de las manifestaciones, y probablemente sólo una manifestación pasajera, de este Ataque Moderno) proclama que está dirigido hacia

cierto bien; vale decir: hacia la abolición de la pobreza. Pero no nos dice por qué esto habría de ser bueno; no admite que su esquema incluye también la destrucción de otras cosas que son buenas según el consenso común de la humanidad: la familia, la propiedad (que garantiza la libertad y la dignidad individuales), al humor, a la misericordia y a todas las formas que consideramos como propias de una vida recta.

Se le puede poner el nombre que se quiera. Se lo puede llamar, como lo hago yo aquí, "el Ataque Moderno"; o bien "Anticristo", como creo que las personas pronto tendrán que llamarlo; o bien se lo puede denominar con el término temporalmente prestado de "Bolcheviquismo". Al fenómeno en si lo conocemos aceptablemente bien. Y no es la revuelta de los oprimidos; no es el alzamiento del proletariado contra la injusticia y la crueldad capitalista. Es algo que viene de afuera; como un espíritu maligno que se aprovecha de la desesperación de las personas y de su enfado por condiciones injustas.

Esa cosa está ante nuestras puertas. En última instancia, por supuesto, constituye la consecuencia del quiebre original de la Cristiandad por la Reforma. Comenzó con la negación de una autoridad central y terminó diciéndole al hombre que es autosuficiente instaurando por todas partes grandes ídolos para que fuesen adorados como dioses.

No es tan sólo por el lado comunista que esto aparece; lo hace también en las organizaciones que se oponen al comunismo; en las razas y naciones en dónde la fuerza bruta está colocada en el lugar de Dios. Aquí también se instauran ídolos a los cuales se les ofrecen espantosos sacrificios humanos. También en estos lugares se niega la justicia y el correcto orden de las cosas.

Esa es la naturaleza de la batalla en la que ahora nos encontramos y contra semejantes enemigos la posición de la Iglesia Católica hoy parece ser por cierto débil.

Pero existen ciertas fuerzas que están a su favor y que pueden conducir, después de todo, a una reacción que podría hacer resurgir el poder de la Iglesia sobre la humanidad.

En las próximas páginas consideraré cuales pueden ser los resultados inmediatos de esta nueva gran idolatría y, en las siguientes, discutiré la cuestión principal; que es la de establecer si el proceso apunta a convertir a la Iglesia en una fortaleza aislada que se defiende de grandes adversidades – en un arca en medio de un creciente diluvio que, si bien no hunde a la nave, tapa y destruye todo lo demás – o bien si la Iglesia puede quizás restaurar en algo su antiguo poder.

El Ataque Moderno contra la Iglesia Católica – el más universal de todos los que ha sufrido desde que fuera fundada – ha progresado tanto que ya ha producido consecuencias sociales, intelectuales y morales. Estas consecuencias, combinadas, le dan cierto sabor a religión.

Este Ataque Moderno, como ya he señalado, no es una herejía en el antiguo sentido de la palabra; ni una síntesis de herejías que tienen en común el odio a la Fe (como lo fue el movimiento protestante). A pesar de ello, sin embargo, es mucho más profundo y sus consecuencias son más devastadoras que las anteriores herejías. Es esencialmente ateo, aún cuando su ateísmo no sea abiertamente predicado. Considera al hombre como un ser autosuficiente, a la oración como una autosugestión y – esto es fundamental – a Dios como nada más que un producto de la imaginación; como la propia imagen del ser humano arrojada al universo; como un fantasma y no como una realidad.

Entre sus muchas sabias declaraciones, el Papa actual [*4*] pronunció una frase cuyo profundo sentido fue por demás notable en su momento y, desde entonces, ha sido poderosamente confirmado por los acontecimientos. Lo que dijo fue que, mientras que en el pasado la negación de Dios había estado confinada a un número comparativamente reducido de intelectuales, *esa negación ahora ha ganado a las multitudes y se halla actuando en todas partes como una fuerza social*.

Éste es el enemigo moderno; éste es ese diluvio en progreso; ésta es la mayor lucha, y puede ser la final, entre la Iglesia y el mundo. Debemos juzgar a este enemigo por sus frutos y los mismos, si bien aún no están maduros, ya se han hecho reconocibles. ¿Cuáles son esos frutos?

En primer lugar, estamos siendo testigos del renacimiento de la esclavitud; un resultado necesario de la negación del libre albedrío cuando dicha negación avanza un paso más allá de Calvino y niega tanto la responsabilidad ante Dios como la limitación del poder del ser humano. Las dos formas de esclavitud que están apareciendo gradualmente y que, por el efecto del ataque moderno a la Fe, se harán cada vez más maduras a medida en que pase el tiempo, son la esclavitud respecto del Estado y la esclavitud respecto de corporaciones e individuos privados.

Los conceptos se emplean con tanta ambigüedad actualmente; existe tal parálisis en el poder de la definición, que casi cualquier frase en la que se emplean giros actuales puede llegar a ser malinterpretada. Si fuésemos a decir "esclavitud bajo el capitalismo", el término "capitalismo" significará distintas cosas para diferentes personas. Para un grupo de escritores significará (y debo confesar que significa para mí cuando lo empleo) "la explotación de masas de personas aún libres por parte de unos pocos propietarios de los medios de producción, transporte e intercambio." Cuando la masa de las personas está desposeída – vale decir: cuando no posee nada – los individuos se vuelven completamente dependientes de los propietarios; y cuando esos propietarios están envueltos en una activa competencia para bajar los costos de producción, las masas de personas a las que explotan no sólo carecen del poder de ordenar sus propias vidas sino que, además, sufren carencias e inseguridades.

Pero para otra persona el término "capitalismo" podría significar simplemente el derecho a la propiedad privada; para algún otro designará al capitalismo industrial que trabaja con máquinas y que contrasta con la producción agrícola. Lo repito: a fin de que la discusión tenga sentido en absoluto tenemos que tener nuestros términos claramente definidos.

Cuando el Papa actual se refirió en su Encíclica a personas reducidas "a una condición no lejana de la esclavitud", lo que quiso dar a entender es justamente lo que se ha dicho más arriba. Cuando la masa de las familias de un Estado carecen de propiedades, quienes antes eran ciudadanos se convierten en esclavos. Mientras más interviene el Estado para imponer condiciones de seguridad y abastecimiento; mientras más regula los salarios, provee seguros compulsivos, atención médica, educación y, en general, mientras más se hace cargo de las vidas de los asalariados en beneficio de las compañías y las personas que emplean a estos asalariados, tanto más se acentúa esa condición de semi-esclavitud. Si continuara por, digamos, unas tres generaciones, se volverá tan firmemente establecida como hábito social y como esquema mental que ya no habrá escapatoria de ella en aquellos países en dónde un socialismo de Estado de este tipo ha sido forjado e impuesto sobre el organismo político.

En Europa, particularmente Inglaterra (pero también muchos otros países en un grado menor) se ha adherido a este sistema. Por debajo de cierto nivel de ingresos, a una persona se le garantiza la mera subsistencia en caso de que se quede sin empleo. El subsidio le es abonado por funcionarios públicos al precio de la pérdida de la dignidad humana. Cada circunstancia de su familia es examinada; está más en las manos de estos funcionarios cuando pierde su empleo que en las manos de su empleador cuando lo tiene. El sistema se encuentra todavía en transición; las personas aún no perciben hacia qué fines conduce la tendencia, pero el desprecio por la dignidad humana, la negación – al menos potencial, cuando no concreta – del la doctrina del libre albedrío han conducido por consecuencia natural a instituciones que ya son semi-serviles. Se volverán completamente serviles a medida en que pase el tiempo.

Ahora bien, en contra del mal de la esclavitud asalariada , existe cierto remedio propuesto desde hace largo tiempo y que hoy trabaja duro y se encuentra en funciones. El nombre más breve para el mismo es comunismo: la esclavitud estatal; mucho más avanzada e integral que la primera forma de esclavitud capitalista

De la "esclavitud asalariada" sólo podemos hablar en forma de metáfora. La persona que trabaja por un salario no es plenamente libre como lo es una persona poseedora de una propiedad. Tiene que hacer lo que su patrón le ordena y, cuando su condición no es la de una minoría, ni siquiera la de una minoría limitada sino virtualmente la de la totalidad de la población, a excepción de una comparativamente pequeña clase capitalista, la proporción de la libertad real en su vida se reduce por cierto. No obstante, legalmente, sigue estando allí. El empleado todavía no ha caído en la condición de esclavo aún en las comunidades más altamente industrializadas. Su status legal sigue siendo el de un ciudadano. En teoría sigue siendo una persona libre que ha convenido por contrato con otra persona el realizar cierta cantidad de trabajo por una cierta cantidad de salario. La persona que firma contrato y paga puede obtener, como puede no obtener, un beneficio con ello. La persona que firma contrato y trabaja puede recibir en forma de salario un valor equivalente, o un valor no equivalente, al valor del trabajo que realiza. Pero, técnicamente, ambos son libres.

Esta primera forma del mal social producida por el espíritu moderno es más bien una tendencia a la esclavitud que la esclavitud misma. Si se quiere, se la puede llamar semi-esclavitud allí en dónde está relacionada con enormes empresas, grandes fábricas, corporaciones monopólicas, etc. Pero sigue no siendo una esclavitud total.

Ahora bien, el comunismo es esclavitud total. Es el enemigo moderno trabajando abiertamente, sin disfraz y a alta presión. El comunismo niega a Dios, niega la dignidad y por lo tanto la libertad el alma humana y abiertamente esclaviza a las personas a lo que llama "el Estado" – que en la práctica no es sino un conjunto de funcionarios privilegiados.

Bajo un comunismo pleno no habría desempleo, así como no hay desempleo en una prisión. Bajo un comunismo pleno no habría miseria ni pobreza, excepto allí en dónde los amos de la nación eligieran adrede dejar que las personas se mueran de hambre, o darles una vestimenta insuficiente, u oprimirlas de cualquier otra manera. Un comunismo aplicado honestamente por funcionarios carentes de debilidades humanas y comprometidos exclusivamente con el bien de sus esclavos tendría ciertas manifiestas ventajas materiales si se lo compara con el sistema asalariado de proletarios en el cual millones viven al borde de la inanición y muchos millones más en un terror permanente a caer en ella. Pero aún administrado de esta manera el comunismo sólo produciría sus beneficios imponiendo la esclavitud.

Estos son los primeros frutos del Ataque Moderno en el aspecto social; los primeros que aparecen en la región de la estructura social. Antes de que se fundara la Iglesia veníamos de un sistema social pagano en el cual la esclavitud estaba por todas partes, en el que toda la estructura de la sociedad descansaba sobre la institución de la esclavitud. Con la pérdida de la Fe estamos volviendo a esa institución de nuevo.

Junto al fruto social del Ataque Moderno a la Iglesia Católica se encuentra el fruto moral que, por supuesto, se extiende a toda la naturaleza moral del ser humano. En este campo y hasta el presente, el esfuerzo del ataque ha consistido en socavar toda forma de limitación impuesta por la experiencia humana a través de la tradición.

Y digo "hasta el presente" porque en varios aspectos morales esta rápida disolución de los límites tiene que conducir a una reacción. La sociedad humana no puede coexistir con la anarquía; surgirán nuevos límites y nuevas costumbres. Por ello probablemente se equivocan quienes señalarían el colapso de la moral sexual como el efecto principal del Ataque Moderno a la Iglesia Católica, ya que esto no producirá los resultados más permanentes. Algún código, algún conjunto de normas morales, deberá surgir por la misma naturaleza de las cosas; aún si en este punto el viejo código resulta destruido. Pero hay otros efectos adversos que pueden volverse más permanentes.

Para hallar cuales pueden ser estos efectos, tenemos una guía. Podemos considerar cómo las personas de nuestra sangre se las arreglaron antes de que la Iglesia creara a la Cristiandad. Lo que descubrimos de modo principal es lo siguiente:

En el mundo no bautizado y en el campo de la moral hay una cosa que se destaca: la indiscutida vigencia de la crueldad. Esa crueldad será la consecuencia principal del Ataque Moderno en el campo moral así como un renacer de la esclavitud lo será en el campo social.

Aquí el crítico puede preguntar si la crueldad no será más bien una característica de las personas cristianas del pasado. ¿No es acaso toda la Historia de nuestros dos mil años una Historia de conflictos armados, masacres, torturas judiciales, horribles ejecuciones, saqueos de poblados y todo lo demás?

La respuesta a esta objeción es que hay una diferencia capital entre la crueldad como excepción y la crueldad como regla. Si las personas aplican castigos crueles, si utilizan el poder físico para obtener sus fines, si liberan las pasiones de la guerra, y si todo esto lo hacen en violación de sus propias normas morales aceptadas, entonces es una cosa. Otra muy diferente es que lo hagan como parte de toda una actitud mental en la que estas cosas se dan por sentadas.

En esto reside la diferencia radical entre esta nueva, moderna, crueldad y la crueldad eventual de los anteriores tiempos cristianos. La consecuencia de una filosofía perversa no es la venganza cruel, ni la crueldad en medio de la excitación, ni la crueldad del castigo por males reconocidos. Aún cuando todas estas cosas son excesos, o pecados, no provienen de una falsa doctrina. Pero la crueldad que acompaña al abandono de nuestra religión ancestral es una crueldad innata del Ataque Moderno; es una crueldad que forma parte de su filosofía.

Y la prueba de ello es que las personas ya no se escandalizan por la crueldad sino que les resulta indiferente. Las abominaciones de la revolución en Rusia, extendidas a las de España, son un ejemplo que viene al caso. No sólo las personas involucradas reaccionaron ante el horror con indiferencia sino que hasta los observadores lejanos

tienen la misma actitud. No hay un clamor universal de indignación, no hay suficientes protestas, porque ya no rige la concepción de que el ser humano, como ser humano, es algo sagrado. La misma fuerza que ignora a la dignidad humana ignora también al sufrimiento humano.

Lo repito: el Ataque Moderno a la Fe tendrá en el campo moral miles de consecuencias perversas y muchas de ellas ya son visibles en la actualidad, pero la consecuencia característica, la que presumiblemente será la más permanente, es la instauración en todas partes de la crueldad acompañada de un desprecio por la justicia.

La última categoría de consecuencias por la que podemos juzgar el carácter del Ataque Moderno está formada por los frutos que produce en el campo de la inteligencia; en lo que le hace a la razón humana.

El asalto a la razón comenzó cuando el Ataque Moderno se hallaba en gestación hace algunas generaciones atrás, por los tiempos en que estuvo confinado a un pequeño número de intelectuales. Pareció que iría a progresar poco fuera de un círculo restringido. El hombre común con su sentido común (y ambos constituyen los baluartes de la razón) no se vieron afectados. Hoy lo están.

Hoy en día la razón está desacreditada por todas partes. El antiguo proceso de convicción por medio de argumentos y pruebas ha sido reemplazado por la afirmación reiterativa; y casi todos los términos que otrora fueron la gloria de la razón conllevan ahora una atmósfera de desprecio.

Véase, por ejemplo, lo que ha sucedido con la palabra "lógica", con la palabra "controversia". Nótense frases populares tales como: "Nadie se ha convencido todavía mediante argumentos"; o bien: "Se puede demostrar cualquier cosa"; o bien: "Todo eso podrá estar muy bien según la lógica pero en la práctica es muy diferente". El idioma corriente de las personas se está saturando con expresiones que en todas partes muestran una connotación de desprecio por la utilización de la inteligencia.

Pero la Fe y la utilización de la inteligencia están inextricablemente unidas. La utilización de la razón es una parte principal – o más bien el fundamento – de toda investigación de las cosas más elevadas. La Iglesia proclamó el misterio precisamente porque a la razón se le había dado esta autoridad divina; esto es: la Iglesia admitió que la razón tenía sus límites. Tenía que ser así ya que, de otro modo, los poderes absolutos adjudicados a la razón podrían conducir a la exclusión de verdades que la razón puede aceptar pero no demostrar. La razón fue limitada por el misterio tan sólo para aumentar la soberanía de la razón en su propia esfera.

Cuando se destrona a la razón no es sólo la Fe la que también resulta destronada (ambas subversiones van juntas). Cuando ello sucede toda moral y toda actividad legítima del alma humana resultan destronadas al mismo tiempo. No hay más Dios. De modo que las palabras "Dios es Verdad", que la mente de la Europa Cristiana utilizó como postulado en todo lo que dijo, cesan de tener significado. Nadie puede analizar ya la justa autoridad del gobierno ni ponerle límites. En la ausencia de la razón, la autoridad política que descansa sobre la mera fuerza se convierte en ilimitada. Y la razón se convierte así en víctima porque lo que el Ataque Moderno está destruyendo con su falsa religión de la humanidad es a la humanidad misma. Al ser la razón la corona del ser humano y, al mismo tiempo, su carácter distintivo, los anarquistas marchan contra la razón y ven en ella a su principal enemigo.

De este modo el Ataque Moderno opera y se desarrolla. ¿Qué es lo que presagia para el futuro? Ésa es la cuestión práctica, inmediata, que todos tenemos que enfrentar. El ataque ya está lo suficientemente desarrollado como para que hagamos algunos cálculos acerca de cual puede ser la siguiente fase. ¿Qué desgracia caerá sobre nosotros?

O bien y de nuevo: ¿de qué reacción positiva nos beneficiaremos? Concluiré con estas dudas.

El Ataque Moderno está mucho más avanzado de lo que generalmente se aprecia. Siempre es así con los grandes movimientos de la Historia de la humanidad. Es otro caso más de un "desfase temporal". Un poder que se encuentra en la víspera de la victoria parece estar tan sólo a medio camino de su objetivo – incluso puede parecer que está en condiciones todavía controlables. Un poder en la plena primavera de sus energías iniciales aparece ante sus contemporáneos como un pequeño y precario experimento.

El ataque moderno a la Fe (el último y más formidable de todos) ya ha avanzado tanto que podemos afirmar una cosa importantísima con bastante claridad: una de dos cosas tiene que suceder; uno de dos resultados tiene que volverse definitivo a través del mundo moderno. O bien la Iglesia Católica (que se está convirtiendo hoy rápidamente en el único lugar en dónde las tradiciones de la civilización son entendidas y defendidas) quedará reducida por sus enemigos modernos a la impotencia política, a la insignificancia numérica y – en lo que hace a la opinión pública – al silencio; o bien la Iglesia Católica, en este caso al igual que en el pasado, reaccionará contra sus enemigos con más fuerza de la que éstos pudieron emplear contra ella, se recuperará y extenderá su autoridad y surgirá una vez más tomando el liderazgo de la civilización que construyó, para recuperar y restaurar al mundo.

En una palabra: o bien nosotros, los de la Fe, nos convertiremos en una pequeña isla, perseguida y desdeñada, en medio de la humanidad; o bien seremos capaces de hacer oír al final de la contienda el antiguo grito de batalla: "*¡Christus Imperat!*"

La conclusión humana normal en semejantes conflictos – la de que uno de los combatientes será aplastado y desaparecerá – no puede ser aceptada. La Iglesia no desaparecerá puesto que no está hecha de materia mortal; es la única institución entre los seres humanos que no está sujeta a la ley universal de la mortalidad. Por consiguiente no podemos decir que la Iglesia puede ser eliminada, pero puede ser reducida a un pequeño grupo casi olvidado entre el enorme número de sus opositores que despreciarán a la institución derrotada.

Y la alternativa a la anterior tampoco puede ser aceptada. Porque, aún cuando este gran movimiento moderno (que tan singularmente se parece al avance del Anticristo) pueda ser rechazado y hasta puede perder sus características y morir como lo hizo el protestantismo ante nuestros propios ojos, ello no significará el fin del conflicto. Éste puede ser el conflicto final. También es posible que haya una docena más por venir, o cien más. Pero ataques a la Iglesia Católica siempre habrá y nunca la disputa entre las personas conocerá una unidad completa, ni la paz y la alta nobleza a través de una completa victoria de la Fe. Porque si eso fuese posible, el mundo no sería lo que es y Jesucristo no habría confrontado con el mundo.

Pero aún cuando no en forma total, en lo esencial uno de los dos destinos tiene que concretarse: o bien una victoria católica o bien una victoria anti-cristiana. El Ataque Moderno es tan universal y se mueve con tanta rapidez que las personas muy jóvenes de hoy seguramente vivirán para ver algo así como una decisión en esta gran batalla.

Algunos de los más agudos observadores de la generación pasada y de la actual han utilizado su inteligencia para tratar de descubrir hacia qué lado se inclinará el destino. Uno de los católicos franceses más inteligentes, un judío converso, ha escrito una obra para sugerir (o demostrar) que la primera de las dos posibilidades constituirá nuestra suerte. Imagina a la Iglesia en sus últimos años viviendo aparte. Ve a una Iglesia del futuro reducida a muy pocos miembros y dejada de lado por la corriente general del nuevo paganismo. Según su visión, en el interior de la Iglesia del futuro habrá, por cierto, una devoción intensa pero será una devoción practicada por un organismo pequeño, aislado y olvidado en medio de sus semejantes.

El fallecido Robert Hugh Benson escribió dos libros, notables cada uno de ellos, y ambos previendo posibilidades opuestas. En el primero de ellos – "El Señor del Mundo" – presenta el cuadro de una Iglesia reducida a una banda trashumante, como regresando a sus orígenes, el Papa a la cabeza de los Doce, y una conclusión al día del Juicio Final. En el segundo libro, avizora la restauración plena del organismo católico, con nuestra civilización restablecida, reforzada, asentada una vez más y revestida de su mentalidad correcta, porque en esa nueva cultura – aún cuando llena de imperfecciones humanas – la Iglesia habrá recuperado su liderazgo entre las personas e ilustrará al espíritu de la sociedad otra vez con equilibrios y con belleza.

¿Cuales son los argumentos a esgrimir por cualquiera de las dos partes? ¿Sobre qué bases deberíamos afirmarnos para establecer una tendencia en un sentido o en otro?

En cuanto a la primera cuestión (la disminución de la influencia católica, la reducción de nuestro número y de nuestro poder político hasta el borde de la extinción), lo que hay que destacar es la cada vez mayor ignorancia del mundo acerca de nosotros, y eso unido a la pérdida de aquellas facultades mediante las cuales las personas podrían apreciar el significado del catolicismo y favorecer su salvación. El nivel cultural, incluyendo el sentido del pasado, está disminuyendo visiblemente. Con cada década ese nivel es más bajo que en la década pasada. En esa declinación, la tradición se está interrumpiendo y diluyendo como la nieve al final del invierno; grandes fragmentos se caen en distintos momentos para disolverse y desaparecer.

En nuestra generación se ha perdido la supremacía de los clásicos. Por todas partes es posible hallar personas en posiciones de poder que han olvidado de dónde venimos; personas para las cuales el griego y el latín – los idiomas fundamentales de nuestra civilización – son incomprensibles; o bien y en el mejor de los casos, meras curiosidades. Los ancianos actualmente vivos pueden recordar vagamente una rebelión contra la tradición; pero los jóvenes, por su parte, sólo perciben cuan poco queda de aquello en contra de lo cual podrían rebelarse y muchos temen que, antes de que estos jóvenes mueran, el cuerpo de la tradición haya desaparecido.

Esa clase de fe ha sido, en su mayor parte, desmantelada; al menos para la mayor parte de las personas, como todos admitirán. Tan cierto es esto que ya una mayoría (y yo afirmaría que es una mayoría muy grande) ya ni sabe qué significa la palabra "fe". Para la mayoría de las personas que la escuchan (en relación con la religión) significa, o bien una aceptación ciega de afirmaciones irracionales y de leyendas que la experiencia común condena, o bien un simple hábito heredado de imágenes mentales que nunca han sido puestas a prueba y que, ante el primer contacto con la realidad, se disuelven como los sueños que son. Para la gran masa de las personas modernas ha cesado de existir todo el extenso cuerpo de la apologética y toda la ciencia teológica (la reina exaltada

que se halla por sobre cualquier otra ciencia). Basta con mencionar esas disciplinas para dar una impresión de irrealidad y de insignificancia.

Hemos arribado ya a esta extraña situación en la cual, mientras el conjunto católico (que en la práctica ya es una minoría incluso en la civilización blanca) entiende a sus opositores, estos opositores no entienden a la Iglesia Católica.

Un historiador podría trazar un paralelo entre el conjunto católico actual y el decreciente conjunto pagano de los Siglos IV y V. Los paganos, especialmente los educados y cultivados cuyo número se reducía cada vez más, conocían muy bien las altas tradiciones a las que adherían, y entendían (aún odiándolo) a ese nuevo fenómeno que era la Iglesia, que había crecido entre ellos y que estaba a punto de desplazarlos. Pero los católicos que suplantarían a los paganos comprendieron cada vez menos al estilo pagano; descuidaron sus obras de arte y tomaron sus dioses por demonios. Así en la actualidad la antigua religión de los paganos es respetada pero ignorada.

Aquellas naciones que por tradición son anti-católicas, que otrora fueron protestantes y ahora ya no tienen tradiciones establecidas, han estado en auge por tan largo tiempo que consideran a sus opositores católicos como definitivamente derrotados. Y aquellas naciones que retuvieron la cultura católica se hallan ahora ya en la tercera generación de educación social anti-católica. Sus instituciones podrán tolerar a la Iglesia, pero nunca en una alianza activa con ella y con frecuencia en aguda hostilidad.

A juzgar por todos los paralelos de la Historia y por las leyes generales que gobiernan el surgimiento y la caída de los organismos, se podría concluir en que ha terminado el papel activo del catolicismo en los asuntos del mundo; que en el futuro, quizás en un futuro cercano, el catolicismo habrá de perecer.

El observador católico negaría la posibilidad de una extinción completa de la Iglesia. Pero también él tiene que seguir los paralelos históricos; también él debe aceptar las leyes generales que gobiernan el crecimiento y la decadencia de los organismos. En vista de todos los cambios que han ocurrido en la mente de las personas, también él deberá tender a sacar la trágica conclusión de que nuestra civilización que ya ha cesado de ser cristiana en gran medida, terminará perdiendo por completo su carácter general cristiano. El futuro a avizorar es un futuro pagano, y un futuro pagano con una nueva y repulsiva forma de paganismo, pero aún así poderosa y omnipresente a pesar de su repugnancia.

Ahora bien, por el otro lado, existen consideraciones menos obvias pero que llaman fuertemente la atención de los que piensan y que son versados en las cuestiones del pasado y poseen experiencia en cuestiones relacionadas con la naturaleza humana.

En primer lugar está el hecho que, a lo largo de los siglos, la Iglesia ha reaccionado con fuerza impulsando su propia resurrección en los momentos de mayor peligro.

El conflicto mahometano estuvo muy cerca. Casi nos empantana. Sólo la reacción armada de España, seguida por las Cruzadas, evitó el triunfo completo del Islam. La agresión del bárbaro, la de los piratas del Norte, la de las hordas mongoles, llevaron a la Cristiandad al borde de la destrucción. Y, sin embargo, los piratas del Norte fueron contenidos, derrotados y bautizados a la fuerza. La barbarie de los nómadas del Este fue eventualmente derrotada; en forma muy tardía pero no tan tarde como para que no fuese posible salvar lo que podía ser salvado. El movimiento que se llamó la Contrarreforma enfrentó el avance hasta entonces triunfal de los herejes del Siglo XVI.

Incluso el racionalismo del Siglo XVIII fue, en su momento y lugar, controlado y rechazado. Es cierto que engendró algo peor, algo de lo cual ahora padecemos. Pero hubo una reacción contra él y esa reacción bastó para mantener viva a la Iglesia y hasta para que recuperara elementos de poder que se creían perdidos para siempre.

Siempre habrá una reacción y, respecto de la reacción católica existe cierta vitalidad, una cierta forma de aparecer con fuerza inesperada a través de nuevos hombres y nuevas organizaciones. La Historia y la ley general del surgimiento y la decadencia, en sus lineamientos principales conducen a la primera conclusión: a un rápido agotamiento del catolicismo en el mundo. Pero la observación, tal como se aplica al caso particular de la Iglesia Católica, no conduce a esa conclusión. La Iglesia parece tener una vida, orgánica e innata, bastante inusual; un modo de ser único y poderes de resurgimiento que le son peculiares.

Además, destaquemos este punto por demás interesante: las mentes más vigorosas, más agudas y más sensibles de nuestro tiempo se están inclinando claramente hacia el lado católico.

Por su propia naturaleza constituyen, por supuesto, una pequeña minoría; pero son una minoría muy poderosa en materia de asuntos humanos. El futuro no se decide por votación pública; se decide por el desarrollo de ideas. Cuando las personas que mejor piensan, que sienten con mayor intensidad y que dominan las formas de expresión comienzan a mostrar una nueva tendencia hacia algo determinado, ese algo tiene buenas probabilidades de dominar el futuro.

No puede haber duda de esta nueva tendencia a simpatizar con el catolicismo – y, en el caso de personalidades fuertes, de aceptar el riesgo, de aceptar la Fe y de proclamarse sus defensores. Incluso en Inglaterra, dónde el sentimiento tradicional contra el catolicismo es tan universal y tan fuerte, y dónde toda la vida de la nación está impregnada de hostilidad hacia la Fe, las conversiones que tanto llaman la atención del público son constantemente conversiones de personas que lideran el pensamiento. Y nótese que por cada uno que abiertamente admite su conversión hay al menos diez que se inclinan hacia el estilo católico, que prefieren la filosofía católica y sus logros, pero que se resisten a aceptar los pesados sacrificios involucrados en una declaración pública.

Por último, está la siguiente muy importante y quizás decisiva consideración: a pesar de que el poder social del catolicismo está declinando en el mundo, ciertamente en forma cuantitativa y también en la mayoría de los demás factores, el conflicto entre el catolicismo y el por completo nuevo fenómeno pagano (la destrucción de toda tradición, el rompimiento con nuestra herencia), está ahora claramente marcado.

Ya no existe – como existía hasta hace poco – un margen de penumbra confuso y heterogéneo desde el cual se podía hablar confiadamente bajo el ambiguo rótulo de "cristiano" y perorar con aplomo de una religión imaginaria llamada "cristianismo". No. Hoy ya existen dos bandos bastante diferentes que se disputan el terreno y pronto se contrapondrán tanto como el blanco y el negro: la Iglesia Católica de un lado y los otros opositores de lo que hasta aquí fue nuestra civilización.

Las filas están formadas como para una batalla y, si bien la clara división arriba señalada no significa que triunfará uno u otro de los antagonistas, sí significa que, por fin, ha quedado definida una cuestión concreta y en materia de cuestiones concretas tanto una causa buena como una mala tienen mejores probabilidades de triunfar que en una confusión.

Aún las personas más desorientadas, o las más ignorantes, cuando hablan de "iglesias" usan hoy un lenguaje que suena a hueco. La última generación podía hablar, al menos en los países protestantes, de "las iglesias". La generación actual ya no puede. No hay varias iglesias; hay una sola. Es la Iglesia Católica de un lado y su mortal enemigo del otro. Las listas están cerradas.

De este modo nos hallamos ante el más tremendo de los interrogantes que hasta ahora se le ha presentado al intelecto humano. Estamos ante una encrucijada de la cual depende todo el futuro de nuestra raza.

Notas

[1] La palabra "herejía" se deriva del verbo griego "haireo" que al principio significó "yo tomo" o "yo apreso" y después vino a significar "yo extraigo".

[2] Por una discusión de la fecha de Crucifixión, Resurrección y Pentecostés debo referir mis lectores al trabajo claro y erudito del Dr. Arendzen "*Men and Manners in the time of Christ*" (Sheed and Ward). De las pruebas que han sido exhaustivamente examinadas queda claro que la fecha no es anterior al año 29 DC y posiblemente sea en algunos años posterior, siendo la más amplia y tradicionalmente aceptada la del año 33 DC.

[3] La Orden de Orange (en inglés *Orange Order*) es una organización de fraternidad protestante, que opera en el Reino Unido y la República de Irlanda. De carácter conservador, aboga por defender la pertenencia de Irlanda a la Corona Británica. Se fundó en 1785 como respuesta a los primeros avances del nacionalismo irlandés, que había logrado ya representación en las cámaras de Londres y que había impulsado algunas tentativas secesionistas. En Irlanda del Norte se la asocia con el Partido Unionista del Ulster (Ulster Unionist Party), aunque muchos de sus miembros pertenecen al Partido Unionista Democrático (Democratic Unionist Party). Las actividades de la Orden de Orange son, por lo general, polémicas y se consideran anticatólicas. (N. del T.)

[4] No es fácil establecer el momento exacto después del cual la religión oficial del Estado Romano, o aún el Imperio, es cristiano. La victoria de Constantino en el puente Milvio ocurrió en el otoño del año 312. El Edicto de Milan, promulgado por él y por Licinio, y por el cual se tolera la práctica del cristianismo en todo el Imperio, es de principios del año siguiente, 313. Cuando Constantino se convirtió en el único emperador, pronto vivió como un catecúmeno de la Iglesia Cristiana pero, no obstante, continuó siendo la autoridad suprema de la antigua organización pagana en calidad de Pontifex Maximus. No se bautizó sino en vísperas de su muerte, en 337 y, a pesar de que convocó y presidió reuniones de obispos cristianos, éstos siguieron siendo un cuerpo independiente en una sociedad mayormente pagana. El propio hijo y sucesor de Constantino simpatizó con el antiguo paganismo moribundo. El Senado no cambió por toda una generación. Para la destrucción oficial activa del agonizante culto pagano los hombres tuvieron que esperar a Teodosio, bien al final de ese siglo. Todo el proceso abarca una larga vida humana entera: más de ochenta años.

[5] Fue la famosa "guerra por una letra". La letra *i* ". Los seguidores de Arrio utilizaron la palabra "*homoiusius*" para indicar que Cristo había sido "semejante" a Dios mientras que la ortodoxia empleaba el término "*homousius*" para indicar "de la misma naturaleza" que Dios. Siendo "*usia*" un concepto que significa "sustancia", los herejes afirmaban que Cristo había sido de una *sustancia semejante* pero no de *la misma sustancia* que Dios. (N. del T.)

[6] El autor se refiere, obviamente, a la Primera Guerra Mundial. (N. del T.)

[7] Fue basándose sobre este hecho que ciertos escritores franceses opuestos a la Iglesia dedujeron ese enorme desacierto que la Inmaculada Concepción nos habría llegado de fuentes mahometanas. Gibbon, por supuesto, copia a sus maestros en esto – como siempre lo hace – y repite el absurdo en su "Decadencia y Caída".

[8] Téngase presente, por supuesto, que el autor escribe en la primera mitad del Siglo XX. (N. del T.)

[9] En realidad, ambas veces Europa se salvó más por la muerte del caudillo de los invasores que por la derrota de sus ejércitos. En la batalla de los Campos Cataláunicos Atila no fue derrotado sino apenas obligado a retroceder. Prueba de ello es que, al año siguiente, arrasó Aquilea y obligó a Valentiniano a huir de Rávena. Se retiró solamente luego de entrevistarse con el papa León I. Dos años más tarde, en el 453 Atila moría y su imperio se desmembraba por las disputas entre sus sucesores.

Con los mongoles pasó algo similar. En 1241, la muerte de Ugedei Khan (el tercer hijo de Gengis Khan) paralizó el avance mongol sobre Europa. Los mongoles volvieron al Este a disputar la sucesión de su Imperio. (N. del T.)

[10] Lo era cuando el autor escribió este libro (N. del T.)

[11] Escrito en Marzo de 1936.

[12] Quizás vale la pena resaltar una vez más que esta evaluación sobre el Islam fue escrita por Hilaire Belloc ¡en Marzo de 1936! (N. del E.)

[13] Toda la Alemania del Sur fue afectada por la civilización romana en algún grado y el valle del Rin de un modo muy intenso y completo. Pero el civilizar finalmente a los alemanes como conjunto, incluyendo el Norte y a los hombres del Elba, fue, a principios de la Edad Media, el trabajo de misionarios católicos; principalmente ingleses e irlandeses.

[14] El tamaño de esta minoría en las distintas fechas – 1625, 1660, 1685 – es discutible. Además se produce una confusión por el empleo de palabras similares para cosas diferentes. Si hablamos de la minoría inglesa que era activamente católica en cuanto a tradición pero que no concordaba plenamente con las posturas papales, es decir: personas que se hubieran considerado a si mismas más bien católicas que protestantes, tenemos seguramente a la mitad de la población a la muerte de Isabel pero sólo un octavo al momento del exilio de Jacobo II, ochenta y cinco años más tarde. Si nos referimos a todos los que hubieran aceptado sin hostilidad un regreso a la antigua religión tenemos, aún a fines de 1688, un cuerpo social mucho más grande. Es difícil estimarlo porque las personas no dejan registros de sus más ambiguas opiniones, pero no es una gran exageración sostener que, a esa fecha, una de cada cuatro personas se

hallaba en esa situación en Inglaterra. He dado mis argumentos para ello en mi libro sobre Jacobo II.

[15] Este distrito – 7 de las 16 provincias de los Países Bajos españoles – ha terminado llamándose Holanda, adquiriendo el nombre de una sola de esas provincias.

[16] Una minoría hasta los últimos años de Isabel, pero después de 1606 una creciente mayoría se opuso a la fe porque, para esa época, la oposición a la fe se había identificado con el patriotismo.

[17] Lo que hoy se llama "hitlerismo" o "nazismo", cualquiera que sea su destino futuro, es un control despótico y poderoso establecido por el espíritu prusiano sobre todo el Reich.

[18] 1904 fue el año del cambio diplomático mediante el cual Inglaterra abandonó su larga alianza con la Prusia protestante y comenzó, con mucho recelo y a regañadientes, a apoyar a Francia.

[**] El 7 de octubre de 1571 se libró la batalla naval de Lepanto en la que se enfrentaron España, Venecia, Génova y la Santa Sede contra los turcos otomanos. En la contienda participó Miguel de Cervantes. Resultó herido en su mano izquierda, con lo que perdió la movilidad de la misma, valiéndole ello más tarde el sobrenombre de "el Manco de Lepanto". (N. del E.)

[***] Chesterton falleció en 1936 (14 de Junio) – el mismo año en que Belloc escribió este libro. (N. del E.)

[****] El Autor se refiere a la Declaración de Independencia norteamericana. (N. del E.)

[*4*] Se refiere al papa Pío XI (1922-1939) - (N. del T.)